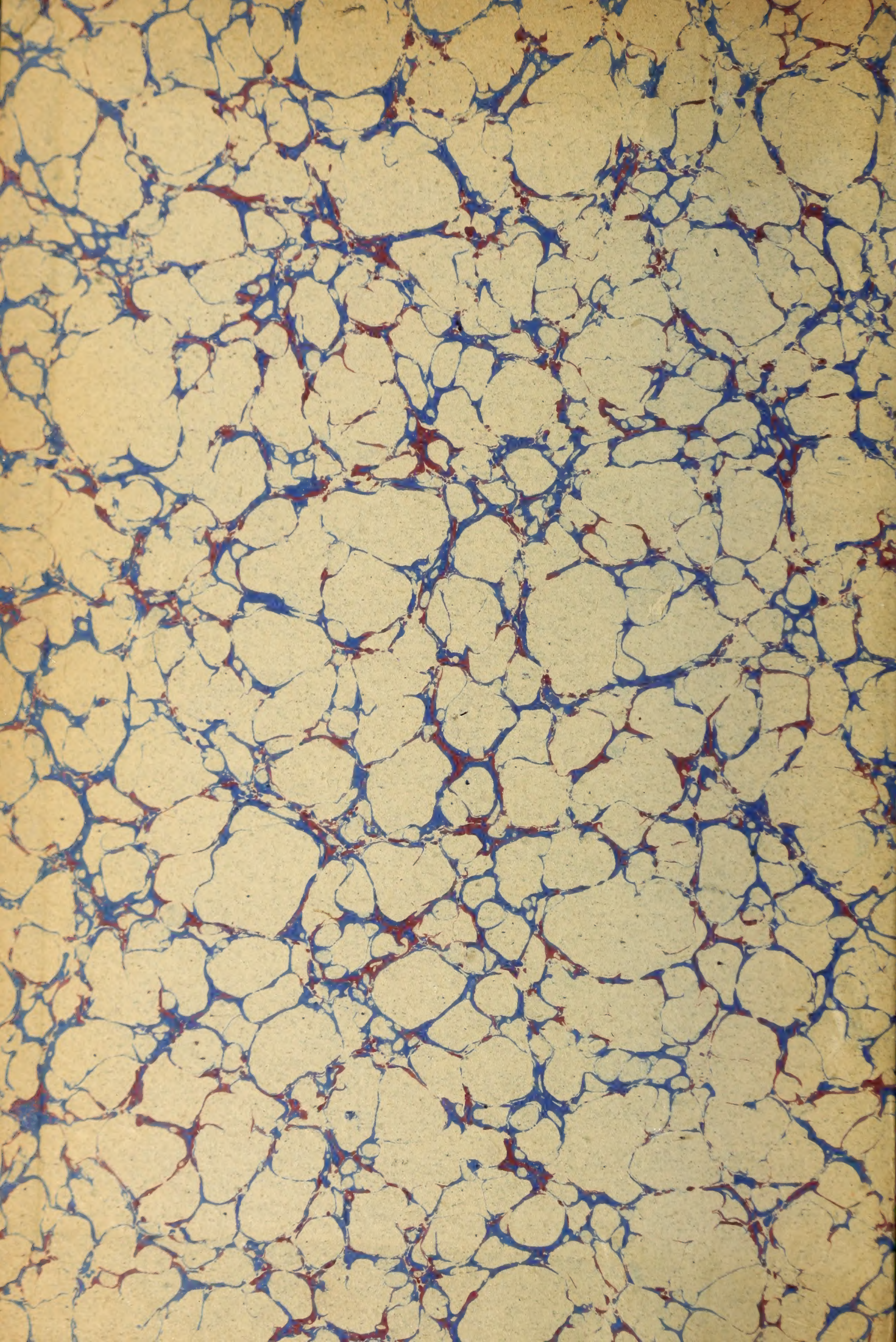
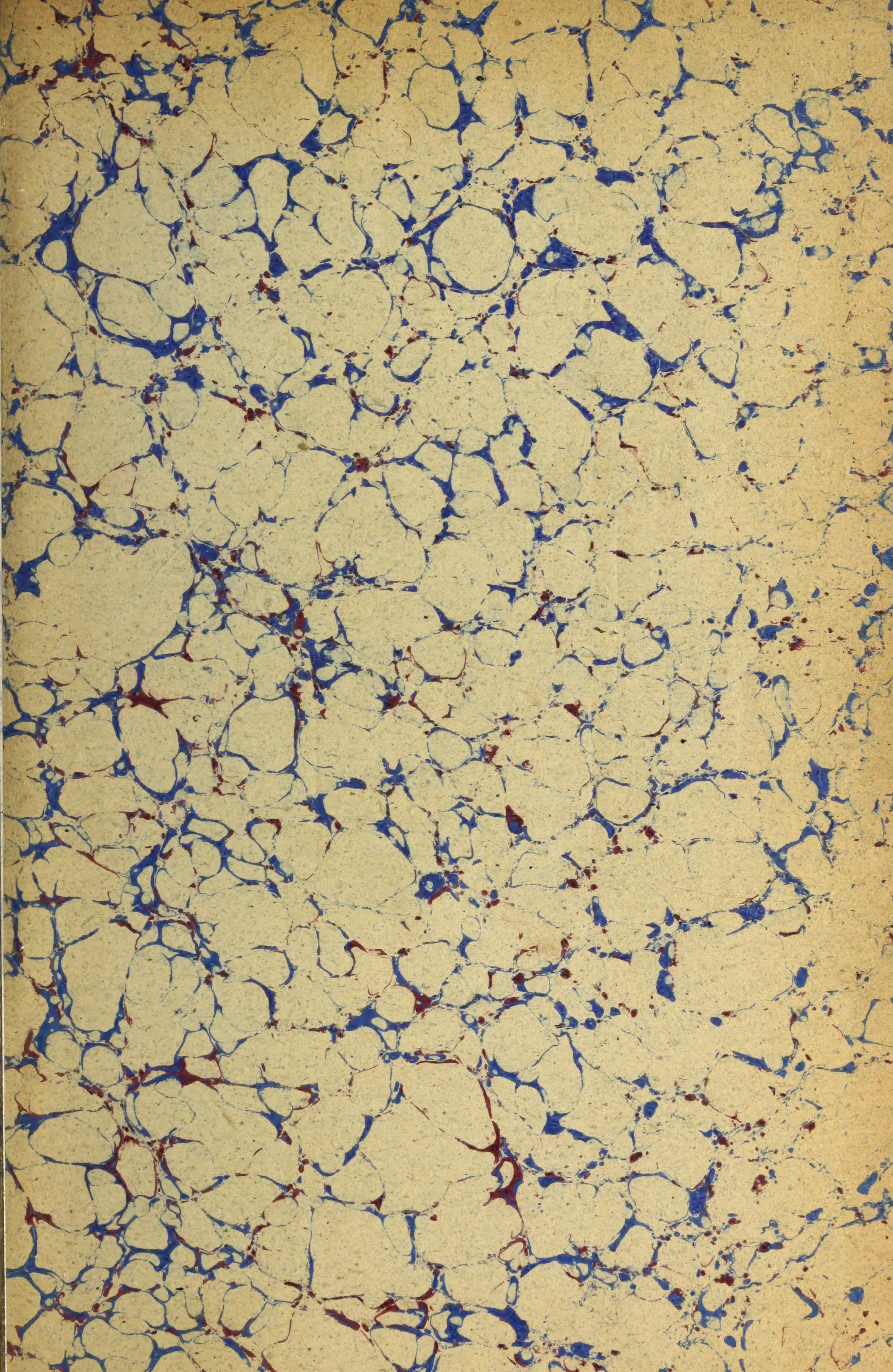

3 1761 09373191 7





JUAN VALERA

POESÍAS

I.



OBRAS COMPLETAS

TOMO XVII

ADVERTENCIA

Al publicar en este tomo y en el siguiente las poesías de Don Juan Valera, se han reunido á las que contiene la edición de 1886, no sólo aquellas que en tal ocasión se omitieron por no tenerse á mano, sino también varias que figuran en la edición de 1858 y en un volumen inédito impreso en Granada en 1844, y que el autor condenó al olvido.

La razón de haberlas incluído está en el deseo que inspira esta colección de dar á conocer la labor del escritor de la manera más completa posible, considerando, por otra parte, que su fama no puede sufrir menoscabo por la publicación de estas poesías, que su mismo autor califica de *inocentadas de chiquillo.*

Se ha procurado indicar en cada poesía la fecha y lugar en que fué escrita, y, á título de curiosidad, se reproducen en forma de notas los comentarios del propio autor á algunas de ellas, que, como acotaciones marginales autógrafas, contiene un ejemplar del citado volumen de Granada.



AL SEÑOR

D. MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO. (1)

Mi querido amigo: No sólo mi extraordinaria pereza, sino también otras causas, han retardado largo tiempo el que yo escriba á usted la extensa carta que le tengo prometida. Ciertas vacilaciones de mi espíritu han tenido la mayor culpa de todo.

Y, sin embargo, yo no vacilo en reimprimir hoy, con creces, las cosas que he escrito en verso, llamémoslas poesías, buenas ó malas, que se publicaron muchos años há, coleccionadas, y cuya primera edición se agotó al cabo.

Esta resolución estriba en razones, á mi ver, poderosas.

La modestia y el orgullo coinciden en persuadirme de que soy poeta.

Las razones que aduce la modestia son fáciles de exponer aquí. Las difíciles son las que da el orgullo.

Desidioso yo, descuidado y vagabundo, jamás tuve humor, paciencia y reposo para estudiar seria y detenidamente doctrina alguna. Á la naturaleza jamás le interrogué con pertinacia y ahinco para que me revelase

(1) De *Canciones, Romances y Poemas.* Madrid, 1886.

sus misteriosas operaciones. El aguijón de la curiosidad siempre me punzaba, pero la desidia pudo más conmigo. Yo quise y quiero saber cuanto hay que saber en el mundo, desde los soles ingentes que pueblan el éter infinito, hasta el átomo imperceptible; pero como no he estudiado nada, es evidente que nada sé. Ni aun he logrado enterarme de si estudiando hubiera yo llegado á saber algo, lo cual no ha dejado de contribuir á retraerme del estudio.

El origen y las leyes del movimiento en los seres que no viven, la vida y la muerte en los que viven, todo ha excitado mi curiosidad y nada he averiguado. No soy, pues, ni astrónomo, ni mecánico, ni físico, ni químico, ni biólogo. Saber lo fenomenal ó aparente ya es saber algo, por más que á mí no me satisfaga; pero no se entra en el santuario sin la palabra exacta que abre su puerta, sin la antorcha que en sus obscuros centros sirve de guía, sin la severa disciplina que ha de preceder á la iniciación, sin la ciencia del más y del menos, en cuyo estudio nunca fuí yo muy adelante. Ignorando, pues, la cantidad, ¿cómo saber de la calidad, que es asunto más sutil y complicado, y sobre todo de la esencia, que es lo más hondo, lo más inescrutable, donde el espíritu se pierde y abisma?

Por cierta manera de discurrir y de sentir, que no dilucido ahora si será mía propia ó común á todos los hombres, y si será disparatada ó juiciosa, este linaje nuestro, en su conjunto y en cada individuo, me parece, porque nunca tuve achaques de misantropía, lo más notable que en el universo se puede concebir, y aun apenas concibo yo que algo pueda valer más que nos-

otros en todo lo existente, salvo Dios mismo. Así es que, estimulado por tal consideración, he querido con mayor empeño saber del hombre, en su colectividad y en su individualidad; de las facultades de su alma; de la tremenda autoridad é irrecusable jurisdicción de su conciencia; de lo que llaman derecho y deber; de si la especie progresa ó no; de este compuesto maravilloso de la sociedad, con su historia, su política y su economía; y de si los tejedores, que van tramando tan rica y variada tela, entienden algo y preven la traza, dibujos y colores que ponen en ella, ó si son meros instrumentos de superior artífice. Un poquito más he estudiado sobre todo esto, pero no lo bastante, ni con mucho; por donde confieso que lo que sé no es digno de transmitirse ni de palabra ni por escrito.

Viendo yo además que el hombre, ya para su conveniencia, ya para su recreo, ya para hacer menos desagradable ó más hermosa la vida, no contento con aspirar á comprender la creación, se afana en continuarla y en mejorarla, construyendo casas, jardines y barcos, componiendo comedias y óperas, abriendo caminos y canales, é inventando, en fin, las artes y los oficios, he anhelado también saber de todo esto, pero he aprendido muy poco. La música, por ejemplo, escapa á mi comprensión, aunque gusto de ella. Para la maquinaria soy tan torpe que nada me explico. Y de varios artefactos sólo siento, creo que sin equivocarme, por buen gusto instintivo, si están bien ó mal; pero no doy las pruebas ni llego á percibirlas. Advierto, v. g., que el guiso es sabroso, que el vino es delicado, que el frac me va bien, que la bailarina tiene airosos movimientos, y que tal

canto ó sonata me deleita; pero no se me alcanza el por qué. Ni siquiera, pues, me reconozco con las dotes del crítico.

Por último, sobre todo este saber empírico y de observación, así de lo visible como del alma humana, que se estudia y examina en sus potencias y actos, está el fundamento del saber, sin el cual todo el saber sin enlace ni sistema sería ruín é informe colección de recetas y noticias. Y acerca de este fundamento, y movido yo del deseo de hallarle, también he consultado á los filósofos, y leído lo que dicen, y meditado y pensado por mí; pero nada he sacado muy en claro. Por manera que, á la edad de sesenta años, me encuentro sin ciencias experimentales, sin conocimientos de artes y sin metafísica.

Nada tuve ni tengo que enseñar á los hombres. Y, no obstante, hace ya años que, si bien no tomándolo por oficio, sino sólo de vez en cuando, escribo para el público. ¿Para qué, pues, y de qué escribo? Mi escritura no tendría perdón de Dios, ni yo mismo me perdonaría, aunque soy indulgente para con todos y para conmigo, si yo no fuese ó si al menos yo no me creyese poeta.

Declaro humildemente que no he tenido jamás ninguna revelación externa. Ni santo, ni ninfa, ni alma en pena ó en gloria, ni genio, ni demonio se me apareció jamás. Mis revelaciones internas, si las he tenido, no pasan de naturales. Por más que me esfuerzo, á veces, en creer que pude yo tener revelación sobrenatural, no logro persuadirme. Así es que, careciendo, como carezco, de revelación sobrenatural, que da ciencia infusa, y de la ciencia que adquiere con largas vigilias quien se que-

ma las cejas en la lectura de mil librotes y cavila mucho, repito que nada tengo que enseñar, y que, por lo tanto, nada debiera escribir, si no hubiese poesía, y si yo no me disculpase afirmando que escribo poesía.

Esta, á lo que presumo, es de dos modos principales: uno, el más peregrino, en el cual no me atrevo á jactarme de ser poeta, es cuando con cierta intuición que hay en el fondo de la mente, sin tocar en lo sobrenatural, aunque rayando ya en su esfera y pugnando por penetrarla, se columbran fugitivos resplandores de luz y hermosura divinas, lo cual no se ordena en sistema, ni se expone con método, ni se prueba con argumentos, pero se dice con primor, y el que lo dice se llama poeta.

El segundo modo de poesía está en la profundidad y brío con que se siente y piensa lo que piensan y sienten los demás hombres, y en la virtud de expresarlo así sentido y pensado, con tan nítida y poderosa forma, que conmueve y arrebata las almas, al menos las que son capaces, pues no todas lo son, ni con mucho, y las levanta á comprender la beldad y la armonía de los seres, de las pasiones, de las creencias, y de cuanto hay de material y de inmaterial, mejor en la representación depurada, en el traslado limpio del poeta, que en el borrador original de donde el poeta lo toma.

Claro está que, de este modo al menos, me considero poeta. De lo contrario, no escribiría; pues yo no quiero engañar á nadie, ni pasar por sabio, y mucho menos por apóstol ó vidente.

Y aquí, antes de seguir mi razonamiento, me importa hacer una aclaración.

No vaya á entenderse, por lo que digo, que yo le quito la palabra á todo ó á casi todo el linaje humano, y sólo se la conceda á los sabios, á los profetas ó á los poetas. Yo no pretendo que nadie se quede mudo. Hablen todos y escriban cuanto se les antoje. Polémicas periodísticas, negocios, pedimentos, preámbulos de leyes y decretos, memorias de ferrocarriles, despachos diplomáticos, infinidad de cosas se escriben, sin ser profeta, ni sabio, ni poeta el escritor; y, si bien, siempre que el escritor lo fuese, estarían mejor dichos escritos, no hemos de negar que, aun cuando no lo sea, puede y aun debe escribir, según frase de un amigo mío, para *pintar el expediente.* El escribir en este sentido ramplón y diario, es como el hablar. Sería horrible que nadie se atreviese á desplegar los labios, mientras no acudiesen á ellos sentencias, revelaciones, teoremas, odas ó salmos. Aquí sólo se trata del escribir con cierta pretensión de vida extensa para el escrito, de que se divulgue por todas las regiones de la tierra y de que viva en las edades que están por venir.

Para esto ha de ser poeta el que escribe. Ya se entiende que en mayor ó en menor grado. ¿Quién ha de calcularlos? Además que para la popularidad, pronta, aunque efímera, tal vez conviene que el grado no sea muy alto. Así el vulgo comprenderá y saboreará mejor lo escrito, sin que los críticos, á fuerza de predicar que lo escrito es bueno, patenticen aquella bondad que el vulgo no percibía antes.

Como quiera, pues, que sea la elevación del grado, es indudable que salvo casos de revelación sobrenatural ó de mucha ciencia nueva, sólo el poeta debe escribir.

Y, aun si se apura bien este negocio, me inclino á afirmar que el mismo sabio, si á más de ser sabio no es poeta, escribe sólo como al vulgo se le consiente que escriba; para transmitir á los demás hombres su descubrimiento: pero sin la menor esperanza de que su escrito se lea y viva. En las historias de la ciencia que dicho sabio ha cultivado y en los tratados de esa ciencia misma, se insertará lo que descubrió; pero nadie irá á leerlo en el libro ó en la disertación en que él lo expone.

En suma, la razón principal del escribir es la poesía. Los escritos se hacen famosos é inmortales por la belleza y no por la verdad que enseñan. Casi siempre es vana pretensión la del que cree que enseña escribiendo. Los grandes maestros de la humanidad no escribieron nunca; ni Cristo, ni Sakiamuni, ni Pitágoras, ni Sócrates.

De lo expuesto resulta, que yo porque soy poeta escribo, y que debo escribir por lo mismo que no sé ni enseño nada.

Sentado esto, sobreviene cierta dificultad que me ha de costar trabajo resolver, y cierta distinción, en que la dificultad se apoya, de la que debo hacerme cargo, ya discurra acerca de ella en general, ya me contraiga al caso particular mío.

„La poesía de que hablas, se me dirá, es en sentido latísimo, y así no te negamos que, con más ó menos merecimiento, eres algo poeta. De lo contrario no hubieras escrito tal cual novela ó cuentecillo que se lee, y varios articulejos humorísticos que divierten. Pero bien se puede ser poeta en prosa, desde el bajo punto en que tú lo eres, hasta el punto sublime en que lo fué, por

ejemplo, Miguel de Cervantes, y no ser buen versificador, que es lo que de ordinario, sin destilar los conceptos en esos alambiques en que tú los destilas, llama la gente poeta."

Mucho hay que contestar á esto; pero no quiero pecar de prolijo, y menos aún hacer mi propia apología. Diré sólo lo que más atañe á la reimpresión de mis versos.

El público ha tenido la bondad de gustar un poco de mi prosa, en la cual nada le he enseñado. Luego yo tengo algún motivo razonable para considerarme poeta en prosa, prosista ó escritor. Ahora bien; un escritor se debe al público todo él y no descabalado, por donde, aunque mis versos sean detestables, yo quiero también dar al público mis versos.

Cuando se publicaron por vez primera, mi tío don Antonio Alcalá Galiano, que propendía á dudar de todo, y que, á pesar del cariño que me profesó, dudaba también de mi mérito como poeta, dijo en el prólogo que me puso, que lo probable sería que alguna furiosa avenida del río del olvido se llevase para siempre mis coplas, como otras mil insulsas composiciones de esta nuestra edad, sobrado parlera, y en que tanta tontería se da á la estampa. Yo, lejos de rebelarme contra tan ominosa sentencia, más bien la estimé suave y nacida del ciego cariño del discreto pero alucinado pariente; porque, sin avenida furiosa, sino con toda la pausa de su mansa corriente, el olvido hubiera llevado, arrastrado y aun tragado mis versos, si yo no hubiese escrito prosa después, y prosa que algunos han dado en calificar de buena. Esto los salva; esto los saca del fondo del río, donde, de otra suerte, yacerían sepultados.

Mis versos, pues, á flote, no pueden ni deben ya ocultarse ni retirarse de la circulación. Lo que me está bien es que, ya que siguen con vida, sean lo menos desdeñados que se pueda. Para ello es condición indispensable que sean entendidos. Acaso no pocas personas los desdeñan porque no los entienden. Y no se me arguya que los versos deben escribirse por tal arte que los entiendan todos los lectores. Por poco que sepa el poeta, y yo he confesado ya que no sé casi nada, siempre puede saber algo que ignore quien le lea; y, por lo mismo que no tiene la pretensión de enseñar, dice cosas, que da por sabidas, y alude á doctrinas y á sucesos que supone que todos conocen; pero, como no los conocen todos, la mayoría se queda á obscuras y no sabe por completo lo que el poeta quiso decir. Esto ocurre, no sólo con poetas culteranos y pedantescos, como Licofrón y Góngora, sino con poetas que nadie me negará que lo son, como Dante y otros, los cuales necesitan comentario y le llevan en muchas ediciones.

Y no vale la objeción de que se comenta lo famoso y aplaudido y no lo menospreciado y obscuro. Alguien murmurará ó dirá: „Dante merece comentario, porque merece que todos desentrañen el sentido profundo de lo que canta; pero, ¿quién ha de querer desentrañar el sentido de lo que cantas tú?“

En efecto, si yo fuese un compositor de versos, como hay muchos, que dan á luz su colección donde todo es un tejido de frases hechas ó de frases sin significado, la objeción sería justa. Yo no me defendería contra los que tanto me rebajasen. Yo parto del supuesto de que en mis versos hay significado, y pruebas de que el au-

tor sabe lo que dice, y afectos y pensamientos propios del autor.

En este caso, cualquiera colección de versos merece comentario. En ella hay mucho digno de interés y de estudio. Parece contradicción y no lo es; cualquiera colección de versos de buena fe, no siendo enteramente nulo el autor, enseña sin que el autor aspire á enseñar. Y enseña lo bueno, y tiene virtud moral y en cierto modo purificante, y posee fuerzas que elevan las almas á esferas superiores, porque el autor muestra lo que en su espíritu hay de más limpio y hermoso, apartando las escorias y mezquindades que tal vez lo encubren en la vida real, y nos da uno á manera de retrato de lo profundo y radical de su ser, donde asiste Dios, donde Dios pone su sello y su imagen, y donde amor resplandece en su pureza y despliega su beatífica actividad, no pervertida ni coartada por ruines intereses y apetitos.

Y á fin de que esto se dé en algún grado, no es menester que los versos sean sobre objeto sublime. La composición más ligera, si está bien, es manifestación de la luz interior del alma, que ilumina el mundo del arte, como el sol el mundo real. De suerte que, el caso vulgar que el poeta refiere, la mujer que celebra ó la escena que describe, todo está iluminado por esa luz, la cual le presta su hechizo y pone allí su fuerza y su gracia. Este es el estilo; esta es la forma. No consiste en consonantes difíciles, ni en rebuscadas figuras retóricas, ni en transposiciones, ni en sonoridad y pompa de metro. Consiste en algo más alto y más sutil que esas calidades, si bien por lo mismo que es más alto no todos los lectores lo alcanzan, y por lo mismo que es más su-

til se sustrae á la percepción de las personas rudas y artísticamente mal educadas.

Haciendo yo conmigo razonamientos tales, me atreví á conceder á mis versos que merecían comentario, y pensé en que usted los comentara ó los ilustrara con notas eruditas, sin nada de encomio, á fin de que la gente maliciosa no supusiese y propalase que estábamos concertados para el encomio mutuo. Usted prometió hacer este trabajo, y acudo á usted ahora para que me cumpla la promesa. De esta suerte los versos se entenderán mejor, y, si no se entienden ni se leen, siempre lograremos que las notas, que de seguro van á ser amenas é instructivas, se lean y gusten, por donde habrá en el libro algo de bueno que convide á comprarle.

Las notas tendrán además el atractivo picante y chistoso de su inaudita novedad, pues hasta el día, que yo sepa, sólo se anotaron los clásicos ilustres, y no algo que no sabemos aún de fijo si será poesía ó no será poesía, y que se salvó como por milagro del río del olvido.

Hay otra razón más para las notas. Yo, como todo poeta, bueno ó malo, pero de buena fe, rara vez he escrito versos sin sentirme entusiasmado, enamorado ó movido de otro afecto grande. Y aun así no me ha sido fácil escribirlos, porque se requiere además que el tumulto y hervor de la pasión hayan pasado ó que los domine serenidad poderosa, hasta el extremo de habilitar al poeta para que tome por objeto de su canto, por ejemplo, su más intenso dolor, y saque de él una obra de arte.

De aquí, de mi pereza, de mi esterilidad tal vez, y de

estar ya descorazonado por el mal éxito, ha resultado que he escrito pocos versos originales, y que he traducido, ó más bien adaptado á nuestro idioma, mucho de literaturas extrañas, ya parafraseando, ya compendiando y extractando. Claro está, pues, que todo esto, escrito para otras gentes, para otra civilización y otras costumbres, requiere explicación y notas.

Justificado ya, á mi ver, el comentario, y demostrado que no se pone por vanidad mía, bueno será que diga yo algo de los versos mismos.

Mi retraimiento y mi casi abandono de las Musas, merced al desdén público, han producido varios efectos. El primero ha sido que he escrito poco. Con favor y aplauso, hubiera yo sido, á pesar de mi pereza, de fecundidad tal vez deplorable. Pero resulta también que los versos propios, y no parafraseados, son, en gran parte, de los albores de mi vida; y como en aquel tiempo se estudiaba menos que ahora, y yo he ido aprendiendiendo con desorden lo poco que sé, v. g., primero la estética y luego la ortografía, primero la metafísica y luego la gramática, hay en varios de mis versos incorrecciones y otras faltas para las que pido indulgencia. Asimismo hay en otros cierta palabrería, aunque nunca en el grado que se usa, y lo que, con expresión harto familiar, puede llamarse *inocentadas de chiquillo*, que también ruego se me perdonen. En algunos son tan subidas las inocentadas, que los suprimo en esta nueva edición.

Y hechas ya las salvedades, afirmo que mis versos, aun con todas sus faltas, valen lo que vale mi prosa, ya que en ellos está en germen, en cifra, en lírico y conci-

so resumen, todo lo que he sentido, pensado y escrito en prosa, más tarde, con mayor amplitud. Y echando la modestia á un lado, ¿por qué no declarar también que en algunos de estos versos, principalmente en *El fuego divino*, en el idilio del viejo rabadán y *A Gláfira*, la nitidez, la elegancia sencilla y la atinada limpieza de la forma son notables, lo cual de sobra se conoce que no se consigue sobando y limando, sino por dichosa inspiración?

Añadiré todavía á mis versos ciertas buenas prendas de que la prosa carece: el candor, la lozanía y la frescura de la juventud, y propósitos más puros, porque los versos están hechos sin la vana y egoísta esperanza de ganar con ellos dinero, influjo ó al menos fama inmediata, sino sólo por amor entrañable de la misma poesía y con anhelo cariñoso de vivir en lo futuro en algunas almas, afines á la mía, donde despierte ó suscite mi voz simpática resonancia, cuando ya no pueda mover con impulso material las ondas del aire.

Y aquí terminaría yo, dejando encomendada á usted la tarea de explicar mis composiciones, si no hubiera una, la más importante, que, por no estar concluída y porque no se concluirá nunca, há menester explicación de mi parte: algo á modo de interpretación auténtica. Me refiero á la leyenda titulada: *Las aventuras de Cide Yahye.*

En mi edad madura he declamado yo bastante, como crítico, contra la pretensión de escribir epopeyas en nuestros días, en el más alto sentido, esto es, algo narrativo que contenga cuanto hay de divino y de humano, y que abarque y refleje, por medio de mitos simbó-

licos, toda nuestra complicada civilización. A pesar de Goethe, Espronceda y otros, tal empeño es, en mi sentir, irrealizable; y como he dicho las razones en que me fundo, me remito á las obrillas mías en que las he dicho y dejo de repetirlas aquí. Pero yo no había formulado tal opinión en mi mocedad, y también aspiré entonces, aunque sólo hasta cierto grado y con modestia, á escribir algo que propendiera á ser epopeya transcendente. Lo singular y lo más original fué que tomé asunto, ó mejor dicho, base de asunto en un cuento bastante cómico, ligero y aun verde, de Bocaccio, poniendo de mi cosecha lo trascendente, lo patético, lo elevado y lo maravilloso, que en epopeya había de convertirle. Así se mostraba desde el principio mi inclinación á mezclar lo serio y lo jocoso, mi *humor*; aquella idiosincrasia de mi pobre ingenio, en virtud de la cual creo que, sin el menor viso de fundamento, unos tiran á celebrarme y otros á denigrarme con la calificación de Voltaire, pequeñuelo y canijo como venido al mundo fuera de sazón.

La historia, en su substancia, es la de un rey moro, cuya linda novia es seducida, robada y gozada por unos cuantos; pero ella lo oculta, lo calla, y todavía se casa con el rey y lo hace dichoso.

Véase ahora cómo elevaba yo esto á semiepopeya trascendente. Al rey moro, cuyo trono y reino, inspirado yo por la rústica, amena y pintoresca fertilidad de Lanjarón, coloco en las Alpujarras, se le ocurre enamorarse de la propia belleza ideal que en su alma ha concebido. Aspira á revestirla de forma sensible, y, como esta es empresa sobrehumana, se desespera; pero las

hadas, cuyo favorito es y á quienes refiere su cuita, suben al mundo de las ideas, traen de allí la que tiene enamorado al rey, le dan cuerpo valiéndose de los elementos y de las esencias mejores de las cosas, y se la entregan por mujer. Como idea sólo, nadie se la hubiera quitado, nadie la hubiera contaminado; pero, ya con cuerpo, le suceden mil percances lastimosos. Mi rey, entre tanto, no es como el del alegre novelista: mi rey lo sabe todo, lucha contra su adversa suerte, y sigue siempre enamorado en pos de su ideal belleza, aunque manchada en lo material. De aquí guerras, hazañas y casos estupendos por mar y tierra, en que había tela cortada para vencer al Ariosto. Al fin, mi rey, convertido en pirata, entra al abordaje en el navío de un gran príncipe, el último de los amantes de su mujer, y se la arrebata; pero cuando ya la tiene acuden más guerreros de otros barcos de la escuadra del príncipe, y el rey, cercado, ve que no puede vencer aquella multitud de enemigos, y da de puñaladas á la hermosa, se hiere él también, y, abrazado con ella, se arroja en el fondo del mar.

De aquí nacen la lección moral y la final apoteosis. La belleza pura, libre ya de la manchada terrenal vestimenta, toda refulgente y limpia de culpa, toma á mi rey y se le lleva consigo al mundo de las ideas, de donde ella ha venido: á un ultra-cielo, de donde todo lo bello y todo lo verdadero, artes, metafísicas, religiones y amores proceden, antes de impurificarse con la realidad y de combinarse con elementos caducos y corruptibles, por excelentes que sean.

En el plan de este poema, así como en todo lo que

yo he escrito, se ve mi afán de ser optimista, sin dejar de notar y de sentir los males que nos afligen, justificando á la providencia á pesar de ellos, y procurando remediarlos ó mitigarlos, con poesía y risa cuando son pequeños, con poesía y lágrimas cuando son grandes.

Ahora, lejos de mi patria, afligido por imprevisto y cruel infortunio, escribo á usted lo que no he escrito cuando estaba tranquilo, y hasta cierto punto me consideraba feliz. Ahora busco lo que antes no buscaba: consuelo y distracción en mi soledad y en mi pena.

Por otra parte, aunque bien puede ser que mi cansada vejez se prolongue en demasía, y yo no quiero imitar á los mentidos siervos de Dios que anuncian su tránsito á mejor vida y no llega cuando le anuncian, diré que, desde hace meses, y sobre todo desde pocos días há, desde que supe la muerte de mi hijo mayor, robusto, hermoso de cuerpo y alma y en la flor de su edad, está fijo en mí, como nunca, el casto y severo pensamiento de la muerte, que nos induce á meditar y á emplearnos en las cosas más graves. Y, como no dejaré bienes de fortuna que hereden mis otros hijos, vivos aún, es de gravedad para mí arreglar y ordenar el único caudalillo que he allegado, fruto de mi estéril ingenio, y hasta apresurarme á trabajar para acrecentarle con algo de más valer, á fin de que, si el amor propio no me engaña, vierta algo de brillo simpático sobre mis hijos este mérito mío, y predisponga el corazón de las gentes con respeto y cariño para ellos; y á fin también, de que lo menos malo de mi ser, lo más delicado y puro de mi espíritu, permanezca en esta tierra, cuando yo pase, y ellos me conozcan, me amen y me esti-

men. Porque yo, tal vez habré pecado por error, pero no tengo remordimiento de haber puesto jamás intención viciosa ni en mis obras más ligeras y desenfadadas, sino que siempre, cuando no la bondad moral, me ha inspirado el amor puro de lo bello.

Usted, que, si bien es bondadoso y me quiere, es justo, lo cree así, prescindiendo de los extravíos y flaquezas de nuestra mísera condición humana; usted sabe, además, que el arte lo limpia todo y extrae oro del fango.

Adiós, y no dude de que soy su mejor amigo.

JUAN VALERA.

Washington 7 de Julio de 1885.



PRÓLOGO (*a*)

DE ENSAYOS POÉTICOS (1)

Por todas partes se empiezan á sentir los efectos de la regeneración filosófica que poco á poco se va labrando en el mundo literario: el escepticismo se oculta ya como avergonzado, y la fe, precursora siempre de las grandes verdades, se siente latir en todos los corazones. Sin embargo, no tenemos una senda fija todavía y el poeta, y el artista, el filósofo y el político vagan por el espacio sin lema ni bandera.

El espíritu de análisis, introducido por Bacon y Descartes, y popularizado por los filósofos del siglo XVIII, ha sido la fuente de la duda, necesario es confesarlo: todas las escuelas han llamado los hechos y las teorías al tribunal del examen, y lo han destruido todo las hipótesis brillantes de las ciencias, la magia de las artes, la majestad y el sagrado de las religiones: nada han perdonado: el vasto edificio de las ciencias filosóficas lo han convertido en un montón de ruinas sobre cuya elevada cúspide ondea el negro pendón de la duda; han preferido la verdad, como dice un elocuente filósofo, á

---

(1) Granada, 1844.

la tranquilidad del hombre; han desgarrado las ilusiones más tiernas del corazón; todo lo han destrozado con valor sin ver el abismo que se abría á sus pies, sin pensar en el porvenir de las generaciones venideras!

El mundo rompió sus antiguas creencias ¿cuáles serán las nuevas?... Estas preguntas se hacen todos en el siglo XIX, se agitan en el desorden, recorren las sendas, y todos quieren llenar este vacío.

Lo que hemos dicho de la *verdad* puede decirse con iguales razones de la *belleza*; así las artes y la poesía vagan sin rumbo fijo, sin reglas ni sistemas. Los poetas cambian á cada paso las modulaciones de su lira, ensayan todos los géneros y el mundo los oye admirado sin desdén, buscando siempre la belleza; ya sea bajo el manto recamado de flores de los antiguos, ya entre el acento desconsolador y desesperado del autor del *Fausto* ó de Lord Byron.

Estas reflexiones, demasiado abstractas si se quiere, se ocurren fácilmente después que el ánimo se ha complacido con la variadísima y amena lectura de las escogidas páginas que siguen á este desaliñado prólogo. En ellas se ven reflejados ese espíritu ecléctico, esa variedad que es el carácter dominante del presente siglo... Al lado de felices imitaciones de Horacio, de Cátulo y Virgilio, descuellan pensamientos filosóficos, metafísicos á veces, como los de Goethe, é imprecaciones amargas cual las del creador del fantástico *Don Juan;* las metáforas concisas y enérgicas de la Biblia están hábilmente combinadas con las ricas descripciones de los orientales; las bellezas, en fin, de todos los géneros, abundan en las poesías del Sr. Valera.

Revelan, además, estos ensayos poéticos, un estudio profundo de los clásicos, griegos y latinos tan olvidados, por desgracia, de los jóvenes. Nosotros que conocemos al joven poeta, que con orgullo nos contamos en el número de sus amigos, admiramos doblemente estos vastos conocimientos, pues sabemos sus pocos años y que podría decir con Villegas:

Mis dulces cantinelas,
Mis suaves delicias
Á los veinte limadas
Á los catorce escritas.

Algunos ingenios descontentadizos podrán motejar tal vez las imitaciones de buenos modelos en que suelen abundar las poesías del Sr. Valera; pero es muy fácil contestarles victoriosamente con el célebre dicho del gran Boileau: *imita si quieres que te imiten;* necesario es que recuerden también que nuestros clásicos padecen del mismo achaque, y á pesar de todo han alcanzado justamente el inmarcesible laurel de la inmortalidad. ¡Y cuántas bellezas no encontrarán si hojean imparcialmente este libro! ¡Qué novedad en la fábula de Euforión, qué frescura y qué verdad en las descripciones, qué energía en las imágenes, qué lenguaje tan adecuado á las diversas situaciones, qué filosofía tan hábilmente embellecida, qué armonía en los difíciles y anatematizados exámetros, qué facilidad tan sorprendente en toda la versificación! ¡En las demás composiciones, qué delicadeza, qué fantasía y siempre qué gusto tan escogido!

Bien puede el joven poeta contestar concluyentemen-

te á los que todo lo critican, con sólo recitar algunos de los bellísimos trozos de sus ensayos poéticos.

Nosotros le pronosticamos, desde luego, un lugar distinguido en el Parnaso español, cada día más desierto, le felicitamos por sus adelantos y llenos de placer le tributamos este sincero elogio debido á su mérito y á la amistad que le profesa su amigo,

J. JIMÉNEZ SERRANO.



PRÓLOGO (1)

De las poesías contenidas en la siguiente colección algunas salieron á luz há ya no pocos años, siendo su autor todavía muy joven; otras aparecen ahora impresas por la vez primera. En aquéllas van aquí hechas varias y notables alteraciones, bien dignas de ser llamadas correcciones, habiendo servido de guía y maestro al poeta la no escasa instrucción que ha adquirido en un plazo medianamente largo y aprovechado en prolijos estudios. Todo cuanto pudiese decir el presente prólogo en alabanza de las obras que á continuación van á ser sometidas al juicio del público, sería inútil, porque á los lectores entendidos compete únicamente juzgar de lo que, con darlo á luz, se presenta á su tribunal, y además, porque el escritor de estos renglones conoce y confiesa que no puede ser juez imparcial del mérito de las producciones de una persona con la cual le ligan relaciones de parentesco y cariñoso afecto, aunque, por otra parte, lo que más aprecia en él, como lo apreciaría en un extraño, es un ingenio agudo y claro y una instrucción en que compite lo vasto con lo profundo. Sobre este último punto no cabe equivocación,

(1) De POESÍAS. Madrid, 1858.

como puede haberla al tasar el valor de trabajos literarios, en lo cual á lo falible del juicio suele agregarse, aun contra la voluntad del que falla, la pasión ó favorable ó adversa. Excusado parecería, pues, un prólogo después de lo que acaba aquí ahora de asentarse, si no fuese lícito, y por otra parte provechoso y juntamente oportuno, con motivo de las presentes composiciones, decir algo sobre la clase á que pertenecen y sobre el estado de la poesía en nuestra España y en el día presente. Para juzgar lo que el poeta ha hecho no está de más conocer lo á que aspiraba; para bien de otros poetas y del público en general será bien examinar si es buena la senda que el autor ha seguido. De este modo viene á enlazarse una cuestión de gloria personal con otra de común provecho, y el que parece como panegirista, presumiendo de crítico, no tanto mira por el interés de una persona amiga, cuanto se arroja á emitir juicios y sentar doctrinas que, si dan origen á disputas, habrán de terminar, sea de quienes fuere la victoria, en el triunfo de la buena causa.

La Poesía castellana, en nuestros días cultivada como nunca, si sólo atendemos al número de los que en ella se ejercitan, ha pasado por bastantes y muy notables vicisitudes en el siglo XIX. Al empezar éste era clásica, tomando por norma ó pauta del género llamado *clásico*, no la elegante sencillez griega, sino la un tanto artificial copia hecha de los modelos griegos por los autores latinos, ó diciéndolo con más propiedad, las interpretaciones del gusto de la antigüedad hechas en el siglo XVI por los italianos y por alguno de nuestros compatricios, y en el XVII por los franceses, en la época á

que ha dado nombre Luis XIV. Bien es verdad que en el siglo XVIII, en Francia aquella pureza clásica había tenido notable alteración y deterioro, y que nuestros críticos y autores, tomándolo todo de los franceses, solían tomar lo que estaba en uso en la nación vecina, acaeciendo así lo mismo con las modas literarias que con las del vestido y peinado. También es cierto que dos escuelas competían por la dominación en la teórica y en la práctica, siendo la que tenía por cabezas á Moratín y á Estala más rígida ó más atinadamente clásica que la que seguía á Quintana y á Cienfuegos. Esto sin contar con la escuela sevillana, en que el entusiasmo de paisanaje había hecho obligación imprescindible imitar las formas y hasta la dicción de Fernando de Herrera. Pero tal discordia más se mostraba en los juicios sobre las obras, así pasadas como contemporáneas, que en punto á los preceptos, los cuales para todos eran los mismos, reputados ciertos, y venerados aun cuando no siempre fielmente seguidos. Versaban, pues, las disputas, no sobre los dogmas de la fe, sino sobre si habían sido ó no rigorosamente observados en la conducta; por lo cual, si se notaban en algunos escritos rarezas harto distantes de lo dictado por el gusto acendrado y melindroso de los buenos escritores antiguos ó modernos (rarezas de que Cienfuegos más que otro alguno daba señaladas muestras), tales desvíos ó extravíos de la buena senda pasaban por ser, si es lícito comparar con lo sagrado lo profano, no hijos de la herejía, ni siquiera del cisma, sino pecados más ó menos graves. Pero sin negar mérito á composiciones y juicios críticos de aquellos días, no muy lejanos del presente, forzoso es con-

fesar que la doctrina promulgada por los maestros era en gran parte, si no ya del todo errónea, pecando especialmente de incompleta, y que en las obras, no obstante haber entre ellas algunas merecedoras de aprobación y aplauso, faltaba el exquisito gusto clásico en la inspiración y en el estilo, subsistiendo en la parte externa ó configuración, donde es menos necesario ajustarse á los modelos de la antigüedad griega ó romana.

Duraron así las cosas hasta que ciertas doctrinas de origen alemán penetraron en Francia, y después de alguna resistencia, lograron triunfar en el pueblo francés. En Inglaterra había desde tiempos antiguos una poesía peculiar de aquel pueblo, separado de los demás, tanto por el mar que le rodea y ampara, cuanto por singularidades de sus leyes, costumbres y sociedad, de que su literatura es hija y retrato. En Alemania habían nacido una poesía y una crítica nuevas, habiendo en aquella nación la segunda, si no engendrado á la primera, acompañádola desde su infancia y servídole de guía. Los ingleses no juzgaban con sujeción á un código literario inflexible y estrecho; los alemanes idearon un código nuevo, contraponiéndole al antiguo, ó poniéndole á su lado para que hubiese dos destinados á naciones diferentes. Pero ni el ejemplo de los ingleses, ni las novedades teóricas y prácticas dominantes en Alemania, ni los atrevimientos de la baronesa de Staël, de Benjamín Constant y de otros pocos, ni entre nosotros, los esfuerzos de Bohl de Faber y sus escasos secuaces, habían producido en los ánimos españoles la menor duda sobre cuáles fuesen las reglas invariables del buen gusto. Otra cosa aconteció cuando los franceses, nues-

tros modelos, extremándose, como lo hacen en todo, llevaron la mudanza en la fe y en la práctica literarias hasta el increible exceso de poner sobre las tragedias de Corneille y de Racine los dramas de Víctor-Hugo. No tardó mucho en traspasar los Pirineos la nueva doctrina. Contribuyó no poco á traerla y propagarla quien esto escribe, particularmente en el prólogo al *Moro expósito* del Duque de Rivas, y contribuyó aún más á ello el mismo Duque con el citado poema, con su drama titulado *Don Álvaro ó la fuerza del sino* y con sus *Romances históricos*. Pero es de notar que en el prólogo antepuesto al *Moro expósito* no se admitió la división de géneros de la novel escuela, y sólo se dijo que el clasicismo á la francesa no lo era de buena ley, y que la belleza, aun tal como la concibió y expresó la clásica antigüedad, puede y debe ser buscada y hallada por más de un camino, con formas, si no opuestas, distintas, y con atavíos varios, conformes á épocas y pueblos diferentes.

Fué, con todo, propagada, bien admitida, respetada, y cual podía serlo, observada la nueva fe literaria, en la cual entraban á la par la veneración y el remedo de todo cuanto piensa y dice la nación nuestra vecina y maestra, afectos de patriotismo, ó motivos de vanidad nacional al ver rehabilitada nuestra poesía dramática por las doctrinas germano-francesas, y el deseo de variar, harto disculpable, principalmente cuando sistemas gastados en fuerza del mucho uso dan de sí únicamente producciones de una monotonía insufrible.

Pero el romanticismo español adolecía de más de un defecto. De éstos era uno, y no leve, el que es inheren-

te al mismo romanticismo extranjero, pues nadie puede demarcar con cabal exactitud cuáles son los límites que separan á la crítica y poesía clásica de la romántica. Y en España fué mayor la confusión por haber coincidido ciertas circunstancias con la introducción de la nueva escuela en nuestro suelo. Porque á la par con una mudanza en la región literaria, hubo otra de no inferior consideración en la política, y esta última trajo consigo la libertad de imprenta, y con el derecho de imprimir lo que pudiesen escribir, vino á muchos el deseo de esgrimir la pluma, é infundiendo los sucesos ambición de varias clases, llegaron á ser muchos los escritores, y de ellos, pocos los bien preparados para dar verdadero lustre á sí propios ó á la literatura de su patria. Hubo, pues, en los poetas románticos osadía, rara vez acompañada de tino ó de acierto. Era común escribir versos calificados de románticos, pero no bien ajustados á las reglas particulares de escuela alguna ó á las comunes de toda buena escuela. Creyóse hallar en la forma la esencia de las composiciones, y con mudar varias formas de metro en una sola corta producción, porque así lo hacía el francés Víctor Hugo, juzgaban autores y lectores haber acertado con la nueva senda por donde la buena poesía debe caminar al templo de la gloria. Seguía, en medio de esto, la perífrasis, defecto capital del pseudo-clasicismo, y no común en el clasicismo verdadero, especialmente en el griego, dominando en los escritos; seguía la afectación en el lenguaje, el cual, por ser de lo llamado poético, encubría con frases sonoras ó retumbantes lo vacío ó lo llano del sentido. Agregábase á todo ello la incorrección,

vicio, no de esta ó esotra escuela, sino de los malos escritores, y con particularidad de los ignorantes, los cuales era fuerza que abundasen, y de hecho abundaban, en la turba numerosa y confusa que se había arrojado á manejar la pluma en prosa y verso.

De aquí ha nacido, como era natural que sucediese, una reacción hasta cierto punto provechosa, aunque un tanto violenta, y con peligro de ser llevada allende todo término razonable. De los delirios en que ha llegado á incurrir un escritor de tantas y tan altas dotes poéticas como es Zorrilla, es de temer que vaya á pararse á la limitación de Meléndez ó de los poetas sevillanos de principios del siglo presente, no faltos de mérito éstos ni aquél, pero sí fríos, amanerados, y sobre todo, con exceso artificiosos.

El poeta á cuyos versos sirven de prólogo estas reflexiones, no es de la escuela romántica moderna ni de la clásica ordinaria. Y, sin embargo, es, en sentir del que esto escribe, clásico por excelencia. Quien atienda á las formas de que reviste sus conceptos; quien, penetrando en su pensamiento hasta donde es dado al crítico llegar en sus investigaciones, observe la elaboración de las ideas en su mente, habrá de conocer que el estudio de la antigüedad griega y latina y de los verdaderos clásicos modernos, influye en su juicio y aun en su inventiva, descubriéndose en sus composiciones lo que sabe, juntamente con lo que hace y lo que intenta.

Ni es de extrañar que este clasicismo, que, por serlo de buena ley, no se ajusta á lo que pasaba por tal há pocos años, y señaladamente en Francia y en España, se avenga en varios puntos con el romanticismo no exa-

gerado. De ello hay un ejemplo en la literatura francesa. Los románticos han descubierto el mérito, antes no conocido, de las poesías de Andrés Chénier, y le han alabado sobremanera, no obstante ser sus composiciones remedos de la antigüedad griega, pero remedos en que vivía el espíritu de los modelos imitados, y lejanos, por lo mismo, de otros que, aspirando á serlo, mostraban no conocer la calidad de lo que imitar querían.

De una clase parecida, si no igual, son las poesías que este tomito encierra. Si en las infinitas clasificaciones que hay hechas y pueden hacerse de la poesía cabe la que va á hacerse aquí, bien podría decirse que los versos del Sr. Valera son de la *poesía sabia*. Nutrido el poeta con copioso alimento literario, y ese de la mejor especie, y teniendo fuerzas para digerir y asimilarse el buen sustento en que se ha cebado, en su constitución mental acredita la calidad y bondad del régimen que ha seguido. Nótase en la concepción de sus ideas, y más todavía en la expresión, el estudio de los griegos en los originales, nótase también el de los italianos, de uno de los cuales (Leopardi) consta al escritor de estos renglones que es el Sr. Valera admirador apasionado, y, si es lícito expresarse así, condiscípulo, aunque no copista.

Tiene la clase de poesía á que acaba aquí de hacerse referencia, sus escollos, como los tiene todo rumbo que se siga en el espacioso piélago literario. No suelen ir juntos, al concebirse las ideas, la espontaneidad y el juicio crítico; siendo sabido que, hasta una época novísima, los mejores jueces de escritos no han sido los mejores escritores, ó al menos, no han sido los escritores más valientes y originales. Pero en Alemania, casi en

nuestros días, se ha visto nacer la ejecución del juicio, sin menoscabo del brío que debe tener y tiene la composición verdaderamente espontánea.

Si no ciega ó deslumbra á quien esto escribe un afecto ya aquí confesado al poeta, en las obrillas del señor Valera no falta la espontaneidad ni el brío. No porque un tanto no adolezca su índole de poeta del vicio que es inherente á la clase á que él corresponde, pues la perfección es incompatible con la humana flaqueza, y en las poesías siguientes no hay perfección absoluta, y en ellas, como en toda obra de los hombres, se nota que, cuando se bambolea quien obra, habla ó escribe, se vá hacia el lado

do su natura ó menester le inclina.

Así, los defectos del Sr. Valera son los de su secta y fe.

De seguro habrá quien por otro lado le tache, encontrando en su expresión algunos ejemplos de llaneza, que calificará de descuido. Sobre este punto hay no poco que decir, y reinan no pocas equivocaciones. Al tratar de formar un lenguaje poético distinto del de la prosa, ó al querer expresarse en uno ya formado, ha sido común descartar en mil ocasiones las voces propias, por lo cual ha sido forzoso sustituirles otras impropias ó poco menos, ó valerse de circunloquios. Verdad es que una palabra baja puede humillar un pensamiento, valiéndonos de una expresión de Herrera, al censurar á Garcilaso en su comentario; pero no es menos cierto que palabras demasiado escogidas sirven como de pase á ideas triviales; que á menudo, cuando disuena una frase ó voz por lo llana ó humilde, es por no ser muy

noble ni elevado el pensamiento que declaran, y que no sin frecuencia el vocablo común es el único perfectamente adaptado á la cosa que designa, viniendo á ser, cuando está bien empleado, como lo está casi siempre por los clásicos antiguos, un primor en que la sencillez no va separada de la elegancia. Ya traduciendo la tragedia de Sófocles, *Edipo rey* ó *Edipo tirano*, D. Pedro Estela se había arrojado á expresarse del modo siguiente por boca de un mensajero y del mismo Edipo:

EDIPO.

Quien me ha engendrado, ¿acaso no es mi padre?

MENSAJERO.

Te engendró, como yo.

Y no contento con tal llaneza de estilo, la justifica contraponiéndola á lo que él reputa estilo por demás peinado de los trágicos franceses y sus imitadores. Ya el insigne crítico francés M. de Villemain, notando cuán perdido estaba el buen gusto clásico en el siglo XVIII, llama la atención á que Barthelemy, en su *Viaje de Anacarsis*, con tener y mostrar tal y tan vasto conocimiento de las letras y costumbres griegas, desconocía la índole de los modelos que admiraba, pues cediendo al vicio de su tiempo, al traducir á Jenofonte, no se atrevió á poner la palabra *nourrice* (equivalente á la nuestra *nodriza*, pero en francés harto más llana y de uso vulgar), y así usó del siguiente rodeo, *une femme qui avait elevé son enfance*, „una mujer que en su infancia le había criado.“ Y de notar es que hasta una época novísima iban empeorando las cosas, pues Racine, no obstante su estilo de la corte en que vivía, al

cabo, como bien nutrido en la lectura de los griegos, usó hasta tres veces la palabra *chien*, „perro," en su *Atalía*, y la voz *pavé*, „empedrado ó enlosado," en el prólogo de la *Ester;* voces ambas humildísimas en la lengua de nuestros vecinos. De la literatura de otros países no hay para qué hablar, pues en la inglesa, uno de los primeros poetas modernos Wordsworth, sienta la doctrina y da el ejemplo de expresarse en verso como en la más llana prosa.

Sin ir tan allá como este poeta, en el cual son de tachar no pocas rarezas, así como son de admirar grandes primores, y sin negar que el lenguaje poético, diferente del de la prosa, debe ser usado, si lo es con oportunidad, bueno será justificar aparentes atrevimientos, que, bien mirado, son puramente actos de observancia de la clásica sencillez antigua. Y aun si algo moderno se advirtiese y quisiese tacharse en la mezcla de estilos del Sr. de Valera, téngase presente que en Ariosto, uno de los primeros poetas modernos, tal mezcla existe y agrada, sin contar con que Lord Byron, otro de los mejores poetas de todos tiempos, nos da, en su *Don Juan*, á la par con un magnífico himno á la Grecia, trozos donde lo familiar no desdice de lo bien entonado de la composición toda.

No intenta quien esto escribe ir calificando por menor las obrillas que siguen, pues si tal hiciese, contradiría lo que deja dicho sobre su incompetencia para sentenciar, ó sobre la inutilidad de los fallos que pronunciase. Pero sí llamará la atención á las calidades diferentes de algunas de las más notables composiciones de esta colección.

Para comprender bien la índole del numen poético del Sr. Valera, ajustándose la sentencia á los datos que van aquí antes sentados y á los principios y juicios emitidos en los renglones antecedentes, considérese, por ejemplo, el trozo de poesía titulado *El fuego divino,* uno de los mejores que la siguiente colección encierra. Sin duda el poeta de nuestros días no es un Fr. Luis de León, cuyas poesías sagradas, y señaladamente *La noche serena,* tan admirada en Inglaterra y Alemania, son la más elevada expresión de un alma creyente y devota, en la cual los pensamientos y afectos, por lo vivos y santidos, tienen el carácter de la mejor y más legítima poesía, sin que salga menoscabada la grandeza de la composición por la suma sencillez del lenguaje. La obra del Sr. de Valera es, al revés, una en que la moderna filosofía ha impreso huellas profundas y muy visibles. El poeta del siglo XVI es un devoto cándido; el del siglo XIX es un pensador, á quien nuevas doctrinas traen al espiritualismo. Aquél, como se deja ver, siente, sin haber pensado en analizar; en estotro es hijo del análisis todo lo que hay bien y vivamente sentido.

En el *Euforión* del Sr. de Valera no hay que buscar cotejos con poesías de otra época que la presente. El autor no disimula, ni quiere encubrir á los que lo ignoren, que ha seguido, si ya no traducido, al alemán Goethe en una parte del *Fausto,* donde se alude á Lord Byron harto claramente. Bien se advierte, pues, en esta composición algo de una poesía moderna, y si no del todo conocida entre nosotros, tampoco enteramente extraña á nuestra noticia. Por esto, así como por el indisputable mérito del poemita, es fuerza que el *Euforión* agrade á

nuestros críticos y á nuestros lectores de todas clases, más aún que otras producciones salidas de la misma vena. Sea como fuere, el tono poético del *Euforión* no contradice, en sentir de quien esto escribe, al de otras obrillas del Sr. Valera, si ya no es que pasa por contradicción su diversidad.

Menos aprobadores ha de tener el trozo de la *Peri*, traducción parafrástica de parte de un poema del irlandés Tomás Moore, muy celebrado en la Gran Bretaña, y no poco digno de serlo, pero no de los de clase superior entre los del mundo; no siendo, por otra parte, su mejor composición la que da aquí traducida el señor Valera. Y la suposición de que no ha de agradar á los lectores españoles el cuento de la *Peri* como otras composiciones de esta colección, está fundada en que la índole de la poesía inglesa y la de la alemana se aviene mal con el gusto de los puramente avezados á la lectura de los poetas españoles, italianos y franceses, todos ellos latinos en sus formas, aunque la lengua francesa deje de serlo en sus sonidos. Ciertamente Shakspeare no ha podido hasta ahora ser apreciado en España, aunque ya lo sea en su verdadero altísimo valor en todas las demás naciones de Europa ó del mundo civilizado. Aun la sin par belleza de *Macbeth* pasa entre nosotros desatendida ó ignorada, y la pésima traducción de *Hamlet* hecha por Moratín, con sus juicios críticos sobre el original, inferiores, si cabe serlo, á la versión misma, es reputada una buena muestra de las monstruosidades dramáticas de los ingleses. Milton, por lo que tiene de clásico, es más comprendido, aunque pocos españoles le conocen. Á Pope salva del desprecio ó del poco aprecio, lo

que tiene de francés en su gusto y manera. Lord Byron, en nuestros días, ha sido más celebrado que entendido, ó aun que leído, y de Scott solamente las novelas han llegado á noticia del vulgo de nuestros lectores. Cowper, restaurador de la poesía inglesa hacia fines del siglo último; el escocés Burns, su contemporáneo, tan varonil, tan sentido, tan patético en su dialecto escocés; Coleridge, Southey, Wordsworth, Crabbe, Shelley, Keats, Campbell, Rogers, y el mismo Moore, que, con otros, tanto lustre de diversos géneros han dado á la poesía inglesa al comenzar el presente siglo, son nombres que rara vez han sonado en los oídos, aun de los estudiosos en nuestra patria. Y la forma y la esencia y los giros del pensamiento, y las singularidades de la expresión de la poesía británica en general, siéndonos extraños, nos chocan. Mucho, pues, de lo que conserva del original la traducción de la *Peri* ha de ser cabalmente lo que le perjudique.

No sucederá lo mismo con la leyenda de *Cide de Yahye*, de género más conocido, aunque no de clase muy vulgar en España. En verdad, lo más familiar de la misma leyenda es la forma, porque en la idea que encierra hay un pensamiento filosófico, moderno y aun novísimo para los españoles.

De las demás piezas de la siguiente colección sería inútil hablar en este breve trabajo, donde el escritor, aspirando más al papel de abogado que al de juez, meramente tira á dirigir la atención de los lectores á la clase de los trabajos del poeta en cuya suerte tiene no disimulado empeño, y no á la más ó menos perfecta ejecución de la obra.

Pero si hay quien diga que también este prólogo se arroja hasta cierto punto á dar juicios, y que los da demasiado favorables al autor, al cual en algún modo apadrina, y que los mismos juicios se resienten de la doble incompetencia del que aspira á ser juez, siendo por un lado su parcialidad mucha, y por otro lado su capacidad poca, todavía á esta objeción puede darse una respuesta. El prólogo, como las poesías del Sr. Valera, comparece también para ser juzgado. Si contiene fallos, éstos quedan sujetos á apelación, siendo el tribunal del público quien sobre ellos ha de resolver, así como sobre las composiciones del Sr. Valera; sentencias todas ellas que habrán de ser confirmadas ó revocadas en revisión por la posteridad, si á ella pudiesen llegar tan cortos trabajos; cuando, al contrario, es de temer que una furiosa avenida del río del olvido se lleve consigo éste y otros prólogos, y éste y otros libros, escritos en prosa y verso, productos de una generación parlera por demás, y cuyo imprescindible destino es, ó no ser original ó descarriarse en sus atrevimientos.

ANTONIO ALCALÁ GALIANO.

POESÍAS



FANTASÍA

Un campo es el corazón,
Un campo que tiene flores,
Que se engalana con ellas
Porque son sus ilusiones,
Con cuyo perfume alienta,
Cuyo perfume es su goce,
Cuyo perfume embalsama
Del corazón las regiones;
Porque en el aire perdidas
Las esperanzas del hombre,
Son de la flor la semilla
Con la que el campo cubrióse.
Pero esta flor se marchita,
Que está del sepulcro al borde,
Porque tan sólo un momento
Nos duran las ilusiones,
Y el jardín se cambia en páramo
Y en hojas secas las flores,
Porque yermo el corazón
Para siempre ya quedóse.

Porque hay un huracán en la llanura
Que el viento del deseo lo formó,
Que marchitó del campo la verdura
Y la flor gaya de ilusión secó.
Y este huracán, que lo engendró el deseo,
Es la pasión que vomitó Luzbel,
Y en sus alas marchito y en trofeo
Lleva el que fué del corazón vergel.
Y deja un tronco seco y deshojado
De espinas lleno, lleno de dolor,
Y este es el desengaño, que clavado
Se nos queda cual dardo matador.

Málaga, Mayo de 1840.

A MARÍA

Dulce me eres
Linda morena,
Como me es dulce
De primavera
Naciente aurora
De luces bellas.
Que son tus ojos,
Que mi alma queman,
Soles nacientes:
Y tus guedejas,
Que al aire flotan
Ó en lindas trenzas
Caen en tu espalda,
Son por lo negras
Como azabache,
Y por lo luengas
Como el cariño
Que mi alma encierra
Y que consagra
Á tu belleza;
Porque tu forma
Toda es perfecta,

Toda es divina,
Toda es aérea.
Es cual de un ángel
La tu voz tierna,
Como un suspiro
Que el aire lleva,
Como el remate
De dulce endecha,
Como el arrullo
De tierna queja
De la paloma
De amores llena.
Es lo que siente
Tu alma bella,
Que más encanta
Que tu belleza,
Puro y virgíneo
Cual tu alma mesma,
Cual el aliento
Del Criador fuera,
Cual son dulcísimo
Que exhala tierna
La lira armónica
Del rey poeta.
Así, mi niña,
Son las tus prendas
Cual el perfume
De la flor bella

Que el dulce céfiro
En alas lleva.
Por eso el pecho
Mío se queja,
Por eso siento
Que mi alma incendias
En fuego vivo
De amor y penas,
Un fuego eterno
Que no remedian
Mil y mil muertes
Si mil me dieran,
Que nò consume
Aunque quisiera
El agua toda
Que, bravo, encierra
El mar ruidoso
Que el mundo cerca,
Ni el río de lágrimas
Que lastimera
Arroja mi alma
De amor deshecha.
Sólo tu labio,
Tu mano bella
Mi fuego ardiente
Calmar pudieran.

Málaga, Junio de 1840.

EN EL ALBUM DE MARÍA *(b)*.

En tu virgínea frente,
De olorosos jazmines coronada,
El pudor dulcemente
La mano delicada
Puso, y dejóla de ilusión colmada.

En tu mirada, pura
Más que la luz de la naciente aurora,
La inocencia fulgura,
Entre sus llamas mora,
Y nítidos ensueños atesora.

El dedo colocado
Sobre la dulce boca, adormeciendo
El velador cuidado
Del mundanal estruendo,
Mientras tu corazón está durmiendo.

Duerme, duerme, ángel mío,
En fresco lecho de encantadas flores;
El ave en el sombrío
Te cante sus amores,
El céfiro te arrulle y vierta olores.

1841.

Á LUCINDA *(c)*.

T' is sweet to be awaken 'd by the. &.
DON JUAN C. I.

Dulce es el tierno canto
Del ruiseñor amante,
Que en la tranquila noche
Resuena sin cesar.
Dulce junto á la fuente
Límpida y susurrante
Adormirse arrullado
Del céfiro fugaz.

De la armoniosa música
Los melodiosos sones,
Que de amor estremecen
El blando corazón.
La voz de las doncellas
Mezclada en las canciones,
El son del arpa de oro
Del tierno trovador.

Es dulce de las copas
El alegre estallido,

Y dulce del banquete
El placer mundanal:
Aspirar el aliento,
En el salón perdido,
De tanta enamorada
Voluptuosa beldad.

Es dulce el giro rápido
Del baile delicioso
De las cándidas vírgenes
Que suspiran de amor;
De sus trémulos pechos
El deleite amoroso,
De sus miradas púdicas
El arrobado ardor.

Es dulce allá en los mares,
En la noche callada,
La canción ardorosa
Del triste pescador
Por las tranquilas ondas
Oirse modulada,
Al compás de los remos
Del ardiente amador.

Y es dulce el leve aroma
De las virgíneas flores,

Que en sus alas conduce
El céfiro gentil.
Pero más es tu aliento
Cuando me hablas de amores
Con tus divinos labios
De nítido carmín.

Más dulces son tus ojos
Ó tu virgínea frente,
Más dulce de tu pecho
El celestial ardor:
Más dulce de tus labios
Un beso tierno ardiente,
Que todo lo más dulce
Más dulce, más, tu amor.

Granada, 1841.

Á LAURETA *(d)*.

¡Ay! Cuán hermosa, cándida y divina
Brilla en su frente la inocencia pura,
Más alba que la luz que el sol fulgura
Al nacer entre mares de carmín.
Qué blondos sus cabellos aromados
Que en mil rizos descienden por su espalda,
Adornados tal vez de una guirnalda
De azucenas y cándido jazmín.

¡Qué pureza en sus labios sonrosados
Y en sus mejillas de tempranas rosas!
¡Qué dulces sus palabras melodiosas!
¡Qué inocentes sus ósculos de amor!
Te alzas al cielo de placer radiante...
¿Qué deleite tus ojos embriaga
Y qué secreta inspiración te halaga
Que hace latir tu tierno corazón?

Porque esos ojos del azul del cielo
Brillantes cual la luz de la mañana,
Sin una chispa de fulgor profana
Buscan del cielo la suprema luz;

Porque es un ángel desterrado al mundo
La celestial y púdica Laureta,
Ángel que hiere el alma del poeta
Y hace vibrar las cuerdas del laud.

Santa inocencia te proteja siempre
Cuando cesando tu dichosa infancia,
Cual puro cáliz de eternal fragancia
Se abra al amor tu virgen corazón.
Pobre inocente púdica Laureta
Más pura que el amor de los querubes,
¿Por qué sobre sus alas no te subes
Á la celeste fúlgida mansión?

Granada, 1841.

MI LIRA

Quaeritis unde mihi toties scribantur
Unde meus veniat mollis in amore ora liber
Non mihi Calliope, non haec mihi cantas Apollo,
Ingenium nobis ipsa puella facit.

PROPERTIUS.

Las cuerdas de mi lira
Despiden blandos sones,
De armónica dulzura
Henchidas y de amores.
Mi garganta modula
Tiernísimas canciones
Y el sonido del harpa
Languidece de amores;
Los aromados céfiros
Sus alillas veloces
No extienden tan suaves
Sobre las gayas flores:
Ni tan dulces lamentan
Con arrullos acordes
Las palomas gemelas
Que se mueren de amores.
Pero el genio sublime
No inspira mis canciones,

Ni despliega sus alas
Sobre mi frente pobre.
Sólo me inspiran ¡Cintia!
Tus ojos seductores,
Tus nudosos cabellos
Más negros que la noche,
De tu voz melodiosa
Los dúlcidos acordes
Y de tu blando sueño
Los inocentes goces.

Granada, 1841.

EL SUEÑO DE LAS TINIEBLAS

I had a dream, &.

LORD BYRON.

Se obscureció la celestial lumbrera
Con palidez mortal; los claros astros,
Que iluminan el ancho firmamento,
Ennegreciendo el mundo se extinguieron,
Y las tinieblas hórridas cubrieron
La celestial esfera.
Rompió sus alas y extinguió su aliento
El aura lisonjera,
Que la rosa ternísima libaba;
Y enfurecido el viento
Con ímpetu violento
En derredor bramaba.

El ángel del Señor envuelto en ira
Cruzó el cóncavo espacio, de los tiempos
La inmensidad, de sus eternas puertas
Rompió el quicial con fulgurante acero
Y entró do está la eternidad velada.
Hundió los siglos en el hondo olvido
Con poderosa diestra, y revolando,

Con belígeros brazos furibundos,
Á cenizas redujo las estrellas
Y arrancó de sus órbitas los mundos.

Todo era noche, obscuridad, gemidos;
Los cetros y los tronos
Por el suelo rodaban;
Del huracán violento los enconos,
En el silencio hundidos,
De la noche el horror acrecentaban.

Los hombres olvidaban,
De miedo lleno el corazón cobarde,
Sus pasiones, delirios y mentiras;
El fuego celestial y el rayo ardiente
Redujeron á yermo sus mansiones;
Derrocaron sus iras
Desde el roble potente
Hasta el cedro del Líbano eminente,
Y llenaron de horror los corazones.

Sólo en las calvas cimas
De los excelsos montes
Alumbraban el mundo,
Como si antorchas funerales fueran,
Con ímpetu fecundo

Mares de fuego y lava requemante
Derramando, los hórridos volcanes.

Los hombres, maldiciendo sus afanes,
Con hambre y sed, y de dolor cubiertos,
Como aceradas picas erizados
Sus cabellos de horror, muertos caían.
Sus cadáveres yertos,
Sin sepultura, de festín servían
Al voraz buitre y al hambriento lobo,
Que de terror helados
Domésticos y trémulos yacían.

Los mundos sin la fuerza que los une
Nadaban en el hórrido vacío,
Como nave á merced del mar violento.
Y la tierra sin hombres y sin día,
Casi perdida en el espacio umbrío,
Sin luz, sin aire, sin sonoro viento,
De abismos en abismos descendía.

Las olas fueron muertas
En la insondable tumba de los mares;
En hórridas cavernas encubiertas
Sepultados los vientos;
Sin nubes el horror del hondo cielo,

Que la tiniebla fiera
Cubrió de negro y de profundo velo.

Nada el espacio cóncavo encerraba,
Todo en silencio de terror yacía,
Ni la naturaleza suspiraba,
Ni el universo de dolor gemía.

Diciembre, 1841.

IMITACIÓN DE LAMARTINE *(e)*.

SONETO.

Cuando los años con veloz carrera
Arrebaten la flor de tu hermosura,
Y en lágrimas bañados de amargura
Tus ojos lloren tu beldad primera,

No en el cristal tu imagen lisonjera
Busques entonces con falaz locura,
Ni del arroyo en la corriente pura
Que blanda fertiliza la pradera;

Sino en mi pecho, donde eternas viven
Mi ternura y mi fe; do tu belleza
Bajo el abrigo de mi amor florece;

Do tus recuerdos sin cesar reviven;
Do tu virtud y virginal pureza
Tienen un templo que jamás fenece.

Málaga, 1841.

LA MUERTE DEL AVECILLA

Lugete veneres, &.
CATULO.

Llorad ¡oh, Gracias! y plegad las alas
Dulces amores de dolor transidos...
El avecilla de mi blanda Lesbia
Lánguida espira.

Murió por fin la virginal, suave,
Tierna delicia de mi Lesbia amada,
Aun más querida que la ardiente y pura
Luz de tus ojos.

Porque era hermosa; su amorosa gracia
Gratos placeres á mi Lesbia daba
Á quien amaba, como á tierna madre
Cándida vírgen.

Sin apartarse del regazo tierno
De su adorada celestial señora,
Volando en torno, de sus puros labios
Bebió el aliento.

Con su nevado y argentino pico
Trinos sonoros repitiendo alegre,
Su blanca frente y su turgente seno
Besar solía.

Murió la triste... no oiráse el eco
De sus cantares regalados nunca,
No más sus besos de amoroso anhelo
Gozará Lesbia.

No porque al mundo robes atrevida
Tiernas beldades del mortal encanto,
No porque el luto despiadada siembres,
Pálida muerte.

Porque robaste fiera el avecilla
Objeto amado de mi amada Lesbia,
Serás maldita de mi triste labio,
Seráslo siempre.

Por tí padece sin cesar mil penas,
Por tí apagados sus brillantes ojos
Ora sin tregua de amoroso llanto
Lágrimas vierten.

Granada, 1842.

EN EL ÁLBUM DE CONRADO *(f)*.

Reddeas incolumme precor.

HORACIO.

Céfiro blando de la dulce Flora,
Esposo tierno y amoroso halago,
El éter vago con tus alas hiende
De ondeante gasa.

Soberbio Eolo en tu profundo antro
El viento hunde que á tu voz retumba.
Sirvan de tumba á sus sonantes alas
Sus negros senos:

De las ligeras vagarosas auras
Tan sólo el leve y amoroso aliento
Suave concento derramando en torno
Rice las ondas.

Potente diosa de la blanca espuma
Del mar cerúleo para amar nacida,
Hija querida del brillante cielo,
Venus hermosa.

Puras antorchas de la densa noche,
Claras estrellas, misteriosa luna,
Dulce fortuna en sus viajes dulces
Dad á mi amigo.

Guardará entonces mi amoroso pecho
Gratitud siempre á vuestro blando amparo
Y, en canto claro, vuestras sacras glorias
Dirán mis versos.

Málaga, Marzo de 1842.

EN LA TUMBA DE LAURETA *(g)*.

Sinite parvulos
venire ad me.

¡Cuán suaves los céfiros murmuran
Lamentando tu pérdida temprana!
¡Cuántas la aurora cándida y galana
Sobre esa tumba lágrimas vertió!
¡Cómo mi seno de dolor palpita
Con misterioso y apacible encanto
Al saludar de tu sepulcro santo
La pobre melancólica mansión!

Aun me parece ver tu virgen alma
Al levantarse con sereno vuelo,
Llegar al puro y extendido cielo
En alas del radiante querubín.
Y que el Señor, con amoroso anhelo,
En medio de los ángeles te llama,
Y con voz blanda y amorosa clama:
„¡Dejad que venga la inocencia á mí!“

Feliz, Laureta, que cual blanca y leve
Florecilla del valle delicada,

Al abrirse tu cáliz, agostada
Fuiste por mano del supremo Dios.
Que antes de disiparse los perfumes
De tu virgínea célica fragancia,
El puro cáliz de tu dulce infancia
El Señor en su seno recogió.

Mayo, 1842.

Á LA MUERTE DE ESPRONCEDA *(h)*.

Yo quisiera cantar. Hierve y se agita
La inspiración en mi abrasado pecho...
Mas mi dolor por tu temprana muerte
La triste voz en la garganta hiela,
Y sólo se revela
Por las amargas lágrimas que vierte
Mi corazón al contemplar tu suerte.

¡Oh, si me fuera dado
El ardor inspirar que á mí me inspira,
Exhalar el dolor que el alma siente!...
¡Quién pulsara con estro más ardiente
La armoniosa lira!

. . . .

¿Dónde están ya, poeta, los acentos
De tu laúd sonoro?
¿Dó las cuerdas de oro
Que lanzaban torrentes de armonía?
¿Dó la voz resonante
Que al vibrar en mi oído
El alma extremecía,

Llevándose tras sí, como encantado,
Mi corazón amante?
¡Oh, desventura impía!...
Todo está sepultado
Dentro del seno del sepulcro helado!

. . . .

¡Oh, muerte despiadada!
¡Oh, vida malograda!
Águila que altanera
De la tormenta en el embate, fiera,
Hasta los cielos por alzarse ansía!
¡Ay me! ¿Quién me diría
Cuando te ví, de inspiración ardiente
Fuego brotando la elevada frente,
Que vendría la muerte destructora
De lágrimas seguida,
Á dar fin en un hora
Á tus dulces cantares y á tu vida?

Mas recuerdo los célicos acentos
De tus versos divinos
Que guarda mi memoria;
Y cesan mis lamentos,
Que imagino escuchar tu voz gigante
Que se difunde en alas de los vientos
Desde la excelsa cumbre de la gloria!

Mas, desmayando luego,
Se extingue el vivo fuego
De mi entusiasmo, de tu muerte dura
Vuelve el recuerdo al angustiado pecho,
Y el triste corazón saltarse quiere
En lágrimas deshecho.

Murió Espronceda, y en la tumba obscura
El astro se eclipsó; mas sus cantares
Eternos vivirán; su nombre augusto
Allá en la edad futura
Se escuchará con mágico respeto;
Su inmarcesible gloria
Límites no tendrá, y eternamente
Su fama refulgente
Conservará en sus páginas la historia.

Granada, Mayo de 1842.

LA MAGA DE MIS SUEÑOS (1).

Dulce tormento de la vida mía,
Hondo misterio de mi edad primera,
Galana luz, de mi esperanza guía,
Lozana flor que en el jardín floreces
De mi tierno y ardiente sentimiento,
Que con las alas ¡ay! del pensamiento
Por esa inmensidad te desvaneces:
Como una virgen cándida, amorosa,
Sobre tu blanco pecho me adormeces,
Ó tus labios de rosa
Acarician mi frente con un beso.
El mágico embeleso
De tu suave voz hiere mi oído,
Y el eco repetido
De tu cantar me halaga.
¡Qué quimérica y vaga
Es la nube que encubre tu hermosura!
Que te miro do quier se me figura;
Pero tú huyes, la esperanza mía
Llevándote contigo,
Y arrancando del seno de tu amigo
En un suspiro toda su alegría.

¿Quién eres que en las alas de mi mente
Te remontas al cielo?
¿Por quién el pecho siente
El continuo desvelo
Que me atormenta con dolor impío?
¿Quién eres, dí, fantástica señora,
Infierno, beatitud, noche y aurora
Del corazón enamorado mío?

¿Eres quizás la rápida esperanza,
Que, con tus alas de esmeraldas vivas,
Va más ligera que el alado viento;
Que retratas mi dicha en lontananza,
En medio de las ondas fugitivas
Del mar del pensamiento?
Sí, yo te ví flotar sobre la ola
De la mar agitada,
Aérea y vagarosa
Y en esa inmensidad perdida y sola
Derramaba tu frente enamorada
Una luz misteriosa.

En la rica y amena patria mía,
De sus frondosas selvas en lo esquivo,
Á veces de repente te veía,
Y tu mirar altivo
Ó tu dulce mirar el alma hería;
Y tu revuelta falda,

Blanca, leve, flotante,
Se solía rozar con mi vestido,
Y al desaparecer, de tu guirnalda
Una flor me dejabas odorante,
Que de ella se te había desprendido.

¡Oh, veleidosa maga,
Cuya beldad el corazón halaga!
¿Eres del corazón primer latido
Ó postrer sentimiento?
¿Eres mi amor sin esperanza, acaso,
Ó mi deseo rudo y vïolento?
¿Eres un sol que se hunde en el ocaso
Para nunca volver, ó del aurora
El luminoso aliento
Que el cielo alumbra y el vergel colora?

Madrid, 1842.

Á LELIA (*j*).

Tus ojos, vida mía,
Bellos como la luz de la mañana
Que entre celajes de zafiro y grana
El claro sol desde el Oriente envía,
Y el vivo lampo ardiente
Que enciende el genio en tu divina frente
Arrebatan de amor mi fantasía.

Tu voz vibrante y pura,
Como los ecos del laúd sonoro,
Que derrama un torrente de ternura,
Arranca de mi pecho un „yo te adoro“;
Y de tus puros labios encarnados,
En dulce miel bañados,
Libar quisiera el encantado acento
Antes que se difunda por el viento.

Tu suavísimo acento que, del aura
Sobre las blandas alas conducido,
Llega á mover mi espíritu dormido
Y en nuevo amor mi corazón restaura.
El entusiasmo en tu inspirado seno

Puso su fuego sacro, y en tu boca
Sus palabras los cándidos amores;
Y así tu nombre, de tu gloria lleno,
Resistirá del tiempo á los furores,
Como la yerta y empinada roca
Que de las crespas olas combatida
Alza la frente erguida
Á cuyos pies el Oceano brama.

Sí, Lelia mía, ya la eterna fama
Que en las nubes esconde la cabeza,
Llevó tu dulce nombre y tus canciones
Por todas las regiones
Do vierte el sol su lumbre y su belleza.

Yo escuché entusiasmado
En mi dulce retiro
Tu cántico inspirado:
Mas luego que te ví, dueño adorado,
El corazón de amor lanzó un suspiro.
El dios de la poesía
En lauro eterno coronó tu frente,
De tu dulce regazo, vida mía,
El entusiasmo ardiente
Brota al pulsar la cítara sonora,
Y Stenio al verte tu favor implora:
Y te suplica con ardiente ruego

Que tengas compasión del vivo fuego
Que arde en su amante pecho; así el que inspira
Sacro númen tu canto enardecido,
Haga vibrar con mágico sonido
Entre el aplauso popular tu lira.

1842 ó 1843

Á MIS AMIGOS.

Cuándo será que pueda, amigos míos,
Me preguntáis, volver á mi Granada;
Y ver sus frescos ríos,
Y su Alhambra dorada,
Por quien mi pecho sin cesar suspira?
Cuando el poder que contra mí conspira
Se sumerja en el mar de mi amargura,
Cuando de su deseo más ferviente
Sólo le quede al corazón doliente
Un lastimado acento de tristura.

Entonces iré ahí, y en vuestros brazos
Aliviaré mi pena.

. . . .

Entretanto, si oís en la serena
Noche, en la Alhambra, un lastimado acento
Que se confunde con el manso ruido
Del aromado viento,
Que en la verde espesura
Los árboles menea, es el quejido
De mi alma enamorada,

Que por ahí se anda divagando,
Sus antiguos amores recordando.

Y si á los rayos de la luna hermosa
De la noche querida,
Veis vagar por la vega, blandamente
En alas de los céfiros mecida,
Una forma ligera y vagarosa
Que por los horizontes se dilata;
Y que suavemente
Sobre las ondas de zafiro y plata
De los hermosos ríos
Voluptuosa se mece,
Y entre las densas nieblas desvanece
Las orlas de sus blancos atavíos:
Esa es, amados míos,
Mi ilusión querida;
La amada de mi vida,
Cuyo recuerdo suave
En mi pecho se anida,
Y el tierno corazón guardarle sabe.

Madrid, 1843.

AL MAR *(k)*.

Siempre presente á la memoria mía
Estás, profundo mar; sobre tu espalda
De blanca espuma y líquida esmeralda
Se columpia mi libre fantasía;
Como al vencer del potro la fiereza
Que por primera vez sujeta al freno,
Mostrando con orgullo su destreza
Vuela el ginete impávido y sereno.

Siempre, siempre te amé, me complacía
En oir de tus olas el silbido,
Mas suave á mi oído
Que el eco de la artística armonía.
¡Ay! cuántas veces la argentada luna
Que en tu puro cristal se reflejaba
Cuando en la obscura noche te admiraba
Con débil luz me sorprendió importuna!

Objeto de mi anhelo
Era adorar tu inmensidad tan sólo,
Ya si sereno te contempla el cielo

Ó si violento Eolo
Arrebata tus ondas espumosas.

Coronados de rosas
Mis compañeros jóvenes y amantes,
Entretanto á los pies de sus hermosas
Vían volar las horas como instantes.
Allí, solo á tu lado,
El mundo y el amor puesto en olvido,
De tu grandiosidad enamorado
Te contemplaba absorto y embebido.
Y hasta me imaginaba
Que sólo tú mis penas comprendías,
Y el que tu seno horrísono formaba
Ronco bramido, el eco que sonaba
Pensé que era de las quejas mías.

¡Ay! que de fuerte acero
Tendría el duro pecho el arrogante
Que en la espalda gigante
Del hondo mar se sustentó primero:
Arrostrando en un leño
El rebramar del huracán sonoro
Y de las ondas el airado ceño.
En su palacio de oro,
De ricas perlas y coral luciente,
El Dios que rige los inmensos mares

Estremeció de cólera el tridente
Al ver al hombre que, sus patrios lares
Por las ondas dejando turbulentas,
Sujetó el hado á su inmortal destino,
Á otras tierras abriéndose camino
Sin temer las undívagas tormentas.
Los genios que sustentas,
Occeano en tu seno, no miraron
La humana audacia con la faz serena;
Se enfureció la armónica sirena
Y los vientos horrísonos bramaron.

Para oponerse entonces al camino
De occidente, se alzó como un coloso
El padre de los mares, en las olas
Asentado del férvido occeano.
Hasta que el grande genovés glorioso,
Y el valor de las gentes españolas,
Venciendo al dios marino,
Un nuevo mundo hallaron;
Y el pendón de Castilla
En la incógnita orilla
Con brazo armipotente tremolaron.

Madrid, Julio de 1843.

Á SOFÍA (1)

Como si en la pradera
Silvestres flores bellas
Eligiese, y con ellas
La guirnalda te hiciera
Que tu frente ciñera.

Ó formase un donoso
Ramillete variado,
Que aunque de olor privado,
Lo pondría oloroso
Tu aliento perfumado.

Prestando dulcemente,
Á la rosa riente
Por no causar agravios,
La nieve de tu frente,
Y el carmín de tus labios.

Así ofrecerte quiero,
Sofía, las primicias

(1) Dedicatoria de Ensayos Poéticos, Granada, 1844.

De mi musa, y espero
Que les des en albricias
Mérito verdadero.

Cosa fácil, pues sabes
Que en siendo de tu agrado,
Aunque las gentes graves
Digan que soy negado,
No se me da cuidado.

Como un ramo de flores
Mi pecho las envía,
Dáles tú, vida mía,
De tu rostro colores
De tu boca ambrosía.

Que así como la viola
Que en tu pecho se ufana
Crece escondida y sola;
Y ora se ostenta vana
Contigo más galana.

Así á mis versos luego
Que les prestes te ruego
Miel de tus labios rojos,

De tu espíritu el fuego
Y el brillo de tus ojos:

Entonces, adornados
Con dotes tan preciados,
Se ostentarán donosos;
Y más armoniosos
Por tu labio cantados.

Granada, 1844.

LA VIRGEN MISTERIOSA *(1)*.

In einen Thal, bei &.

SCHILLER.

En un ameno prado,
De flores esmaltado,
Do dúlcido resuena
De alegre cantilena
El eco enamorado;
Do la blanca azucena
Sobre la verde falda
De fúlgida esmeralda
Del pensil aromoso
Osténtase galana,
Del néctar delicioso
Con que el alba se ufana
Enchido el crespo seno.
En este valle ameno,
Do en límpidos cristales
Desliza sus raudales
El arroyo sonoro;
Formando blando coro
De mágica armonía
El céfiro á porfía
Y el ruiseñor canoro.

———

En este valle umbroso
De plácidas riberas
De albergue misterioso,
Todas las primaveras
Una virgen hermosa
Púdica y candorosa,
De albo cendal flotante
Cubierto el seno amante,
Fugaz aparecía;
Mas rápida volaba,
Y si alguien la seguía,
Al punto la perdía
Y nunca la encontraba.
Pero cuando llegaba,
De tierno placer llenos
Los juveniles senos,
Con plácidas delicias
Buscaban sus caricias,
Y de sus blancas manos
Recibían ufanos
Mil frutas deliciosas,
Mil flores olorosas,
Bajo otro sol ardiente
Más puro y más luciente,
De otro dichoso mundo
Bellísimas nacidas;
Sin duda bendecidas
De un álito fecundo.

Quién fuera esta doncella
Mil veces he pensado,
Y el tiempo se ha pasado
Pensando siempre en ella.

Sin duda que sentía
El puro sentimiento
De nuestra edad primera;
Pues al prado venía
Derramando contento
Su beldad hechicera;
Y luego que marchaba,
Si alguno la seguía,
Al punto la perdía
Y nunca la encontraba.

SONETO (m)

Cual la perla que vierte la mañana
En el virgíneo cáliz de la rosa,
Cuando el aura la mece cariñosa
Y el sol desde el oriente la engalana

Tal así de tus ojos, linda Juana,
Se desprende una lágrima que hermosa
Rueda por la mejilla pudorosa,
Y más con ella tu beldad se ufana.

Que un delicado beso al darte amante
El que cubre tu rostro aljófar bello
Inflama el corazón de tal manera,

Que quisiera mi pecho palpitante
Que siempre ¡dulce bien! por recogello
Tu llanto el rostro plácido cubriera.

LA NINFA DE LAS AGUAS *(n)*

Por la amena pradera
De la cercana aldea, distraído,
Con la faz placentera,
Puesto el mundo en olvido,
Iba yo dulcemente embebecido:

Prestando el oído atento
Al que la flor acariciaba al paso
Enamorado viento,
Ó ya entonando acaso
Los versos de Virgilio y Garcilaso.

La refulgente aurora
Vertía puros rayos de su frente,
Y la alondra canora
Cantaba dulcemente
Á la encantada margen de una fuente.

Del bullicio lejano
En mi suave soledad vivía,
Y en el verjel lozano

Coronas me ceñía
Que de violas pálidas tejía:

Cuando sentí á mi lado
Un suave airecillo lisonjero
De flores perfumado,
Y el matinal lucero
Brilló con nueva luz más hechicero:

La fuente cristalina
Por las praderas se esparció serenas:
Lució una luz divina,
Ardió amor en mis venas
Y vertió el aura blancas azucenas.

Entonces ví una bella
Virgen que me tendía una mirada;
Amable cual la estrella
Que alegra el alborada,
Y en un cendal blanquísimo velada.

Más aérea y esbelta
Que el virginal pimpollo de la rosa,
En su talle más suelta
Gallarda y majestuosa
Que la hija de Píndaro famosa.

Esparcido el cabello
En aromadas trenzas por la espalda,
Desnudo el blanco cuello,
Flotante la ancha falda,
Y en la púdica frente una guirnalda.

Al ver tan hechicera
Beldad, mi corazón latió de amores;
Y una flecha certera
Que me dió mil dolores,
Me disparó el Amor entre las flores.

Entonces la hermosura
Tendió hacia mí su delicada mano,
Y bañado en la pura
Luz de su soberano
Rostro, olvidéme del dolor tirano.

Y me llevó consigo
Al través de los valles olorosos,
Y mi tierno enemigo
Con vuelos caprichosos
Se posaba en sus brazos amorosos.

Y al llegar á una selva
De corpulentos árboles poblada,

De fresca madreselva
Y arrayán tapizada,
Y de un río limpísimo regada:

Sonando la belleza
Un blando silbo de marfil y oro,
Salió del aspereza
De ninfas mil un coro
Danzando al son del crótalo sonoro.

Con ellas nos mezclamos
En danzas bellas á la par cantando;
Y mientras que cantamos,
El caramillo blando
Iban cuatro zagales modulando.

Y yo siempre seguía
Á la beldad á quien mi pecho adora,
Mi brazo la ceñía,
Y ella, más seductora,
Me echaba una mirada triunfadora:

Mas ¡ay! que en el instante
Se arroja la beldad al ancho río;
Y un vórtice sonante,

Con su furor impío
En las ondas sumerge al dueño mío.

Yo me arrojo tras ella
De dolor con amores angustiado,
Cual rápida centella
Allí precipitado,
Creíme en el abismo sepultado.

Mas súbito me miro
En un rico palacio, y oigo amante
Un ardiente suspiro,
Me vuelvo en el instante,
Y veo á mi hermosa de placer radiante.

„Soy la ninfa que habita
Me dijo, en este albergue sosegado;
Por tí, Delio, palpita
Mi pecho enamorado;
Ven y recibe el premio deseado."

Recostéme en su seno
Que vertió olor cual de doradas pomas:
El aire quedó lleno
De fragantes aromas,
Y arrullaron las cándidas palomas.

Y allí quedé dormido
De un enjambre de amores rodeado,
Y al despertar, perdido
Miré mi dueño amado,
Que era un sueño no más cuanto he contado.

Granada, Abril de 1844.

LA NUEVA FLOR DE GNIDO *(ñ)*.

Suspendise potente
Vestimenta maris deo,
Horacio.

¿Por qué, Dalmiro, dejas
Del ejercicio bélico el estruendo
Y del mundo te alejas,
Aquel fatal veneno
De los besos de Elisa recibiendo
Que aun emponzoña mi angustiado seno?

Con el áspero freno,
Del andaluz caballo generoso
Venciendo la indomable bizarría,
No ya la gallardía
De tu cuerpo gentil luces airoso.
Ni, la copa en la mano
Do brilla como el sol en el oriente
Tu mirada fulgente,
Con el vapor del vino jerezano,
Te place el entonar dulces canciones
Á los acordes sones
Del laúd y sonoro palmoteo
Inspirado del néctar de Lieo.

Que en la concha de Vénus amarrado
Estás por esa nueva flor de Gnido,
De rosas y de mirto coronado
Sobre el lecho de púrpura tendido.
De tu Elisa el cabello
Esparcido en desorden sobre el cuello
Y la divina espalda,
Y en desorden también la rica falda
De blanco lino ó de crujiente seda,
Mientras que de la frente,
La corona riente
Se desprende de perlas, y se rueda.

No te engrías, Dalmiro,
De estar entre sus brazos celestiales,
Que te verás al fin como me miro,
Y al fin tendrás que lamentar tus males.

Viste tal vez la mariposa ufana
Que en el vario pensil de bellas flores
Va aspirando la esencia y los olores
Cuando vierte su lumbre la mañana:
Y de una en otra vuela
Ostentando sus galas
Mientras que el sol en sus pintadas alas
Los vivos rayos de su luz riela,
No de otra suerte la beldad donosa

Cuando se canse de tu amor sincero,
Del pensil de Cupido mariposa
Te olvidará cual me olvidó primero.
Entonces, del amor escarmentado,
Así como colgaba
Del templo sacrosanto de Neptuno
Su ropaje mojado
Aquél que de las ondas se salvaba,
Si es que la hermosa te ha dejado alguno
Con que hacer puedas una ofrenda dina,
Colócalo en el templo de Chiprina,
Que del naufragio cierto
Del amoroso mar te sacó á puerto.

SONETO *(o)*.

Cuando robó Plutón, enamorado,
De los bosques de vívida esmeralda
Á Proserpina, que en la blanca falda
Violas robaba del florido prado,

Ardió de gozo en brazos de su amado;
Y lanzadas las flores á su espalda,
Lloró perdida la nupcial guirnalda
Que en el suelo natal había segado.

Así, el ardiente espíritu del hombre,
Que desatar anhela las cadenas
Que le sujetan, y volar al cielo,

Aunque al llegar la muerte no se asombre,
Siente, no obstante, punzadoras penas
Al perder los placeres de este suelo.

LA ILUSIÓN DE LA COPA

En una rica estancia
Adornada con mágica elegancia,
Do en candelabros de bruñida plata
Rodeados de flores
Brilla la luz que rauda se dilata,
Y que en los vasos de cristal, reflejos
Formando caprichosos,
Se multiplica en límpidos espejos,
Y en los pliegues se pierde majestuosos
Del rico terciopelo,
Que en pabellones del color del cielo
Desciende al pavimento,
Y que al soplo del aura
Ondea con pausado movimiento,
Pensé que estaba al lado de mi Laura,
Libando los perfumes celestiales
Que despiden sus labios virginales.

Del delicioso néctar jerezano
Llena hasta el borde la argentada copa
Que me brindaba su graciosa mano;
Y la encantada tropa

De ligeros cupidos
En mi redor vagando,
Y en mi frente sus alas desplegando,
Que de placer inflaman los sentidos.

Pensé que sobre el seno,
De mil delicias lleno,
De mi adorada Laura reposaba,
Y que su labio con mi labio unía,
Y á cada beso que de amor me daba,
De amor mi corazón se estremecía.

Y del suave hoyuelo
Que su barba divina
Caprichoso formaba,
Con voluptuoso vuelo
Y gracia peregrina,
Ví que hacia mí volaba
Un cupidillo hermoso,
Que en el seno amoroso
Del tierno corazón se aposentaba.

Mas, ¡ay!, que cuando ardiente
Apuré el vaso del licor bullente,
Mi vívida alegría
Se trocó en triste llanto,
Perdida la ilusión del alma mía.

Y, ¿qué era? Que en la copa, por encanto,
Ví retratado al vivo el pensamiento
Que el ánimo formaba,
Y al apurar el néctar que encerraba,
Se disipó mi dicha en el momento.

Volví á llenar la copa,
Y volví á ver la fugitiva tropa
De encantados amores,
Que en las ondas del vino se mecían
Y en mi pecho bullían,
Y á Laura concediéndome favores.

Volví á apurarla, se perdió el encanto;
Volví otra vez al llanto;
La llené vez tercera,
Y volvió la ilusión más hechicera.
Hasta que, al fin, rendido
Del inocente juego que restaura
La amorosa quimera,
En el seno de Laura
Pensé quedarme, y me quedé dormido.

¡Amantes desdichados!
Ya sabéis la sencilla medicina,
Que en ilusión divina
Puede trocar desdenes y cuidados,

FABULA DE EUFORIÓN *(p)*.

De un manso arroyo en la risueña orilla,
Que en los valles de Arcadia serpentea,
Cuando la aurora majestuosa brilla,
Plácido nuncio de la luz febea;

Entre las rosas que en el prado ameno
Hizo nacer la primavera ufana,
Henchido el cáliz de su crespo seno
De las perlas que vierte la mañana;

Al dulce arrullo de las claras linfas,
Que salpican de aljófares las flores,
Un coro alegre de gallardas ninfas
Danzan y entonan cánticos de amores.

UNA NINFA.

En las alas sutiles del aura
El olor de las flores difundo;
Con el aura veloz me confundo,
Coronada de rayos del sol.
De mis pechos el germen dimana
Que fecunda la mágica flora,

El carmín de la rosa colora
Mis mejillas con limpio arrebol.

La palabra estremece mi seno,
En él nace y se extiende el sonido;
Para herir misteriosa el oído
Inefable potencia le dí.
Por mí braman los mares, retumba
Hondo el eco, la tórtola gime;
El cantar de las Musas sublime
Se extinguiera en los labios sin mí.

Cuando siento oprimidas las alas
De armonía, colores y aromas,
Á favor de dos bellas palomas
Me remonto en el aura fugaz;
Y cual Venus en carro de nácar
Va cortando las frescas espumas,
Sobre un lecho de flores y plumas
Por los aires me dejo llevar.

Á mi vista en los valles transciende
Un aroma de nardos suaves;
En los bosques floridos las aves
Dulces trinos exhalan al par;
Y á mis besos de amor delicados
Salta y bulle la fuente sonora,
Y derrama en mi seno la aurora
Ramilletes de blanco azahar.

CORO DE NINFAS.

El aura leve
Da, deliciosa,
Blanda frescura;
Y cuando mueve
La linda rosa,
Fragancia pura.

UNA NINFA.

Escarchando de plata y aljófar
Las mil grutas de pórfido hechas,
En menudos diamantes deshechas,
Claras fuentes anhelan surtir;
Y del agua al tranquilo murmullo,
Yo me duermo en sus frescos cristales;
Me sumerjo en los puros raudales,
Y en su centro me agrada vivir.

Soy la reina del agua, y desnuda
En alcázar recóndito asisto,
Mas tal vez de la niebla me visto,
Y á los cielos me lleva el amor;
En el prado acaricio las flores,
Á la tierra prodigo mis bienes,
La diadema que ciñe mis sienes
Pinta el iris de vario color.

CORO DE NINFAS.

Ya se dilata
De los alcores
Al prado ameno,
Cinta de plata,
Y abren las flores
Sediento el seno.

UNA NINFA.

Yo coloro la tierra y el cielo,
Yo de púrpura tiño la rosa;
La enramada que se alza orgullosa
Bordo yo de diverso matiz.
Me arrebatan mis tintas brillantes.
Para ornarse, la roja amapola,
La fragante y oculta viola,
El agreste encendido carmín.

Yo, impalpable, al través de las rocas
Me sumerjo en profundas cavernas,
Donde obrando mis fuerzas eternas,
Hijas santas del sol inmortal,
Edifico palacios hermosos,
Amasados de oro y diamantes,
Donde bullen en fuentes sonantes
Mil torrentes de hilado cristal.

CORO DE NINFAS.

El ave trina,
La flor se ufana
Y el arroyuelo;
Ya la mañana
De luz divina
Reviste el cielo.

UNA NINFA.

Con un filtro de amor y de vida
Se amamanta á mis pechos natura;
Yo le doy abundancia y ventura
En arroyos de leche y de miel.
Las mil flores que cubren el prado
En mi seno ternísimo crío,
Y reciben del dulce amor mío
Con mi aliento vivífico el ser.

En sus pétalos frescos y olientes
En espíritu leve resido;
Yo sus castos amores presido
Y en sus tallos me agito fugaz;
Del estambre los polvos de oro
Al pistilo transporto fecundo;
Del embate del viento iracundo
Las liberta mi blanco cendal.

CORO DE NINFAS.

La dulce primavera
Esmalta la pradera
De delicadas flores;
La avecilla canora
Saluda la venida de la aurora
En no aprendidos cánticos de amores.

Cantaron, y mostró la vida arcana
Amor del mundo, y su belleza suma
Brotó del aire y de la tierra ufana,
Como Venus del éter y la espuma.

Semejaba que el cáliz de las flores
Un corazón y un alma contenía,
Y dentro de los pinos cimbradores
Un invisible espíritu vivía.

Mas de pronto relámpago rojizo
Se difundió por la pradera hermosa,
Y una nube, que al viento se deshizo,
Dejó patente una funesta diosa.

En su diestra una antorcha sostenía;
Su frente audaz, de tempestades llena,
Con ominoso resplandor lucía
Al través de la rígida melena.

Suspendió, al verla, el ruiseñor sus trinos,
Se detuvieron las corrientes linfas,
Y cesando en sus cánticos divinos,
Así dijeron las gallardas ninfas.

CORO DE NINFAS.

Diosa fatal del desaliento,
Diosa cruel, huye de aquí,
Y no emponzoñes con tu aliento
Nuestra alegría juvenil.

Tu cabellera está sembrada
De fieras serpientes espantosas,
De tus miradas cavernosas
Vivo relámpago brotó.

Se derramó por nuestras almas
De tus palabras el veneno,
Y tu profundo y negro seno
Gozo fatídico agitó.

No vengas más con tus horrores
Nuestra alegría á perturbar;
En la estación de los amores
Huye de aquí, diosa infernal.

FORQUIAS.

No tembléis ¡oh, ninfas! al son de mi voz poderosa.
Ni al tétrico rayo que lanzan mis ojos ardientes,

Ni al triste suspiro que arroja mi cóncavo pecho.
Soy nuncio infelice de sucesos de dulce ventura,
Que la diosa bella, que extiende el arco celeste,
Formado de vívidas tintas y mágica lumbre,
Debiera deciros saliendo del hondo Oceano.
Elena y su amante son padres de un hijo sublime:
Apenas nacido, anhela subir al Olimpo,
Y el espacio todo no puede saciar su deseo.
Fantástico vuela, de los montes soberbios la cumbre
Ligero traspasa, y en su frente inspirada relucen
La luz del aurora y el fuego del alma divina.
Miradle, que viene salvando las crestas erguidas,
La lira acordada en las manos, el lauro en la frente.

EUFORIÓN.

Dejadme del alma romper las endebles cadenas,
Alzarme á los cielos, en su lumbre clavar la mirada.

LAS NINFAS.

Fogoso te lanzas en alas del rápido viento,
Los negros cabellos en rizos flotando esparcidos,
Y la frente hermosa ceñida de fúlgidos rayos.
Del manto de púrpura tiria las áureas orlas,
Del sol que refleja luciente al mágico brillo,
De fuego celeste parecen ¡poeta! formadas.
Los dulces sonidos de tu lira de cándido nácar,
El alma deleitan y la entregan á místicos sueños;

Mas no, no á los cielos te eleves, cual Ícaro un día,
Que al sol derretidas, cayeron las débiles alas,
Y el mar agitado se cubrió con sus ondas fugaces.

EUFORIÓN.

Dejadme del alma romper las endebles cadenas,
Alzarme á los cielos, en su lumbre clavar la mirada.

Movido de un esfuerzo misterioso,
Al raudal semejante, que rompiendo
Los fuertes diques, brama impetuoso
Con estrépito horrendo,
Euforión ardiente,
Abandonando el maternal regazo,
Se lanza de la vida en la corriente,
Y con el fuerte brazo
Sosteniendo la lira,
En sed de gloria y libertad suspira.
Hasta que cumpla su fatal destino
No encontrará placer ni tendrá calma;
Un incendio divino
Arde en su frente y le consume el alma.
Anhela ver la ligadura rota
Que en el suelo retiene su existencia;
La voz del huracán, que el monte azota,
No ensordece la voz de su conciencia,
Conciencia de su propio poderío,
Que hasta el cielo levanta el pensamiento,

Y con esfuerzo impío
En el trono de Dios busca su asiento.
¿Dónde vas? ¿dónde vas? Tal vez guiado
Por la inflexible mano de la suerte,
Encontrarás la muerte
Sin cumplir la misión que has empezado.
Detén, ¡Euforión! detén el vuelo,
Muéstrate al mundo, alcanza la victoria,
En tí la humanidad cifre su gloria,
Por tí recuerde ser hija del cielo.
Del martirio la fúlgida aureola
En tu pálida frente
Melancólica brilla.
Ora rompiendo la espumante ola
De la mar encrespada, ya la ardiente
Obscura tempestad, y sin mancilla
Las orlas de tu manto,
Que no ajó el soplo de la tierra impura,
Aún resplandeces con celeste encanto,
Inundado de luz y de hermosura.
Las ninfas, al mirar tu gentileza,
Con entusiasmo férvido te adoran;
Sus pechos arden con fatal terneza,
Y en dulces cantos tu favor imploran.

CORO DE NINFAS.

Hijo sublime de la hermosa Helena,
Amor de Jove, de los hombres gloria,

Oye, poeta, de las ninfas oye
Místico himno.
Tú que del cielo á la región suprema
Quieres alzarte sobre el éter puro,
Del dios que agita tu inspirado seno
Émulo eres.
Homero canta, y á su voz el eco
Repite el nombre del rapaz divino
Hijo de Maya y del Saturnio; suena
Claro su nombre.
Llena los bosques de Celene, llena
Las verdes grutas de terror, y cumple
Amor en ellas, con la ninfa y Jove,
Dulce misterio.
Nace la aurora, y de la linda virgen
Nace en la aurora bienhadado fruto,
Al medio día el venturoso halla
Cítara y gloria.
Forma la lira de carey bruñido,
Retuerce y fija las tendidas cuerdas,
Danle los astros del errante coro
Número y norma.
Las cuerdas pulsa con la diestra mano,
De la garganta cánticos exhala:
Vuela el mancebo, y atrevido, hermoso,
Sube al Olimpo.
Las diosas todas, del amor heridas,
La frente besan del augusto infante,

Blandas le ofrecen el eterno seno,
Gratas le acogen.
Mas sólo el pecho que resiste altivo
El rudo beso de la ardiente boca,
Su amor provoca, y de vencerle siente
Alto deseo.
Y gira, y pasa con volubles ansias
Ora al regazo de Chiprina bella,
Ya á la doncella que le sirve á Jove
Néctar suave:
Ya de Diana las gallardas ninfas
Sigue veloce por el ancho prado,
Ya enamorado de Minerva misma,
Himnos entona.
Los inmortales con deleite y pasmo
Su audacia notan, su precoz ingenio,
Los que derrama la inaudita lira
Mágicos sones;
Mas á deshora singular tumulto
Doquier se escucha en la eternal morada,
Y trastornando la divina pompa,
Rápido crece.
Venus se queja de que el áureo cinto
Hermes le roba, do las gracias viven;
Bistonio Marte le demanda el sacro
Límpido acero.
Busca Neptuno su tridente, buscan
Amor las flechas y el laurel Apolo;

Júpiter sólo los trisulcos rayos
Y égida guarda.
Del labio intonso con gentil sonrisa
Hermes divino burla sus furores:
Guerra y amores sin cesar cantando,
Huye ligero.
En el regazo de las doctas Musas
Logra ampararse, y el alegre niño,
De su cariño delicada muestra,
Dales la lira.

De la elevada cresta se desprende,
Al escuchar Euforión el canto;
De risco en risco rápido desciende,
Y exhala el alma celestial encanto.

Llega á las ninfas con amante anhelo,
Embriagado de amor y de osadía,
Y olvida un punto la región del cielo,
La sed de gloria que en su pecho ardía.

Bello como la luz de la mañana,
Las ninfas al mirarle se embelesan,
Y sus mejillas de jazmín y grana
Con tierno afán enamoradas besan.

Y en tanto mueve la ligera planta
Euforión, y de pasión delira;

Ó nobles versos extasiado canta
Al grato son de la acordada lira.

EUFORIÓN.

Del Orco profundísimo
Subió mi madre amada,
Al conjuro evocada
Del sabio encantador;
Su frente tersa y cándida
Con el rubor lucía,
Su labio despedía
Mil suspiros de amor.

Entre los brazos mágicos
De Fausto enamorado
Miróse aprisionado
Su tierno corazón;
Y de este enlace místico
De ciencia y hermosura,
Es símbolo, es figura,
Es hijo Euforión.

Á la región etérea
Dejadme, pues, que vuele,
Y de Mercurio anhele
La alta gloria alcanzar.
Vagar quiero del céfiro

En las alas ligeras,
De las tormentas fieras
En el negro cendal.

FORQUIAS.

Si tu entusiasmo y tu brío
Pueden darte una corona,
La violencia de tu alma,
El fuego que te devora,
De tu corazón las flores
Sin fruto secan y agostan,
Y á tu esperanza infinita
Dan infinita congoja.
La violencia y el poder
Mucho alcanzan, mucho logran;
Con cadenas de diamante
Por ellos gimió, en la roca,
Atado, el Titán; por ellos
Bajo el Pelión y el Osa,
Y bajo el Etna convulso
Los hijos del cielo lloran.
Pero más puede la astucia,
Milagros mayores obra,
Y la pertinacia trepa
Do el genio no se remonta.
Mientras sobre duro yunque,
Allá en Lemnos cavernosa

El martillo de los cíclopes
Inútiles rayos forja,
Dragón ingente, Tifeo
Á Júpiter aprisiona,
Y con su cuerpo le ciñe
Y con su fuerza le ahoga.
Al dragón Hermes entonces
Con astucia portentosa
Sus mil enigmas declara
Y la pujanza le roba;
Á Júpiter libra, al monstruo
En los abismos arroja.

LAS NINFAS.

¡Euforión! no remontes el vuelo
De tu genio en las alas hermosas,
Que tejiendo guirnaldas de rosas,
Ceñiremos nosotras tu sien.
Del arroyo las diáfanas ondas
Te adormecen con blando murmullo,
De la tórtola amante el arrullo
Te enajena de amores también.

Aquí el cielo estrellado y sereno
Muestra siempre su fúlgida lumbre,
Y en su eterna y altísima cumbre
Claros brillan la luna y el sol.

Aquí crecen las flores lozanas
Y la vid, de racimos vestida;
Cuanto aquí tiene ser, tiene vida,
Y enamora y suspira de amor.

Deja, deja tu empeño terrible,
De las ninfas corona la danza,
El que pinta falaz esperanza
Rico engaño no sigas veloz.
Con amor y placer te brindamos
Deseamos ceñirte en los brazos,
Y con lánguidos tiernos abrazos
Disipar tu funesto fervor.

EUFORIÓN.

Yo no puedo quedarme en la tierra;
Desechad, desechad los amores,
No ciñáis con guirnaldas de flores
Al que en su corazón lleva la guerra,
Y sólo quiere gloria y libertad.

Pero antes vendréis á mis brazos;
Yo seré el cazador que hace alarde
De la presa que cae en sus lazos,
Y vosotras la víctima cobarde
Que ni halagar podrá mi vanidad.

Así diciendo, Euforión avanza;
Y de impaciencia el corazón palpita;
Como el deseo sigue á la esperanza,
De las ninfas en pos se precipita.

Ya de una besa la desnuda espalda,
Ó el blanco lino que sus formas vela,
Ora de aquélla la flotante falda,
Que al movimiento de la danza vuela.

Pero las ninfas burlan su locura,
Pues convertidas en brillante llama,
De sus brazos escapan con presura,
Después que el alma de pasión se inflama.

Euforión pregunta entusiasmado:
„¿Qué tierra es esta de prodigio tanto?"
Y el coro de las ninfas acordado
Así responde con solemne canto:

LAS NINFAS.

Esta es la noble patria de los helenos bélicos;
Aquí la ciencia tuvo un templo y un altar.
El canto de las Musas, en alas de los céfiros,
Se esparció por la tierra cual mágico raudal.
De la sabia Minerva maravillosa fábrica,
¿Cómo se ha destruído, Atenas, tu poder?
¿Dónde están tus Arístides de virtudes magnánimas?

FORQUIAS.

Brillando entre las sombras de lo que entonces fué.

LAS NINFAS.

Tu fama eterna anuncian altivas las Termópilas,
De Maratón los campos, de Salamina el mar;
El valor de Temístocles, la gloria de Pelópidas.
Y la voz de Demóstenes, gritando libertad.
¿En dónde están tus héroes? ¿Para humillar el bárbaro,
Por qué no rompe Aquiles el reino de Plutón?
¿Dónde están sus soldados de corazón impávido?

FORQUIAS.

El canto del poeta tan sólo los guardó.

LAS NINFAS.

¿Porqué de los muslines los palacios magníficos
Insultan la miseria del hijo de Pelop?
¿Por qué, al son de la trompa, de su sueño pacífico,
La gloria de sus padres á nadie despertó?
¿Por qué del alto Píndaro la melodiosa cítara
En los juegos olímpicos no más resonará,
Ni de Tirteo el cántico entre la danza pírrica?

FORQUIAS.

Porque esos tiempos, ninfas, no volverán jamás.

EUFORIÓN.

No. Las cenizas de la patria mía
En su centro conservan todavía
El santo fuego ardiente
Que iluminó la mente
De los excelsos héroes animosos.
Para romper la bárbara coyunda
Que los fieros tiranos orgullosos
Á su cuello ciñeron,
La Grecia toda se alzará iracunda,
Y de los que en un tiempo grandes fueron,
Al escuchar de libertad el grito
Y el son agudo de guerrera trompa,
No faltará quien del sepulcro rompa
La honda prisión, y de la cuenca obscura
Do brilló su mirada
Lágrimas derramando de ternura,
Por hijos reconozca á los que vuelvan
Rojos de sangre de la lid sagrada,
Con el broquel sonoro
En el robusto brazo armipotente,
Ó en él tendidos con marcial decoro,
Ciñendo el lauro la dormida frente.

Súbito entonces se escuchó el sonido
De la trompa, y el aire sacudiendo,
Se esparció el ronco estruendo

Del tronante cañón y el alarido
De los fuertes guerreros; los corceles
Relinchan á lo lejos en el llano.
En ademán ufano
Los héroes marchan á alcanzar laureles,
Sus pechos laten de entusiasmo santo,
El atambor retumba,
Y el viento rasga el belicoso canto
Que amenaza al tirano con la tumba.

CORO DE GUERREROS.

Despertad del letargo, descendientes
De nuestros héroes; acudid, la espada
En la certera mano relumbrando,
De lauros esplendentes
La frente coronada,
Himnos de gloria y libertad cantando.
¿Temeréis al tirano, envanecido
Por el grande poder de sus legiones?
Un tiempo de la cumbre que domina
El mar de Salamina,
Un rey miró, de presunción henchido,
Soldados y bajeles á millones;
Su cetro omnipotente los regía,
Y al despuntar en el oriente el día
Eran fuertes y en número infinito
Y los llamó á la tarde, y triste y rudo

El eco sólo responderle pudo.
¿Dónde estaban entonces los famosos
Que amenazaba dominar la tierra,
Y á Júpiter pensaron mover guerra?
¿Dónde los que azotaron orgullosos
Del hondo mar los lomos encrespados?
¿Dónde? Como trofeo de victoria,
En el profundo abismo sepultados,
Del libre griego refulgente gloria.

EUFORIÓN.

Marchemos á la lid, el grito santo
De libertad en rededor se escucha.
Los tiranos en tanto
Aguardan con terror la fiera lucha.
Grito de libertad el aire llena,
En las viejas Termópilas resuena,
Por el extenso Egeo se dilata;
Con encanto ominoso
La selva de Dodona se conmueve,
Y Olimpo nemoroso,
Mirando que la Grecia se despierta,
Estremece su cúspide, cubierta
De sempiterna endurecida nieve.

LAS NINFAS.

¡Oh, joven peregrino!
No vueles á la lid precipitado;

Para ceñirte del laurel divino
Basta que escuche el mundo tu sagrado
Plectro suave y mágica armonía.
Pulsa, joven, la cítara y derrama
Torrentes de poesía
Del corazón, que el entusiasmo inflama.
Nosotras cogeremos
En las florestas bellas y olorosas
Cándidos lirios y encendidas rosas,
Con que guirnaldas mil te ceñiremos.

No cede Euforión; su inmenso anhelo
Debe llevarle al cielo.
Ya entre las nubes gira,
La flamígera espada
En la derecha mano levantada,
Y en la izquierda la lira.
Mas ¡ay! que al raudo empuje
De la ronca tormenta,
Que en el momento atronadora ruge,
Y en estampido horrísono revienta,
Marchitas ya sus juveniles galas,
Euforión cayó, rotas las alas.
Lastimeros gemidos
Los pechos de las vírgenes lanzaron,
Y de dolor transidos,
Los árboles y fuentes suspiraron.
La tempestad impía

Hundió en el mar la destructora planta.
Luego un grito de súbita alegría
Hasta el éter sereno se levanta.

UNA VOZ.

Ninfas, mirad á Euforión profundo,
Riquísimo de gloria;
Ya, cantando victoria,
Estremece los ámbitos del mundo.

De vosotras se aleja,
Rompiendo el éter en dorada nube;
Para memoria, por el suelo os deja
Cítara y manto, y al empíreo sube.

Las vírgenes entonces conmovidas,
La forma terrenal abandonaron.
Y sus voces suaves se escucharon
Entre los elementos confundidas.

HIMNO.

A los cielos te elevas,
Y luz más viva das á la mañana;
Con vestiduras nuevas
La tierra se engalana;
De haberte dado el ser toda se ufana.

Nosotras de su seno
Hicimos dimanar la fuente pura,
El ancho mar sereno,
La vida y la frescura,
La copia de las flores y hermosura.

Le pusimos en torno
La atmósfera, cual velo transparente
Y virginal adorno.
El espíritu ardiente
Nació de oculta y elevada fuente.

Una ráfaga hermosa
¡Oh, Dios! de tu sublime pensamiento,
Purísima y gloriosa,
Bajó del firmamento,
Y en el pecho del hombre tomó asiento.

Y tú, que, desatado
De la materia, remontaste el vuelo,
Poeta entusiasmado,
Á la región del cielo,
Cumple por fin tu misterioso anhelo.

Levanta tu existencia
Hasta el inmenso ser que el mundo adora,
Y tu ser su potencia
Ensalce creadora,
Mientras gira la máquina sonora.

Granada, 1844.

EN LA ÉGLOGA CUARTA
DE
VIRGILIO *(q)*.

Ya se cumplía el verso misterioso
De la Sibila, y del Profeta el canto;
La edad llegaba: un orden majestuoso
Del volver de los siglos era fruto.
El erizado espanto
No ya sembraba luto
Al carro encadenado de la guerra;
No turbaban la tierra
Ya la bélica pompa
Ni el son robusto de la heroica trompa;
Ya la mar bajo el peso no gemía
De la guerrera nave;
El mundo en calma suave
En el regazo de la paz dormía.

¿Por qué, pues, conmovía
La mano del destino
El corazón del hombre? ¿Qué deseo,
Qué mágica esperanza
Su inteligencia en raudo devaneo

Y en una agitación continua lanza?
¿Qué ardiente grito arroja
De su seno angustiado
La humanidad entera?
¿Por qué el potente Júpiter se enoja,
Y cuando va á vibrar el rayo airado,
De la mano certera
Se le desprende, y débil se estremece
Sobre el enhiesto pedestal de oro?
¿Por qué el délfico oráculo enmudece?
¿De Encélado, quizás, y de Peloro
La armígera falange gigantea
Vuelve á escalar la celestial morada?
¿Prometeo, tal vez, con mano osada
Ha vuelto á arrebatar la luz febea?

No; los hombres han sido
Los que, en alas del raudo pensamiento,
Hasta el Olimpo mismo se han subido,
Á Júpiter lanzando de su asiento.
Y esa paz deseada
Es quizás de la muerte precursora;
Por eso á las regiones de la aurora,
Como única esperanza, la espantada
Humanidad los ojos va volviendo
Y piensa que está viendo,
En oriente brillar un nuevo día,
Y en medio de su luz resplandeciente

Un Dios, de cuya frente
Brota un raudal de amor. De la Poesía
El sacerdote santo
Tomó entonces la lira,
É inspirado de un vago sentimiento,
De los profetas repitiendo el canto,
Su voz entregó al viento,
Y á todo el universo, que le admira.

„Ya vuelve el siglo de Saturno, y viene
La doncella de espigas coronada;
El cielo nos envía
Al hijo predilecto, iluminada
La frente, el labio lleno de ambrosía.
Y vendrá al mundo el hijo del Olimpo;
Reposará sobre su frente hermosa
Espíritu de amor, y de la santa
Boca con la palabra armoniosa,
Al flamígero rayo semejante,
Conmoverá las piedras; al impío
El soplo matará de su garganta,
Y el mundo inundará de su hermosura.

„Brotarán los racimos, sin cultura,
De la tierra, y la encina dodonea
Manará miel hiblea.
Naturaleza ostentará sus galas,
Y tenderá sus alas

La santa paz, que bajará del cielo
Con amoroso vuelo,
El león y las ovejas hermanados
Irán hacia el aprisco,
Y los senos durísimos del risco
Por el amor veránse fecundados.

„Pronto vendrá esta edad que nos trae el hijo
De Jove fulminante.
Al compás de la cítara sonante
De las musas module el sabio coro,
Sobre las cuerdas de oro
Vuele la inspiración, y el canto suene,
Que ya á la tierra viene
El padre de la paz, y ya postrada
La turba de naciones,
Altares le levanta; en sus pendones
Su pura imagen se verá grabada.“

Así dijo el Poeta; retemblaron
Los ídolos, los montes resonaron;
Sintió el hombre en el pecho dulce encanto,
Al oir la voz que lo futuro alcanza,
De los sucesos comprendiendo el giro,
Agitó sus entrañas la esperanza,
Y el universo entero dió un suspiro.

LA DIVINIDAD DE CRISTO (1)

Sobre el aéreo y mágico palacio
Del dilatado espacio
Te levantaste, humana inteligencia,
Y de Dios en presencia,
Le interrogaste acerca del arcano
Que en sí guardan las obras de su mano.
La ardiente fantasía
Señora de los mundos se juzgaba,
Y leyes les dictaba,
Concordando su rápida armonía,
Y al cometa marcándole camino.

Con su triunfo orgullosa, tu divino
Ser niega, ¡oh, Cristo!, cual la luz febea
Radiante de verdad, y en tus altares
No ya el incienso en holocausto humea
Del que atrevido se lanzó á los mares
Del insondable y negro pensamiento,
Cual nave contrastada por el viento.

Y esperan los impíos
Derrocar tu alto trono,

Más allá de los astros colocado,
De resplandor vivísimo creado,
Y en su bárbaro encono
Negar de tu ley pura
La eternidad, el bien y la hermosura.

Pero tú te adelantas
Al través de los siglos, que mantienen
Tu nombre, y en tu seno
La omnipotencia y el milagro vienen.
Con tu voz los espantas,
Poderosa sonando como el trueno;
De tus sagrados labios se derrama
La persuasión, y el hombre
Á tu divino nombre
Con alto grito su Señor te aclama.

Tú, de gloria esplendente
Inundada la frente,
La cruz, donde en el Gólgota espiraste,
Con la sagrada mano colocaste
Sobre el excelso solio
Del alto y dominante Capitolio,
De los despojos del vencido mundo
Con majestad soberbia decorado.
Tú bajaste al profundo;
Tú del marmóreo templo relumbrante,
De fúlgidas antorchas adornado,

Arrojabas á Júpiter Tonante.
En el altar sentado,
El orbe dominaste, y el orgullo
De los míseros reyes de la tierra
Quebrantaste, Señor, con dura mano.

No con la cruda guerra
Te hiciste soberano
De la mansión del hombre, ni el acero
En la diestra blandiendo,
Le dijiste al Profeta:
„Haz que suene la bélica trompeta;
Marcha, yo soy tu Dios; álcenme altares
Los pueblos, ó á millares
Sucumbirán las huestes enemigas
Al bote de la lanza del creyente
Y al brillo de sus ojos,
Como bajo la hoz, en el ardiente
Verano, el segador tronca en manojos
Las doradas espigas.“

Tú solo dominaste el ancho mundo
Con la santa palabra de tu labio
Y con cetro de paz y de ternura.
Tu trono fué la cruz, y cuando en ella
Diste el postrer suspiro,
Se estremeció la tierra; de la tumba
Asombrados los muertos se escaparon,
Y el sol y las estrellas se nublaron.

La humanidad entonces, lastimada,
Dió de dolor un grito,
y exclamó entusiasmada:
„¡Hijo de mis entrañas, sé bendito!"

Tu ley, ¡oh, Cristo!, tu bondad revela;
Ni en el Pórtico extenso, ni en la escuela
De Sócrates profundo
Oyeron los humanos
Que eran todos hermanos,
Hasta que tú, Señor, viniste al mundo.

A DELIA.

IMITACIÓN DE LAMARTINE

El tiempo alegre que pasé á tu lado,
Delia divina, si recuerdas dime,
Donde la rica en amorosos cantos
Tórtola gime;
Do la fragancia de las lindas rosas
El aura esparce con sus alas bellas,
Y brilla el cielo como terso manto
Lleno de estrellas.
Allí las ninfas en revueltos coros
Danzan aéreas por el fresco viento,
Y con la esencia de olorosas flores
Mezclan su aliento.
Allí una noche, que recuerdo ahora
(Lágrimas vierte al recordarla el alma),
Te ví á mi lado, y relució en tus ojos
Plácida calma.
Sobre la cumbre del altivo monte,
Al ver del cielo el eternal zafiro,
Y la nocturna silenciosa pompa,
Diste un suspiro.
Y sus misterios, de entusiasmo llena,

Tú me mostraste con la blanca mano,
La tierra, el cielo, el de sonantes ondas
Fiero Oceano.
Tendí la vista al universo entero,
Buscando objeto que admirar pudiera,
Y á tí tan sólo te admiré y bendije,
Delia hechicera.
El aura mansa en sus ligeras alas
De tus dos labios el olor traía,
Que son cual vaso de coral que guarda
Dulce ambrosía.
Y tus palabras escuché, más blandas
Que de las aguas el murmullo leve,
Cuando el cristal del apacible lago
Céfiro mueve.
La niebla entonces de la noche umbría,
Que en leves gasas á los cielos sube,
Formaba en torno de tu esbelto talle
Mágica nube.
Y de la luna el adormido rayo
Hiriendo, Delia, tu tranquila frente,
La pura flor de tu beldad mostraba
Fresca y naciente.
Me pareciste... Pero no; ¿qué imagen,
Delia divina, mísera no fuera?
Nada terreno á mis amantes ojos
Forma te diera.
Porque eres, Delia, el pensamiento hermoso

Que un alma santa concibió en su sueño,
Y que á los cielos en sus alas puras
Sube risueño.
Yo te ví, Delia, y consagrarte quise
Este recuerdo de tan corto instante;
En él tu nombre grabaré, que el pecho
Guarda constante.
Y si estos versos, que tan solo aspiran
Á una mirada de tus ojos bellos,
Consiguen ¡ay! que compasivo llanto
Viertas en ellos;
Ansío que digas: La canción amante
Que me conmueve, mi beldad la inspira;
Yo soy el numen que tan dulces tonos
Doy á su lira.

Granada, 1845.

AL AMANECER

Mustias están las flores
Y sin color ni aroma,
Obscuro está el espacio,
La noche melancólica,
Y velada entre nubes
La adormecida atmósfera;
El aura no se agita
Ni sacude las hojas,
Porque el silencio ha roto
Sus alas vagarosas.
Sobre mi dulce prenda
Sin duda que á esta hora
Esencia vierte el sueño
De rojas amapolas.
Mas ya por el oriente
La dulce luz asoma
Que en los opuestos montes
Refleja caprichosa,
Y con varios matices
Sus altas cumbres dora.
El cielo azul se cubre
De variada pompa

Y el sol sale, siguiendo
Los pasos de la aurora.
El coro de las aves
Con música armoniosa
Celebra los prodigios
De la natura pródiga;
El ruiseñor, con trinos
Acordes, enamora
La que en rubor se tiñe
Recién nacida rosa;
Las gotas del rocío
Que penden de sus hojas
Parecen engarzadas
Diamantes de Golconda
Ó perlas que en el viento
Suspende misteriosa
Con sus alas aéreas
La silfa voladora.
El arroyo murmura,
Vaga el aura amorosa,
Las zagalas despiertan
Y á las puertas se asoman.
Todo es vida en el mundo,
Que la natura hermosa
Cobra vida y palpita
Cuando nace la aurora.
Así, Delia del alma,
Cuando ausente te llora

Mi corazón, me muero
De angustia y de zozobra:
Pero cuando te miro,
Sol que mi alma adora,
Vuelve á mi pecho al punto
La vida bulliciosa;
De púrpura se cubre
Mi mejilla, traidora
La pasión en mis venas
Se agita, de mi boca
Se escapan tiernos besos
Y siento el alma toda
Más que viva, agitada,
Más que agitada, loca.

Granada, 1845.

LA ENVIDIOSA

El fúlgido diamante
En el polvo sumido
Ni pierde su belleza
Ni obscurece su brillo;
Pero si el polvo, acaso
Por el viento impelido,
Hasta las nubes se alza
Cual raudo torbellino...
¿Dejará de ser polvo
Aunque toque al Olimpo?
¿Pues á qué envidias, Delia,
Los pomposos vestidos,
Las plumas, los diamantes,
Las perlas y zafiros
Con que las damas suelen
Aumentar sus hechizos?
Si eres tú más hermosa
Con tu blanco corpiño
Y tu aéreo ropaje
De vaporoso lino.
Si son tus dientes perlas
Y tus ojos divinos

Zafiros radiantes
Y tu seno tranquilo
Palacio do Amor tiene
Un tesoro escondido,
Que para mí tan sólo
Que lo guardes ansío.
Á su querida Delia
Esto dijo Mirtilo
Y sobre el claro espejo
Del arroyuelo limpio
Se reclinó la hermosa
Por ver si verdad dijo.
El pastor, entretanto,
Trémulo, enardecido,
Estampó en su mejilla
Un ósculo furtivo.

Granada, 1845.

LA MANO DE LA SULTANA.

(LEYENDA ORIENTAL.)

I.

En el jardín que del palacio augusto
Del gran Señor circunda la muralla,
Vivía cautivo un joven tan gracioso
Como el pimpollo de garbosa palma.
En años juveniles á tal sitio
Trajéronle su sino y sus desgracias,
Cuando aun no apenas el naciente bozo
Su blanco labio superior ornaba.
Fiera tristeza, sin embargo, el pecho
Le corroe, con pena tan extraña,
que le roba las dulces alegrías
Y el corazón amante le desgarra.
Nadie sabe su historia, hondo misterio
Le cerca, y sólo á calcular se alcanza
Que, digno hijo de la noble Grecia,
Peleó por la gloria y por la patria,
Y aprisionado en el combate horrendo
Hoy la cadena con dolor arrastra.

Una noche, no obstante, cuando el cielo
Su transparente azul bello mostraba
Á la luz de la luna, y el amante
Ruiseñor, trinos en las densas ramas
Dúlcidos modulando de las rosas,
Ardiente enamorado se quejaba,
Quiso el cautivo, al par, con sus acentos
Alivio dar á penas tan amargas,
Y pulsando un laúd, con voz suave
Armonizó las silenciosas auras.

„En la noche serena recuerdo
El placer que gozaba á tu lado,
Y en mi dulce ilusión extasiado
Un momento me deja el dolor,
Aglae bella. Luz de tus ojos
Imagino mirar en el cielo
Y me pienso que tiende su vuelo
Tu alma santa hacia mí con amor.“

„¿No era, acaso, cual esta la noche
Que por última vez ví tu frente
Y su blanca extensión transparente
Con el beso postrero sellé?
Como sierpe de cándido nácar,
Al arroyo fugaz que sonaba
Y á la alondra que alegre gorjeaba
Embebido de amor escuché.“

„Que el amor que brotaba en mi alma
Desbordado torrente corría
Y llenaba de dulce armonía
Cuanto en torno miraba de mí.
Pero luego, al volver á mi patria,
Ví en cenizas tu pobre morada,
Por el bárbaro turco quemada,
É insepultos los huesos allí.“
„Desde entonces venganza tan sólo
Anheló el corazón, y tras ella
Volví al campo, cual rauda centella,
Decidido á vencer ó á morir.
Pero el fiero destino no quiso
Se cumpliese mi dulce esperanza,
Y en lugar de agradable venganza,
Cautiverio y vergüenza sufrí.„

Así cantaba el cautivo
Cuando sintió, penetrante,
Un suspiro enamorado
Que atravesaba los aires.
Era un suspiro tan blando
Como el susurro suave
Que forma el aura al mecerse
Entre rosas y azahares;
Y tan triste y dolorido,
Como el canto lamentable
De la viuda tortolilla

Que llora el perdido amante.
Y, levantando los ojos
Para ver de dónde sale,
Por la espesa celosía
De una reja vió asomarse
Una linda y blanca mano
Que tierna señal le hace.
Acércase, y un papel
Dejó caer al instante
La blanca mano, y tan luego
Desapareció, mas su imagen
Grabada quedó en el alma
Del desesperado amante
Que, abriendo el pliego oloroso,
Vió que decía estas frases:

„La sultana enamorada,
Cautivo, de tu hermosura,
En necios celos se apura
Al ver en otra tu amor.
Triste me tiene tu suerte
Porque te adoro, cautivo,
Solamente por tí vivo,
Vé cuál será mi dolor.“

„En vela paso las noches
Por oir la cantilena
Que al compás de la cadena

Entonas con dulce voz;
Y es que es más grata al oído
Que el cántico de las aves
Cuando con trinos suaves
Saludan la luz del sol.“

„Mi blando lecho florido
Lecho lo juzgo de espinas,
Porque tú no te reclinas
Á mi lado sobre él;
Y mis perfumes no tienen
Para mí puros olores
Que de tus labios traidores
El aroma adiviné.“

„Yo soy hermosa, cautivo,
Si no me engaña el reflejo
Que en el veneciano espejo
Mi figura modeló;
Y todo es tuyo, amor mío,
Mis labios para tus besos,
Y mis gracias y embelesos
Para que me ames mejor.“

„Desecha, pues, vida mía,
Esa pasión insensata,
No pague tu alma ingrata,
Mi cariño con desdén,

Y piensa que si me amas
Soy tan bella y poderosa,
Que tu cárcel horrorosa
Transformaré en un edén.“

Esto el papel decía, y el cautivo,
De asombro lleno, lo leyó admirado,
Y sintió otro suspiro fugitivo
En las alas del céfiro enviado.

Volvió á mirar y vió la mano bella
Otra vez asomada á la ventana,
Más blanca y más hermosa que la estrella
Que anuncia con su brillo la mañana.

Mano tan pura y transparente era,
Que parecía que al través la luna
Vertía débil luz, como pudiera
Entre una blanca nube inoportuna.

Mano de unos contornos tan gallardos
Que exceden al decir que alba brillara
Como en la cima de los montes pardos
La nieve ante la lumbre del sol clara.

Que de cuajada leche y frescas rosas
Por el Amor formada parecía,

Llena de cavidades primorosas
Donde el mismo deleite se escondía.

Mano que el corazón del griego inflama
En éxtasis de amor y de ternura,
Y olvidado un momento de su dama
La tierna mano adora con locura.

Pero á ocultarse tornó
La mano desconocida
Cuando el cristiano cautivo
Volvió hacia ella la vista.
Entonces sacó del seno
Una hermosa gargantilla
De oro puro fabricada
Con hilos de perlas finas.
Era prenda que su amada
Le dió antes de su partida,
Porque se acordase de ella
Entre la gente enemiga,
Llevándola sobre el pecho
Como una santa reliquia;
Y cubriéndola de besos
Así disculparse ansía
Con ella, del pensamiento
Que en su alma cándida agita
La belleza de la mano
De la infiel desconocida.

Pero es en vano, porque
Cuando olvidarla creía,
Volvió á oir otro suspiro
De la gentil odalisca
Que le volvió al pecho el fuego
Del amor que en él ardía.

II.

Pasaron varias noches. La sultana
Siempre suavemente suspiraba
Al escuchar tal vez en su ventana
Lo que el cautivo mísero cantaba;
Leve recuerdo de ilusión lejana
Al griego en los suspiros enviaba,
Que sobre el aura que el jardín orea
Van donde la belleza infiel desea.

Suspiros tan amantes, que hasta el alma
Del hermoso cautivo introducidos,
Robándole del pecho amor y calma
En nuevo amor inflaman sus sentidos,
Y cual cimbrea el tronco de la palma
De los vientos al soplo embravecidos,
Así su tierno corazón se agita,
Que un nuevo amor en él ora palpita.

Amor que en lucha con su amor primero,
Que tenía en su pecho un santuario,

Vacilar hace, en un tormento fiero,
Al griego, con sus penas solitario.
Gime y se agita el triste prisionero,
Los ojos gira en movimiento vario;
Mas donde quiera que los ojos gira
La hermosa mano de la turca mira.

Mano que con buril de ardiente fuego
Grabó en su pecho amor tan semejante,
Que para siempre le robó el sosiego
De continuo mirándola delante;
Mano que en realidad miraba luego
En la reja, y se iba palpitante
Su alma tras ella en dúlcido trastorno,
Cual mariposa de la luz en torno.

Y es en vano que luche en su memoria
De Aglae la imagen cándida y honesta,
Puesto que desde el seno de la gloria
Un fuego tan voraz ya no le presta;
El recuerdo, no obstante, de su historia
Que olvide á la sultana le amonesta
Y el griego, al fin, en la terrible lucha,
Sólo la voz de su pasión escucha.

Pálido, en tanto, como blanco lirio,
Las noches pasa el desgraciado en vela,
Y entregado á su pena y su delirio

El tiempo corre, Amor no le consuela.
Para calmar acaso su martirio
Vuelve á entonar su triste cantinela
Y vuelve á oir el delicado acento
De un suspiro fugaz que lleva el viento.

Una ilusión que rápida recuerda
Aquel suspiro mágico le trae,
Y cuando de ella piensa que se acuerda
En nueva confusión su mente cae.
La voz de la odalisca, ya concuerda
Con la voz dulce de la linda Aglae,
Ya la voz de su madre oir pensaba
Cuando en la cuna el sueño le guardaba.

Que cuando Amor en nuestras almas mora
El objeto del dúlcido cariño
Con ilusiones y recuerdos dora
Y así le presta primoroso aliño;
Y más cuando en el pecho se atesora
Enamorado un corazón de niño
Que, aunque transido por desgracias fieras,
Sus ilusiones conservó primeras.

Y enamorado ya de la gallarda
Dueña de la divina y blanca mano,
Mucho al deseo de su amor se tarda
El contemplar su rostro soberano;

Por eso en medio de la noche parda
Rompió el silencio, y con delirio insano
En lugar de entonar su cantinela
Así á la dama su pasión revela:

„Sultana, aunque de tus ojos
No he visto la luz divina,
Ni tus bellos labios rojos,
Ni tu frente alabastrina,
Me muero por tí de amor;
Que basta tu mano bella
Ver en aquesa ventana,
Para morirse por ella.
Sí, yo te adoro, sultana,
Y á mi Aglae soy traidor.“

„De tu amor estoy ufano
Y verte tan sólo anhelo,
Que si es divina tu mano
Tu rostro ha de ser un cielo
Y tú una diosa ideal.
Tus labios, sultana mía,
Serán graciosos rubíes
Que destilen ambrosía
Si enamorada sonríes
Con tu boca celestial.“

„Sólo por verte la cara,
Mi vida, hermosa, perdiera

Y hasta el infierno bajara
Por un beso que me diera
Tu boca, divina hurí.
Tuya, sultana querida,
Es mi alma desde ahora,
Tuya, sultana, mi vida,
Y el corazón que te adora
Y que sólo piensa en tí.“

Corta pausa, después del himno amante
Del cautivo, siguió, y allá en su pecho
Sintió un remordimiento penetrante
Y gimió, el triste, en lágrimas deshecho;
Mas al fin el amor quedó triunfante
De sus recuerdos, y en blando lecho
Que forma en el jardín hierba lozana
Se recostó, esperando la sultana.

Ésta, habiendo escuchado los acentos
De su laúd y de su voz sonora,
Que llegaron en alas de los vientos
Hasta la reja que el cautivo adora,
Combatida por varios sentimientos
Toda se estremeció, la seductora
Mano asomó y otro papel envía
Donde al gallardo esclavo le decía:

„Cristiano, si es que me amas
Como me dices, anhelo,

Para calmar mi desvelo,
Una prenda de tu amor,
Y esa hermosa gargantilla
De tu dulce Aglae ofrenda
Quiero que sea la prenda
De tu enamorado ardor."

„Cuélgala, pues, de la cinta
Que pende de mi ventana
Y al punto de la sultana
Te verás, griego, á los pies.
Ganado tengo un eunuco
Con presentes y dinero
Y que te introduzca espero
Esta noche en el harem."

„Y olvidarás al momento
El amor de tu querida,
Que mi seno te convida
Con un amor más voraz.
Mi seno que ardiente fuego
En lugar de sangre encierra...
Las mujeres de tu tierra
No saben, cristiano, amar."

„Mi amor es ardiente y puro
Como el sol que alumbra el moro,
Como de la Arabia el oro

Donde por mi mal nací;
Y si aqueste sacrificio
Cumples, que sólo te pido,
Serás, griego, introducido
En el Edén de tu hurí."

No bien leyó estas palabras,
Enamorado el cautivo,
Cuando sintió por sus venas
Discurrir un fuego impío.
Fuego de amor que lo impele
Á hacer aquel sacrificio
Que le pide la sultana
En prueba de su cariño.
Y así fué que en el momento
Sacó el collar de oro fino
Y de perlas de su pecho
Y lo asió del listoncillo
Que pendía de la reja,
Y luego el brazo divino
De la odalisca ocultóse
Con el presente querido.
Quedóse el jardín en calma
Por el ambiente tranquilo,
Ni un pajarillo cantaba,
Ni se escuchaba un ruido
Y el aura no conducía
En sus alas un suspiro.

Bajo el manto de la noche
Los céfiros adormidos
Oir dejaban solamente
El agradable sonido
De las fuentes derramada
Sobre los jaspes bruñidos
Y de las corrientes aguas
De los arroyuelos limpios.
Mas de la paz de la noche
No disfrutaba el cautivo,
Que la tempestad bramaba
En su seno combatido
De un amor y de otro amor
Por el impulso distinto.
Pero, ¡oh, sorpresa terrible!
¡Oh, sobrehumano prodigio!
¿Es realidad ó ilusión
Del fascinado sentido
Del cristiano? ¡quién lo sabe!
De un murallón muy antiguo
Sobre el lienzo, proyectarse
Vió una sombra, sus vestidos,
Su rostro, sus ademanes
Eran de Aglae. Ronco grito
El griego dió, y hacia ella
Marchó tembloroso y frío:
Mas se disipó la sombra
Y cayó desvanecido.

III.

Una incógnita voz de su desmayo
Sacó al cristiano: „anímate, decía;
Ven, pues, á disfrutar de los placeres
Á que el amor suave te convida.“
Volvió éste en sí y al levantar los ojos
Vió delante de él de la odalisca
Al confidente eunuco, que atezado
Engendro era de la ardiente Libia.
Nada habló el griego, y en silencio triste
Al eunuco escuchó, que proseguía:
„Ven, pues, conmigo; por secreta puerta
Entrarás del harém en la escondida
Estancia, donde la sultana bella
En voluptuosa reclusión habita;
Allí respirarás de los perfumes
Del *atar-gul* y el ámbar la exquisita
Esencia, que ya ricos pebeteros
Guardan, ó pomos de dorada china.
Admirarán tus ojos los portentos
Del poder de tu amada, y la encendida
Luz beberás de sus ardientes ojos
Y el que sus labios mágicos destilan
Bálsamo suave, que el Amor formara
Con el más puro extracto de la mirra.
Si tienes miedo del peligro cede,
Que no eres digno ya de sus caricias,

Si eres valiente sígueme y no temas,
Que salvo volverás antes del día.
El Sultán duerme y el chibuqui curvo
Lleno del opio que su mal mitiga
Á su lado arde aún, que los pesares
Y los años de amor casi le privan.

. . . .

. . . .

Sólo el profeta, en el Borac montado,
Pudo en la noche del Alkadr tranquila
Llegar hasta el Edén sin miedo alguno...
Aquél que el cielo conseguir ansía
Que pasar tiene el inseguro puente
Donde si acaso mísero vacila
Á la vista teniendo el Paraíso,
En el abismo, al fin, se precipita,
Con tanta rapidez como lanzado
Jerid que raudo por los aires silba."
Dijo, y asiendo el brazo del cristiano,
Llevóselo tras sí, y á la divina
Luz de la luna vistos, en la noche
Un ángel y un demonio parecían.

Atravesando largas
Obscuras galerías
Angostas y sombrías,
Y abriendo puertas mil,
El griego y el eunuco

Llegaron á una estancia
Que dúlcida fragancia
Vertía del jazmín.

Estancia rodeada
De fuentes y de flores,
Nido de los amores
Y templo del placer;
Con lujo enriquecida,
De aromas impregnada,
Sublime y encantada
Mansión de la mujer.

Voluptuoso silencio
Se siente sólo en torno,
Y por gentil adorno
De aquella soledad
Tal vez á algunas aves
En sus doradas rejas
Arranca tiernas quejas
Su antigua libertad.

Mas nada vió el cautivo
Ni nada oyó tampoco,
Que frenético y loco
Ante los pies cayó
De la bella odalisca
Brillante como el cielo

Aunque con denso velo
Su beldad encubrió.

Estaba reclinada
Sobre un cojín de plumas
Blanco cual las espumas
De las olas del mar.
Y el rico terciopelo
Hacía más hermoso
Su cuerpo voluptuoso
En él al reposar.

Su linda y blanca mano,
Aun más que nunca bella,
Parecía una estrella
De amor y de ilusión,
Y ante ella el cautivo
Cayendo arrodillado
Y asiéndola extasiado,
Besóla con pasión.

Y, enamorado, dijo
Á la oculta hermosura
Que aquella flor tan pura
De su primer amor
Había caído marchita
Al abrirse olorosa

Una flor más hermosa,
Una más noble flor.

Porque ella es la clara
Luz que alumbra su alma,
Que ella sola la calma
Al fin le puede dar.
Pero nada responde
Al griego la sultana
Y, como en la ventana,
Muda en la estancia está.

Soltando al fin el ondulante velo,
Alzóse en pie, gallarda, la sultana,
Dejando ver de su hermosura el cielo
Como la rosa del Abril temprana.

Era su rostro lindo como el sueño
Que forma un niño en su ilusión primera,
Cuando, adormido, plácido beleño
Tiende sobre él la sílfide hechicera.

Sus ojos eran cual brillante llama,
De la luz del Edén tal vez nacida,
Y la boca amorosa de la dama
Cual limpias perlas que aun la concha anida.

Al mirarla el cautivo, de amor lleno
Y de asombro y temor, conoció en ella

El dulce objeto, un tiempo más sereno
Amado tanto de él, su Aglae bella:

Su Aglae, que sale de la tumba fría
Donde el cautivo la creyó encerrada,
Cuenta á pedir de aquel amor que un día
Le dedicó con alma enamorada.

"Yo soy – le dijo, – yo, mírame ahora.
¿Qué has hecho de mi amor, del juramento
Que me hiciste con lengua engañadora?
Todo voló, traidor, en un momento.

„Yo te guardaba, aún en la clausura
De esta voluptuosa y vil morada,
La virtud, la inocencia y la hermosura
Que á vender vino tu alma fascinada.

„Yo del Sultán con diestra resistencia
Contener supe el punzador deseo
Y guardé para tí, con mi inocencia,
Aquel amor que ahora en tí no veo.

„Te conocí al oirte en los jardines
Llorando mis amores ya perdidos,
Cual la voz de los dulces serafines
Dando amor y esperanza á mis oídos.

„Y de las flores me llamaron luego
Sultana, al verme las demás cautivas,
Símbolo de mi puro eterno fuego,
De rosas coronada y siempre vivas.

„Y queriendo probar tu fe, de amores
Te requerí, y, ardiendo en fuego insano,
Por la nueva sultana de las flores
Tu antiguo amor dejaste inhumano.

„Pues bien, vete de aquí, que la sultana
Era un sueño de tu mente ansiosa,
Este papel, Lascar, leerás mañana;
Yo para perdonar, soy orgullosa.„

Dijo, y un pliego le entregó cerrado,
Y á sentarse volvió; Lascar guardólo,
Con un triste suspiro enamorado
Á tantas quejas respondiendo sólo.

Á los pies de Aglae hermosa
Se arrojó por fin el griego
Y sobre su blanca mano
Estampó dúlcidos besos;
Mano que la causa era
De su falta, que su yerro
Disculpar sólo debía
Y de su amor darle el premio.

Todo respiraba amores
En aquel recinto bello:
Las fuentes que murmuraban,
Las aves, que con gorgeos
Blandos daban á las auras
Sus delicados acentos
Que, del vaporoso invierno
Como transparentes nubes,
Subían del pavimento
Agrupándose en el aire
Y evaporándose luego.
El corazón de la dama
Mil diferentes afectos
No hay duda que sentiría
En tan solemne momento;
Y más al ver desprenderse
De los ojos del objeto
De su amor, como de aljófar
Menudas perlas, el tierno
Llanto con que acompañaba
La fe y su arrepentimiento.
No pudo más; y, al impulso
De las lágrimas y ruegos
De su acuerdo, enternecida,
Trémula de amor, sintiendo
Sobre la divina mano
De sus acentos el fuego
Que subía por las venas

Hasta el escondido centro
Del corazón, en sus brazos
Desfallecida cayendo,
Dueño de tanta hermosura
Hizo al venturoso griego.

. . . .
. . . .

Pero un misterio terrible
Que yo á descifrar no acierto
Vino á turbar sus amores;
Un espantoso misterio
Que sabe guardar la noche
Con un terrible secreto.

. . . .
. . . .

Sólo se dice que el joven
Cautivo, de dolor lleno,
Dió gritos de horror terribles;
Que el eunuco, con discreto
Afán, apagó las luces
Y en las tinieblas silencio
Le impuso, con sus nervudas
Manos su boca cubriendo.
Después algunos cautivos
Llegar al jardín pudieron
Ver, á la luz de la luna,
Á un eunuco con un negro
Bulto, que, con cuidado,

Traía en el caftán envuelto;
Con misteriosa premura,
Depositólo en el suelo
Y se marchó, leve ruido
Formando su paso incierto,
Y el rechinar de sus armas
Y de su alfanje á lo lejos.

IV.

¿Quién es aquél que raudo se despeña
En soberbio corcel, ya roto el freno,
Y va saltando por la espesa breña
Mientras que ruge el pavoroso trueno?

Á la luz del relámpago, indecisa,
Tal vez se puede ver su rostro fiero
En el que brilla la fugaz sonrisa
De un recuerdo amoroso y lastimero.

Cual los vientos veloz en la carrera,
Va el caballo, la crín al aire dada,
Blanca espuma lo cubre, cual si fuera
De las ondas del mar amontonada.

Hiriendo el suelo con el férreo casco
Atruena el bosque, al compasado ruido
De los cóncavos senos del peñasco
Por los distantes ecos repetido.

Y en el silencio de la noche umbría,
Si alguien lo ve que solitario vela,
Mágica sombra acaso lo creería,
Y reza, si lo escucha, el centinela (1).

Dióse el día antes un combate horrible
En que los hijos de Otoman vencidos
Fueron por los helenos, al terrible
Grito de *Cristo y libertad* ardidos.

Que cayeron del monte en la espesura
Sobre las tropas del bajá, cual olas
De catarata hinchada, y en la oscura
Selva arrollaron las soberbias colas.

Y, en mar de negra sangre, la victoria
Asentaron los griegos, y la suerte
Cupo á Lascar de conseguir la gloria
Al pérfido bajá de dar la muerte.

Que, ardiendo el turco en denodada ira
Y viendo ya perdida la esperanza,
Sobre él con fiera intrepidez se tira
Y halla la muerte en su robusta lanza.

---

(1) Estos cinco primeros cuartetos son imitados del *Giaour* de Byron.—N. del A.

Hambrienta de clavarse entró en su seno;
La vida se le huyó con un gemido,
Cayó, y las armas, cual lejano trueno,
Hicieron al caer ronco ruído.

Ansioso de matar Lascar corría;
La muerte iba con él, y con su mano
La punta de su lanza dirigía,
Y ni un golpe que dió diéralo en vano.

Y creyeron, al verlo, que en las filas
Azrael de los griegos peleaba,
Y sólo de sus vívidas pupilas
Con la esplendente llama los mataba.

Cual rápido torrente despeñado
Que hace salir de cauce al ancho río,
Tala las mieses, vuelve yermo el prado
Y hasta los pinos troncha con su brío;

Así ó más fiero aun Lascar cebaba
Su ira cruel en la otomana hueste
Y de cuajada sangre espanto daba,
Sucias la faz y la gallarda veste.

Mas dar no puede á su irritada alma,
En cuyo centro agítase el veneno,

Tanta venganza sazonada calma,
Y con dolor cruel late su seno.

Un intenso pesar le abruma, y quiere
Saltar su corazón ardiendo en ira,
Y cuando de dolor piensa que muere,
Se juzga eterno, viendo que no expira.

Huir si es posible de su mal anhela,
Mal que imagina su verdugo eterno,
Mas con él su dolor rápido vuela
Porque su corazón es un infierno.

Y es en vano que el bote de su lanza
Le diese horror quitando tanta vida,
Si con su luz brillante la esperanza
Ni á honores ni deleites le convida.

Que, aunque del cautiverio ya salvado
Por un viejo Calóyero, sus penas
El corazón le tienen desgarrado,
Y es acíbar la sangre de sus venas.

Por eso aquella noche, cuando el sueño
Rendido había al vencedor, el fuerte
Lascar salió con decidido empeño
De dar fin á sus males con la muerte.

Allá va, y en su rápida carrera
Vencer en conmoción su pena intenta
Y á la borrasca de la noche fiera
Excede de su alma la tormenta.

Y él era, él quien de la noche triste
Rompió el silencio, y á la luz ardiente
Del ligero relámpago le viste,
Otomano, y temblaste de repente.

Mas, rápido cruzó cual del verano
La exhalación que engendra el aire seco
Y el ruido sólo del corcel lejano
En temeroso son repitió el eco.

Llegó Lascar sobre la playa corva
Del undivago mar que alborotado
Rompe en la roca que su furia estorba
La ola que brota de su seno hinchado.

Llegó, y tendido en la desierta orilla
El cansado corcel yerto abandona,
Y á la luz del relámpago que brilla
Sube á una roca que la mar corona.

Saliente pico á cuyos pies se agita
El resonante mar contra un bajío

Por mil rocas formado, do se irrita
Embravecido su indomable brío.

Allí Lascar se puso. Sentimiento
Horrible el pecho le agitó y apenas
Exhalar pudo el ardoroso aliento
Quemado con el fuego de sus venas.

Sentimiento espantoso, á los horrores
Igual tan sólo del infierno junto,
Que en un instante un siglo de dolores
Le hiciera padecer en aquel punto.

Imagen fiel del erizado espanto
Eran sus miembros, de sudor cubiertos,
Y brotaron dos lágrimas en tanto,
Quemándole la faz sus ojos yertos.

Al través de ellas ver pensó en la ola
Enfurecida, una visión mecerse;
Su Aglae llorar enamorada y sola
Y en la extensión sin límite perderse.

„Ya te sigo – le dijo. – Yo no quiero
Vivir ya más sin tí. Abre tu centro
Oscura eternidad... ¡Oh, Dios! yo muero.
¡Muerte, por fin en tus abismos entro!"

Y cayó, por el aire arrebatado
En espantoso giro. Sordo luego
Estrépito se oyó, y el mar hinchado
Tuvo un momento fúnebre sosiego.

V.

Indiferente la aurora
Á los males de los hombres,
Al otro día radiante
Por el Oriente asomóse.
Estaba la mar en calma;
Los suaves arreboles,
Del alba allí reflejados
Con mil lucientes colores,
Pintaban el fondo oscuro
De aquellas ondas salobres.

Cuando los primeros rayos
De luz dieron sus fulgores
Sobre el elevado pico
Desde el cual Lascar tiróse,
Iluminaron la frente
De un anciano, que de bronce
Parecía, porque estaba
Puesto en oración, inmóvil.
Las manos tendía al cielo
Y en sus tristes oraciones
Piedad por un desgraciado

Á Dios imploraba á voces.
Era el Calóyero: un bulto
Negro divisó, que sobre
Las blandas olas mecido
Venía; reconocióle
Al punto, y el tierno llanto
De sus ojos derramóse.

Hoy Lascar sobre la roca
Sepultado está, su nombre,
Allí entallado, atestigua
Sus desgracias, y una cruz
De un leño fabricada
Sólo le recuerda al hombre
Solitario que allí llega
Su triste memoria entonces.
Nadie sabe bien su historia
Que en el misterio se esconde
Más profundo; el religioso,
No obstante, en el seno hallóle
Un fragmento de una carta
De una mujer, que de amores
Hablar parece, y un pliego
Escrito, entre los horrores
Más fieros, por Lascar mismo
Á quien Dios justo perdone.

FRAGMENTO

Lascar mío, ya que he visto
Que de mí te has olvidado
Y que es tan cruel mi hado
Que no te dueles de mí,
Quiero que sepas, al menos,
Lo que por tí, vida mía,
Ha hecho la mujer que un día
Fué tan dichosa por tí.

Que si olvidas mis amores
Por una esperanza vana,
No te dolerás mañana
Mi triste suerte al saber.
Y dirás, sin duda alguna,
"¿Qué me importa su memoria?
Deme sus triunfos la gloria
Y su amor otra mujer."

Bien, Lascar; así ser debe,
Que para un varonil pecho
Es el amor muy estrecho
Círculo, y aspira á más.
No somos así, sin duda,
Nosotras, pobres mujeres
Que no encontramos placeres,
Mi vida, sino en amar.

Y tú, Lascar de mi alma,
Sabiendo cuánto te quiero
No extrañarás hoy que muero
Por nuestro perdido amor.
Y acaso al saber mi muerte
(Es lo único á que aspiro)
Exhalarás un suspiro,
Un suspiro de dolor.

....

....

Es imposible escaparse
De este recinto horroroso
Donde mi tirano esposo
Pronto me vendrá á buscar.
Supo el Sultán que tú fuiste
Un tiempo mi amante fino,
Y de su furia con tino
Yo te supe libertar.

....

....

Mañana vendrá á buscarme,
Y al recostarse en mi seno,
Verá que un atroz veneno
Me ha quemado el corazón.

Y tú, lumbre de mis ojos,
Libre estarás ya mañana
Y en la tumba la sultana
Que te amó con tal pasión.

¡Adiós!... al poner la pluma
Sobre esta página, siento,
Lascar mío, un sentimiento
Que es imposible explicar...
No quiera el cielo que nunca
Con tal sentimiento llores,
Dios permita que lo ignores
Y hágase tu voluntad.

RECUERDOS DE LASCAR

Mujer, ese espantoso sentimiento
Hierve en mis venas y en el pecho mío
Terrible y violento.
Me parece que siento
Que las entrañas, con dolor impío,
Me las desgarran, y el veneno ardiente
Vierten en ellas del dolor más duro.
Por nuestro amor te juro
Que sólo ya con el deseo vivo
De verter de los turcos, como altivo

Combatiente, la sangre emponzoñada
Y ofrecerla á tu ánima irritada.

. . . .

¡Qué noche aquella! Nunca, Aglae hermosa,
Embriagada de amor entre mis brazos
En éxtasis suave y deliciosa
Caído hubieras; ni en amantes lazos
Nunca jamás te hubiera aprisionado
El infeliz Lascar, si al volver luego
Del arrebato del amor ardiente,
Contra sus labios estrechó de fuego
La boca helada de un cadáver frío;
Y frenético unió su seno hirviente
Con ese yerto de veneno impío
Blanco pecho de nardos, dulce nido
De amor y de placer lecho florido.
¡Horror! ¡Horror! Maldigo
Al eunuco, que al verme desmayado
Á mi seno agitado,
No le dió paz con un puñal amigo.

. . . .
. . . .

¡Mujer! Ya estás vengada; ya mi lanza,
Por tu espíritu mismo dirigida,
Ha quitado en el campo tanta vida
Que he saciado la fe de mi esperanza.

Pero si tu venganza
No está cumplida aún, no desesperes.
Pronto desde una roca
Que en los nublados con la frente toca
Caer me verá tu espíritu irritado
En los abismos de la mar, y espero
Que al fin apaciguado
Me abrazará, y en abismo fiero
Ambos nos juntaremos
Y, si es posible, allí nos amaremos.

Granada, 1845.

EL FUEGO DIVINO

De la increada fuente
En copioso raudal brotaste pura,
Alma luz refulgente;
Entonces con ternura
Latió fecundo el seno de natura,

Como la casta esposa
En medio de su dulce primavera,
Si en la entraña amorosa
La agitación primera
Del fruto ansiado de su amor sintiera.

Tú eres la luz, la vida,
La inteligencia, el fuego, el movimiento;
Tú la llama escondida
Que da al sol alimento,
Y armonioso vigor al firmamento.

Hijas de tus amores
La hermosura vernal del bosque umbrío,
Y la copia de flores
Que en el ardiente estío
El cáliz abre al líquido rocío.

Con vivífico aliento
Virtud prestaste á la materia inerte,
La fuerza y movimiento,
Que en sus átomos vierte
Al sacarlos del seno de la muerte.

Y la forma elevada
Misteriosa del hombre creaste luego;
Á su mente sagrada
Diste noble sosiego,
Á sus ojos el brillo de tu fuego.

Levantaste su frente,
Hermoso asiento de tu lumbre viva,
Hacia el cielo eminente,
Do á su mirada altiva
Ni de tu ser la oscuridad se esquiva.

Cuanto existe en la tierra,
De oro y fango, de bálsamo y veneno,
Cuanta virtud encierra
En su fecundo seno
El éter infinito, de astros lleno,

Diste con armonía,
Breve mundo, del hombre á la existencia;
Como en oriente el día
Brotó la inteligencia,
De su completo ser oculta esencia.

La pompa de los mundos,
Todo ser, toda vida en ella vive;
Los ámbitos profundos
Del cielo en sí recibe,
Y de su inmensidad los circunscribe.

Su perfume derrama
La flor, el ave canta, el mar resuena;
Cuanto aborrece y ama,
Todo deleite y pena
Está en el alma, y los espacios llena.

Su luz el astro envía,
Y tarda siglos en cumplir su anhelo;
No acaba su porfía,
No hiere el mortal velo,
Mas en el alma está como en el cielo.

¿Qué habrá que satisfaga
Al ser amante en la creación entera?
¿De qué beldad se paga,
Si por alta manera
Todo en el alma está como en su esfera?

¿Á qué este amor intenso?
¿Qué ignoto ser la voluntad adora?
¿Dónde el objeto inmenso,
La fuerza vencedora
Que domine al amor que la devora?

¿Qué bondad, qué hermosura
Hay en el mundo, que gozar no pueda?
¿Qué gloria, qué ventura,
Donde se aquiete y ceda?
Ni ¿qué grandeza que á la suya exceda?

El alma es consonancia
De todo lo creado, y sus amores
Son la luz, la fragancia
De estrellas y de flores.
¿Quién detiene perfumes y fulgores?

¿Dónde se posa y calma
El corazón, buscando su destino?
¿Do está la paz del alma,
Dónde el centro divino
Que suspenda su curso peregrino?

La bien templada lira
De cada cuerda exhala melodiosa
Distinto son, y admira
De la máquina hermosa
Dando el conjunto música armoniosa.

Enemigas y fieras
Potencias une al mismo fin el hado;
Así de las esferas
El giro arrebatado
De un concierto sublime y alternado.

La inmortal y sonora
De celeste virtud máquina ardiente,
Que magnífica mora,
Cual antorcha esplendente,
En el sagrado templo de la frente,

Ya no más confundida
Con la materia se verá; ya dura
Eternamente unida;
Ya tan sólo procura
Volar al foco de su lumbre pura.

Granada, 1845.

A LA SANTÍSIMA VIRGEN

(PENSAMIENTOS RELIGIOSOS)

Si contempla mi alma,
Estando en dulce sueño los sentidos
Con la dichosa calma
De la agradable noche adormecidos,
El brillo que en el cielo
Un espíritu angélico y radiante
Esparce cuando cruza en raudo vuelo
El éter deslumbrante,
Tan encantado siento
Y tan lleno de amor el pecho mío,
Al verlo puro aventajar las flores
Y los astros del claro firmamento
Y la hermosura terrenal, que ansío
La muerte por gozar tales favores.

Si con los ojos de mi cuerpo acaso
Ver pudiera, Señora, tu hermosura,
Como en las sombras de mi mente oscura
Contemplo á cada paso
El bienaventurado
Espíritu de lumbre circundado

Que de tu brillantez y donosura
Es tan sólo un destello, Virgen mía,
Mi tierno corazón se abrasaría,
En el amor más santo confundido;
Y á los cielos volara
En esa inmensidad de amor perdido.
Así de ardiente sol á la luz clara
El hielo se deslíe, se evapora,
Hasta los cielos sube,
Y en el vellón de la dorada nube
El iris forma que la luz colora.

En la mente divina
Creada fuiste, hermosa Virgen pura,
Y adornada con toda la hermosura
Que encierra en sí la esfera cristalina.
Nacida limpia y bella
Y tu seno purísimo inflamado
Por el divino amor, viniste al suelo;
De la esperanza nacarada estrella,
Redimistes al hombre del pecado
Y te volviste al cielo.

Cuando por vez primera
Sentiste en tus entrañas virginales
Estremecerse un Dios, que el vivo aliento
De la casta paloma placentera
En tí depositó, las maternales

Fibras del corazón un movimiento
De mágica alegría
En el alma sin duda te causaron
Y estremecidas de placer vibraron
Con celestial y angélica armonía.

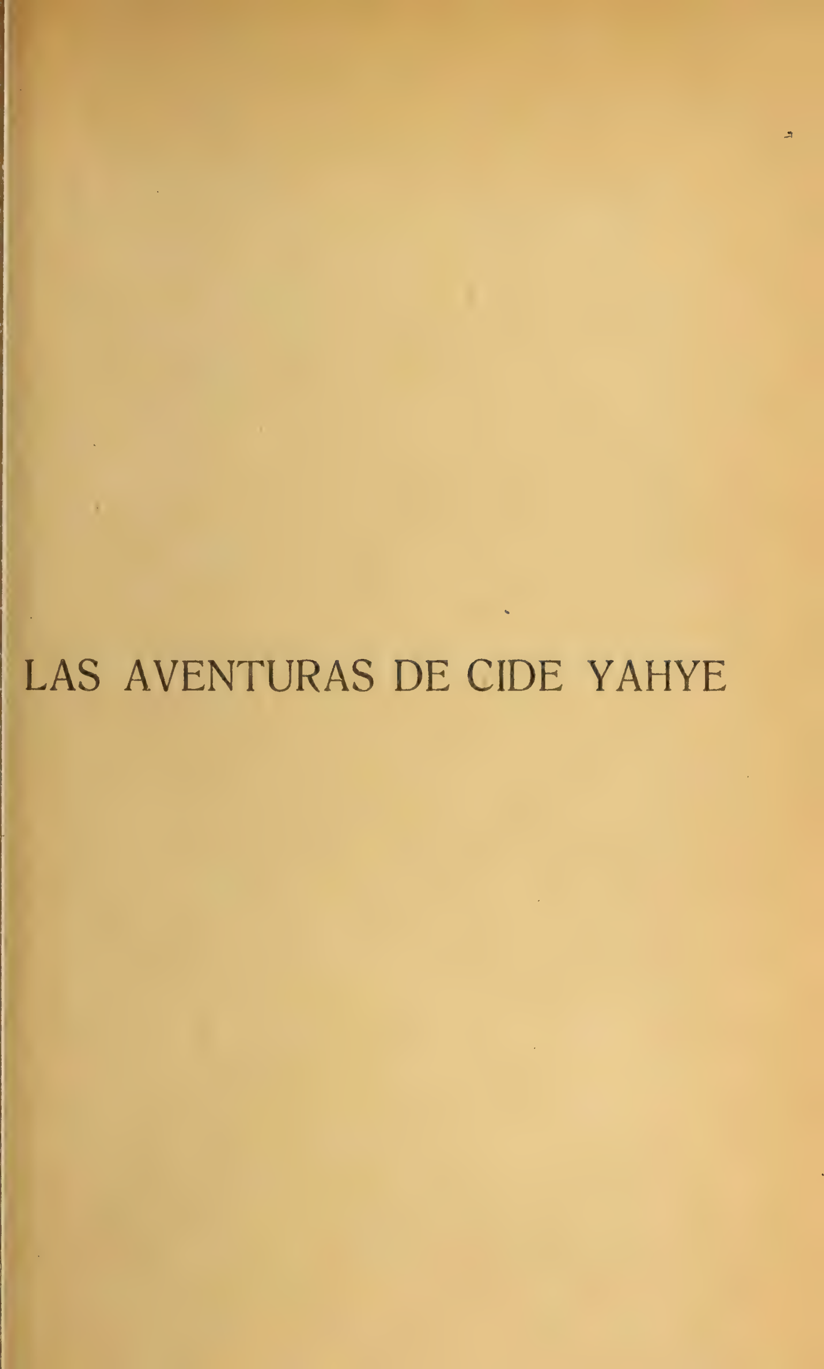
¡Oh, bendita entre todas las mujeres,
La que en su casto seno
Que del materno amor estaba lleno
Sintió tales placeres!
Bendita, sí, porque ella
Sufrió inmenso dolor también, y agudo
Puñal el alma de la Virgen bella
Traspasó fiero: sólo el amor pudo
Madre y Reina preciosa,
De los cielos señora,
Misterio tan sublime
Ejecutar en tí, cuando amorosa
Por levantar al que abatido gime
Y consolar la humanidad que llora,
Viste pendiente del cruel madero
Al hijo santo de tu amor sincero.
Entonces en el Gólgota elevado
Fué en holocausto santo
El más gran sacrificio consumado
Con el dolor de un Dios, y el triste llanto
De tu pecho purísimo arrancado.
De las penas más fieras los horrores

Todos sentistes en aquel momento.
Para aquel sacrificio de dolores
Dos altares había,
La cruz que á Jesucristo dió tormento
Y tu sagrado corazón, María:
Tu enamorado corazón, del tierno
Hijo de tus entrañas poseído,
En el amor sublime del Eterno
Espíritu nacido!

¡Cuánto la madre adora
En su hijo caro de su amor la prenda!
¡Cuánto su tierno corazón le llora
Á su dolor inmenso dando rienda!
Mas de los hombres madre también era,
Por el sagrado Espíritu enviada
Para salvar la humanidad entera
Con su inmenso dolor purificada.
La salvaste, María,
Llorando sobre el Gólgota las penas
Del hijo de tu amor, que en su agonía
Vertió la pura sangre de sus venas.
Y bienaventurada
Te llamaron los hombres; en el cielo,
Al son del arpa de oro,
Te elogian los querubes, y postrada
La angélica falange en raudo vuelo
Se acerca á tí y en resonante coro

Entonan alabanzas á tu gloria.
Yo también remontar quise, atrevido,
De tu eterna memoria
En elogio, mi canto enardecido:
Pero ya triste veo
Que no merezco, virginal Señora,
Engendrar en el pecho que os adora
Tan excelso deseo.
Acaso indigno de tal bien, impuro
Me atreví á profanar, de orgullo lleno,
Á la que inflama en fuego de amor puro
De la radiante Trinidad el seno.

Granada, 1845.



LAS AVENTURAS DE CIDE YAHYE

LAS AVENTURAS DE CIDE YAHYE

HISTORIA FILOSÓFICA Y VERDADERA

PRIMERA PARTE

LA BELLEZA IDEAL

Io mi son pargolleta bella e nova,
E son venuta per mostrarmi à vui
Delle bellezze e lòco dond'io fui.
Io fui del cielo, e tornerovi ancora,
Per dar della mia luce altrui diletto;
E chi mi vede, e non se ne inamora,
D'amor non averà mai intelletto.

(DANTE ALIGIERI, Ballatta.)

I.

Allá en los tiempos antiguos
Y cuando era la morisma
Dominadora soberbia
De la bella Andalucía,
En un rincón olvidado,
Por pobre, de la codicia
De los hombres, y perdido
En la espesura sombría
De las selvas y los montes
Que en torno de la campiña
De Granada, en ancho cerco,

Alzan las gigantes cimas,
Cide Yahye venturoso
Era señor de una villa;
Y aunque adornada tan sólo
De seculares encinas,
De olivos y de castaños,
Era agradable á la vista
De aquel quebrado paisaje
La rústica perspectiva.
Los sencillos habitantes
En su pobreza vivían,
Sin pensar que más placeres
Brindase al hombre la dicha,
Que los dones que la tierra
De su trabajo solía
Darles en premio, y los goces
De su existencia tranquila.
Virtuoso Cide Yahye,
Y su corta monarquía
Con la vista dominando,
Administraba justicia,
Dando en las varias disputas
Sentencias equitativas,
Bajo de un árbol sentado,
Á la puerta de su quinta.
Á las labores del campo
Iba para presidirlas,
Como rey que en el escudo

De Aquiles Homero pinta;
Y al llegar las gratas fiestas
De la siega y la vendimia,
Con los mismos labradores
Cantar y bailar solía.
Amoroso con la gente,
Y contento de su vida,
Practicaba Cide Yahye
La mejor filosofía.
En sus colorados labios
Siempre brillaba la risa;
En su cuerpo fuerte y sano,
Retozaba la alegría.
Tal era el rey, tal el reino,
Donde la virtud sencilla
Moraba con la inocencia
De la gente campesina;
Donde los dorados tiempos
Que fingen en sus dulcísimas
Canciones los favoritos
De las musas de Sicilia,
Con su patriarcal ternura
Realizados se veían.
Cuéntase, pues, que las hadas,
Al ver la maldad impía,
De los hombres, de la tierra
Ya para siempre se iban,
Cuando este reino dichoso

Descubrieron, y benignas
Quisieron favorecerle
Con su presencia divina.

II.

Tomaron aquel reino para morada propia
Las hadas y le dieron su santa beatitud,
Y en su seno vertieron el cuerno de la copia,
Henchido de riqueza, de gozo y de salud.

Formaron en el aire conciertos armoniosos,
De eterna primavera dotaron al vergel,
Hicieron de la viña los frutos más sabrosos,
Llenaron las colmenas de perfumada miel.

Pusieron en las fuentes misterioso murmullo,
Vistieron de hermosura las flores del jardín,
De la paloma hicieron más lánguido el arrullo,
Y más sonoro el trino del ágil colorín.

Como menudo aljófar las gotas de rocío,
Trémulas en el cáliz de la entreabierta flor.
Un fructífero fuego el calor del estío,[1]
Una llama divina el fuego del amor.

Do quiera que las hadas esparcían su aliento
Crecían frescas rosas de aroma celestial.
Con viva luz en torno resplandecía el viento,
Cuajábanse en el aire palacios de cristal.

Las hadas á las nubes dieron bellos matices,
Á los céfiros blandos suave libertad;
Para hacer á los súbditos de Yahye más felices
Arrullarlos quisieron en dulce ociosidad.

Sin el trabajo humano daba el feraz terreno
Los frutos más opimos con solícito ardor,
Torrentes de riqueza brotaban de su seno,
De las fecundas hadas encanto bienhechor.

Nacía sin cultivo el delicado lino
El gusano industrioso trabajaba á la vez
La seda, en los arbustos el algodón más fino
Mostraba en áureas rosas su limpia candidez.

En los mismos corderos la fina y blanca lana
De diversos colores se solía pintar;
Ya era azul como el cielo, ya refulgente grana;
Las hadas la tejían con arte singular.

Cuanto al hombre le es grato las hadas reunieron
En aquel feliz reino, su encantada mansión.
Los frutos más extraños las hadas produjeron
Que el comercio nos trae de distante región;

La fragante canela, el café de la Moka,
Que destilado forma tan suave licor;
La que en árbol tan grande, con magnitud tan poca,
Crece negra pimienta de agradable sabor:

La yerba del Catay, olorosa y salubre;
Los plátanos, que almíbar dentro del fruto traen;
La palma, que maduros los dátiles encubre
Con las airosas ramas que en verdes arcos caen.

Cuantas aves adornan la alegre primavera
Hacían de aquel reino su estancia habitual;
Recorría los campos la perdiz placentera,
Posábase en la oliva el sabroso zorzal.

Los ánades silvestres con majestad graciosa
Cerníanse en el seno del lago, sin temor,
Y el campo poetizaban la tórtola amorosa
Y el ruiseñor sencillo, de los bosques cantor.

Como nunca de hermosas lucían las doncellas
Que ya el sol ni el trabajo podían marchitar,
Las delicadas manos suavísimas y bellas,
Los talles elegantes, amoroso el mirar.

Cantaban y bailaban, asidos de las manos,
Pastores y zagalas, hablando de su amor;
Sentados á la sombra miraban los ancianos,
Los más dulces recuerdos gozando á su sabor.

Á pesar de Mahoma, aromático vino,
Mejor que los gloriosos de Málaga y Jerez,
Chispeaba en las copas, y su fuego divino
De las hinchadas venas serpeaba al través.

Él vertía en el pecho el amante deseo,
Él ponía en los labios la dulce persuasión,
Y en las negras pupilas, con el furor pimpleo,
Brillaba más hermosa la luz del corazón.

El día se pasaba en danzas y en suaves
Pláticas amorosas, la noche en poseer
Los tesoros del sueño, hasta que al fin las aves
El alba amenizaban con trinos de placer.

Todo en aquella tierra era paz y ventura;
Sobre ella la alegría sus alas extendió,
Y por el ancho espacio de su atmósfera pura
La copa del deleite ufana derramó.

Nunca dicha más grande soñó en su falansterio
De Fourier admirable el ingenio creador,
Ni nunca en el más rico antiguo monasterio
Hubo paz más perfecta ni abundancia mayor.

Esto hicieron las hadas, y en bullicioso coro
Con los mortales mismos se solían mezclar.
Y al compasado estruendo del crótalo sonoro
Cantos dar á los vientos, y ligeras bailar.

III.

El buen rey, de las hadas protegido,
También entre la fiesta se mezclaba,

Y á la música alegre dando oído,
De su vientre á pesar, diestro bailaba;

Que era pequeño y gordo, pero había
Un no sé qué tan penetrante y vivo
En su rostro, que el alma descubría,
Siendo de ella trasunto fugitivo.

No le acosaba el velador cuidado,
Ni placer le faltaba ni riqueza,
Disfrutando de un sueño regalado
En el seno gentil de la pereza.

Guardaba de su harén en el recinto
Mujeres como lindos serafines,
Alhajas mil de género distinto,
Y perfumes y fuentes y jardines;

Y de una quinta, que la fértil vega
Ostentaba en la parte más florida,
De generosos vinos la bodega
Con profusión diversa bien surtida.

Cantos gozaba, bailes seductores,
La tierra en torno sonreía ufana;
Amor le prodigaba sus favores,
Renacía en él la juventud lozana.

Mas en tan grato estado y tan risueño,
Yahye empezó á sentir melancolía;

Buscó la soledad, faltóle el sueño,
Vagó en el seno de la selva umbría.

Ardió su corazón en la sagrada
Llama de lo ideal, que tierna adora,
No satisfecha el alma enamorada
Del placer que en la tierra se atesora.

Buscó en la noche su ilusión querida,
La creyó hallar entre la selva obscura,
En el seno del aura adormecida,
En el cristal de la corriente pura.

Prestó Yahye un amante sentimiento
Al arrullo del céfiro en las hojas,
Á las flores amor y pensamiento
De la tórtola amante á las congojas.

Y no pudieron apagar el fuego
Del místico raudal de sus dolores,
Ni de la noche el plácido sosiego,
Ni la tórtola, el céfiro y las flores.

Y por calmar su loco desvarío
Se entregaba otra vez á sus placeres,
Mas sólo hallaba doloroso hastío
En festines, perfumes y mujeres.

Todo á su alma indiferente era;
El poderoso corazón sentía

Taciturno dolor, y una hechicera
Forma ideal fingió la fantasía.

La encadenada inteligencia humana
Muy rara vez tras lo ideal se lanza,
Pero la voluntad recorre ufana
La eterna inmensidad de la esperanza.

Que el Eterno nos dió tan sólo, creo,
Un rayo de su ciencia peregrina;
Pero el alma se eleva en el deseo
Y se baña en la atmósfera divina.

Deseo insaciable, que del pecho brota
Y en un inmenso círculo se extiende,
Cuya circunferencia, siempre ignota,
Al Hacedor y á la creación comprende.

¡Oh, amor sublime, celestial anhelo
De los santos, artistas y cantores,
Con una de tus flechas desde el cielo
Pusiste en Yahye místicos amores!

Mirándole las hadas afligido,
Consolarle querían con su canto,
Mas él lanzaba un mísero gemido
Ó derramaba lastimero llanto.

Por fin, un día que elocuente estuvo,
Gracias al rico néctar jerezano,

Ante las hadas, que reunidas tuvo,
Logró explicar su anhelo sobrehumano.

IV.

“Por vuestro benigno influjo,
Dijo el rey Yahye á las hadas,
Nuestras rústicas moradas
En la abundancia se ven;
Y felices mis vasallos
En el ocio y los amores,
Se olvidan de los dolores
Humanos en este edén.

„Aquí más mágico brilla
En el diáfano espacio
Ese disco de topacio
Que á la noche da fulgor;
Palacios hay en el viento,
Maravillas en la tierra,
En nuestros pechos se encierra
Encadenado el amor.

„Aquí un olor más suave
Tienen las gallardas flores.
Son más vivos los colores,
Más pura la luz del sol,
Más melodioso el murmullo
De las auras y las linfas.

Y hacéis más nítido, ninfas,
Del aurora el arrebol.

„Mas de tal dicha orgullosa,
Remontó el alma su vuelo,
Y sentí un gigante anhelo
En mi corazón hervir;
Con este anhelo se eleva
Mi ser de mi ser por cima,
Y desdichado se estima
Sin alcanzarle ó morir.

„¡Hondo afán! Noble delirio!
¡Amor del alma belleza!
No guarda naturaleza
Á mi amor objeto igual;
Mas traspasando sus lindes
En la rauda fantasía,
La enamorada alma mía
Ha encontrado lo ideal.

„Y de aquí nace el hastío
Que de cuanto miro brota,
Y el placer más leve agota
Y marchita el corazón;
Del orgullo de mi alma
Es un magnífico arcano
Y para el vulgo profano
Una incógnita aflicción.

„Sin esta célica idea,
Por el alma concebida
De esencia desconocida
Y de substancia inmortal,
Y que me muestra el deseo
Con luz aparente y vaga,
Que los sentidos halaga,
Fingiéndola material;

„Sin la posesión y goce
De esta inexplicable idea,
Que la imaginación crea
Más allá de la creación;
Concebida en el deseo,
Sin comprenderla la mente,
Nacida del vehemente
Impulso de la pasión;

„Nunca juzguéis que mi vida
Pasa feliz en el mundo;
El fuego de amor profundo
Pronto la consumirá;
Y entonces de las cadenas
Libre, que me guardan ora,
En la mente creadora
Podré abismarme de Alá.

„¡Magas bellas! en los sueños
De mi loca fantasía

La forma yo descubría
De esa idea celestial;
Levantándose en el aire,
Circundada de aureolas,
Columpiándose en las olas
De un piélago de cristal.

„Á las creaciones sublimes
De los poetas divinos
Di cuerpo y ser peregrinos
Vida, juventud y amor;
Pero en ninguna encontraba
La fantástica señora,
Cuya luz el alma adora,
Sin conocer su valor.

„Que más alta se elevaba,
En lo infinito mecida;
En principio de su vida
Inmediato estaba en Dios.
Comprenderla nunca pudo
El humano pensamiento,
Ni sentirla el sentimiento,
Ni descifrarla la voz.

„Vosotras sólo podéis
Satisfacer tanto anhelo,
Arrebatando del cielo
La llama que alimentó

Mi concepción soberana,
Y dándole forma ahora,
Con la fuerza vencedora
Que el Eterno os concedió.“

V.

Dijo, y los labios de las hadas luego
Una sonrisa plácida mostraron,
Y de sus ojos de amoroso fuego
Mil rayos de esperanza derramaron.

En círculo tejieron una danza
En derredor de Yahye, tan ligera
Como el vuelo fugaz de la esperanza
Que se remonta á la azulada esfera.

Y al céfiro entregando las aéreas
Divinas formas, el espacio hendieron,
Y á las regiones caminando etéreas,
Dulces cantares á los vientos dieron.

¡Cide Yahye! Tu amante deseo
Á la eterna beldad te sublima;
Es la llama creadora que anima
En los hombres la luz celestial;
Que da al mártir aliento en la hoguera,
Que á los héroes excita al combate,
Y en las venas enérgicas late,
Inspirando al poeta inmortal.

Á tu ruego las hadas rendidas,
Á los vientos sus formas entregan,
Y el inmenso Oceano navegan
Del espacio y el tiempo sin fin.
Del espíritu ardiente en el mundo,
En un mundo invisible su vuelo
Detendrán, y robada del cielo,
La hermosura será para tí.

Sé feliz si en tu pecho sereno
La esperanza vivífica está;
Si de ingente deseo está lleno,
La divina esperanza en tu seno
Una ingente energía pondrá.

Así cantando alegres, las hadas en el aire,
Como lejana nube, se perdieron por fin,
Y extendidas las alas con gracioso donaire,
De nuestra espesa atmósfera doblaron el confín.

Al sentirse en el éter bañadas por do quiera,
Se desnudaron luego la forma terrenal,
Y ya puros espíritus, como la luz ligera,
Los campos recorrieron del éter celestial.

Y llegaron al mundo do las ideas viven,
Y de la inteligencia habitan en el mar;
Así como los cuerpos y formas se perciben
En el tendido espacio flotando sin cesar.

Y arrebataron luego la concebida idea,
Y una forma perfecta la dieron de mujer,
Esplendente cual rayo de la luna febea,
Que en el dorado viento se baña con placer.

Sacaron de las flores la más suave esencia
Para dar á su aliento perfume sin igual,
De una llàma divina de noble inteligencia
Adornaron las hadas su frente virginal.

De la deidad de Chipre la zona encantadora
En torno colocaron de su talle gentil,
Y en sus mejillas puras, cual la luz de la aurora,
Avergonzar quisieron la rosa del abril.

Eran dos luces bellas, del alma noble encanto,
Brillantes de deleite, dormidos de pudor
Sus ojos, y su boca el cáliz limpio y santo
Do puro se guardaba el néctar del amor.

El delicado arrullo del apacible viento,
Si á Flora misterioso enamora tal vez,
No puede ser más blando que el voluptuoso acento
Que exhalaban sus labios, más dulces que la miel.

Diéronle la pureza de las vírgenes flores
Las hadas, de la tórtola el inocente ardor,
Del alba nacarada los púdicos colores,
El melodioso encanto del tierno ruiseñor.

Del corazón sencillo la mágica violencia
Su terso seno cándido hacía palpitar,
Y una vaga sonrisa de amorosa inocencia
Sobre sus frescos labios volaba sin cesar.

Nunca mujer más bella fingió la fantasía
En los mágicos sueños de un genio creador,
Levantada en las alas de la ardiente poesía,
Adormida en el seno del encantado amor.

Ni nunca puro arcángel ni hurí del paraíso
Dieron forma más bella á la esencia inmortal;
Que el poder de las hadas en ella mostrar quiso
La fórmula suprema de lo bello ideal.

Así formada, al mundo trajéronla dormida,
Con el tranquilo sueño que goza la virtud;
Vertieron en su rostro espíritu de vida,
Y ciñeron sus sienes de eterna juventud.

VI.

¿Qué poeta en sus cantos no te evoca?
¿Quién dulces versos en tu honor no canta,
Si á tu grandeza la alabanza es poca,
Si en tu hermosura el corazón se encanta?
Con viva fe la humanidad te invoca,
Y el amor suyo hasta tu amor levanta,
Siempre con varios nombres uno mismo,
De nuestro inmenso amor inmenso abismo.

Sed de deleite, sed de lo futuro,
Del sumo bien inextinguible anhelo,
Éxtasis milagroso de amor puro,
Que nos transporta de la tierra al cielo;
Tú haces bajar del eternal seguro
Al mismo Amor con amoroso vuelo,
Y desde la alta esfera cristalina
Al hombre infundes su ilusión divina.

Fruto de la sagrada inteligencia
Y de la libre voluntad humana,
Pues del alma y del ser tu etérea esencia
Por un enlace místico dimana;
Raudal de gloria, manantial de ciencia,
Recuerdos dulces, ilusión temprana
Eres, y cuanto al hombre finge y crea,
De la fe causa fuente de la idea.

Como la anacreóntica paloma
Te meces en las cuerdas de la lira,
El corazón en tí su fuerza toma,
Tu aliento sólo el entusiasmo inspira;
Das vida al arte, y encantado aroma
Sobre tu seno el ánima respira,
Cuando, de la materia roto el lazo,
Con ternura descansa en tu regazo.

Así el alma de Yahye, que dormido
Se quedó con el canto de las hadas

(Lo que tal vez os haya sucedido
Con mi historia, lectoras adoradas),
Le dejó en su letargo sumergido,
Y con las raudas alas desplegadas,
Rompiendo el aire y remontando el vuelo,
Se fué á perder en el azul del cielo.

Y se nutrió de luz y de ambrosía,
Se coronó de amor y de contento,
Adquirió nueva vida y energía
Su noble y endiosado pensamiento;
El éter recorrió su fantasía,
Y mecido su espíritu en el viento,
Se volvió al cuerpo, que, en quietud sabrosa,
Soñaba ya con su futura esposa.

Y entonces despertó con nuevo brío,
Sintió en su pecho arder la llama pura
De un amante y suave desvarío;
Brilló en sus ojos sin igual ternura,
Y se encontró del plácido sombrío
Reclinado en la fértil espesura,
Oyendo en torno un cántico sonoro,
Por muchas veces repetido en coro.

Rico canto triunfal, que alzaba el alma
Desde la tierra al cielo en un instante;
Mas la de Yahye conservó su calma,
Y vió que se acercaba una radiante

Virgen, esbelta como airosa palma
Y vestida de un manto rozagante.
De la virgen en pos, las hadas bellas
Eran del sol de su beldad centellas.

Iban en pos de la beldad divina
Las hadas, cantos entonando suaves,
Cantos que, al ver su forma peregrína,
En la enramada las parleras aves
Repetían; la fuente cristalina
Más dulce murmuraba, y con más graves
Sublimes cantos la creación entera
Saludaba á la virgen hechicera.

Besábanla los céfiros lascivos,
Y al pasar, en su seno derramaban
Pensamientos de amor, que fugitivos
Sobre su frente cándida cruzaban;
Los genios y las gracias con festivos
Bailes en torno de ella se agitaban,
Enredando su talle los amores
Con mil cadenas de olorosas flores.

Las frescas ondas de la clara fuente,
El ruiseñor amigo de la rosa,
La enamorada tórtola doliente,
Del céfiro la amante mariposa
Su beldad celebraban sorprendente;
Y la Fama, á la par, con sonorosa

Trompa, volando sobre el aura pura,
Anunció por el mundo su hermosura.

Y no quedó nación, no quedó tierra
Donde la dulce nueva no llegara,
Ni cuanto en sí naturaleza encierra,
Que por ella de amor no palpitara;
Se estremeció de gozo la alta sierra,
Brincó en su cauce la corriente clara,
Las almas con ternura la adoraron,
Su belleza los cuerpos reflejaron.

Y todo aquel amor que de su seno
Naturaleza derramaba en torno,
Suspiros dando el céfiro sereno,
Y olor las flores, del pensil adorno,
Sintió Yahye en su pecho, de amor lleno,
Al ver el vago y celestial contorno
De la beldad angélica, nacida
Del impulso de su alma enardecida.

Y exhalando un dulcísimo suspiro,
Lleno de amor y de ansiedad dichosa,
Exclamó Yahye: „En realidad te miro
Al fin divina hermana mía, esposa;
Y en tí mi propio pensamiento admiro,
Que te ideó tan pura y tan hermosa,
En alas levantado del deseo,
Arrullado en su amante devaneo.

„Bendita seas, luz de amor, paloma,
De mi espíritu hija y del divino
Espíritu, en el cual su fuerza toma
Mi corazón de tu hermosura dino:
¡Oh, cuál esparce delicioso aroma
El aire que circunda tu camino!
¡Cómo las aves cantan! ¡Cuán ardiente
Brilla la luz sobre tu tersa frente!

„¡Cuán hermosa eres tú, paloma mía,
Hija del alma, flor del pensamiento,
Engendrada en mi noble fantasía,
De mi amor llama, de mi ser aliento,
Perfecto tipo de ideal poesía,
Hurí del estrellado firmamento;
Ven á mis brazos, ven, esposa, hermana,
Yo tu esclavo seré, tú mi sultana!“

Dijo, y ciñó con los amantes brazos
De la beldad la virginal cintura;
Y ella, estrechada en tan süaves lazos,
Desfalleció de amor y de ternura;
Y Yahye recibió de sus abrazos
El deslumbrante don de la hermosura,
Mientras que le cercaban los amores,
Himnos cantando y esparciendo flores.

La plenitud del ser y de la vida
Beber creyó de amor en el torrente;

En su luz vió la luz; llama encendida
En noble orgullo iluminó su frente;
Y así Yahye se unió con su querida,
Y realizó los sueños de su mente,
Transfigurado, hermoso, giganteo,
Con el logro gentil de su deseo.

VII.

Al unirse Cide Yahye
Con la ideal hermosura,
Celebrar bodas tan gratas
Dispone con pompa suma.
De la capital las calles
Alfombrar manda con juncia,
Y arcos formar y enramadas
De romero y de gayumba.
Banderas de mil colores
Leves en el aire ondulan;
Se tapizan las paredes
Con alcatifas morunas.
Todo el reino está de gala;
Y al llegar la noche obscura,
De brillantes luminarias
Se coronan las alturas,
La fachada de las casas,
De las mezquitas la cúpula.
Marca la luz los perfiles
De la bella arquitectura,

Y ésta sobre el negro fondo
De los cielos se dibuja.
Vence en brillo á la del día
La luz que todo lo inunda,
Desde el alcázar de Yahye
Á la recóndita gruta.
Crótalos, flautas, tiorbas,
Chirimías y bandurrias,
Y enamorados cantares
Por donde quiera se escuchan.
Danzas hay aquella noche
Como no se han visto nunca,
Desde la que en Creta el docto
Dédalo enseñó á la rubia
Hija del Rey, que á los muertos
Allá en el Tártaro juzga,
Hasta el cancán, el bolero,
El fandango y la mazurka,
Y los walses y las polkas
Que en nuestro siglo se usan.
De leve blonda fantástica
Vistiendo cándidas túnicas,
En sendos hilos de perlas
Enredada la cintura,
Coronadas de diamantes,
Que imitan soles y lunas,
Bailan y cantan las hadas
Con gracia y desenvoltura.

Las más gentiles doncellas
Del reino á la novia adulan;
La novia se alza entre todas,
Como la palma entre murta.
En tanto las avecicas,
Allá en la verde espesura,
Un sublime epitalamio
Con dulces trinos modulan;
Y aunque vuelan y gorjean,
En su exterior contextura
De esmeraldas y rubíes
Y otras joyas que deslumbran.
Hay en el valle aquel día
Mil tortolillas que arrullan;
Las unas tienen esposo,
Las otras están viudas;
Mas todas están asadas,
Todas rellenas de trufas,
Y no por eso están quietas,
Y no por eso están mudas,
Que están diciendo „comedme“,
Con melodiosa ternura,
Y hasta á la boca se vienen,
Cruzando las auras puras.
El pueblo todo se entrega
Al regocijo y la bulla;
Y almíbar, vinos suaves,
Leche y horchata de chufas

Derraman las fuentes todas
De sus encantadas urnas.
Hay también altas cucañas,
Y el que á la cima se encumbra,
Por haber en el país
De los bienes de fortuna
Tanta abundancia, consigue
Premios de mayor dulzura.
Elixir de amor perfecto
Ponen las hadas en una;
En otra de las cucañas
Los viejos un licor buscan
Que las canas ennegrezca,
Que disipe las arrugas
Y que en las venas heladas
Fuego juvenil infunda.
Hay en otra una substancia,
Invención rara y aguda,
Junto á la cual el *hachick*
No tiene virtud alguna.
Á los cielos se remonta
Quien esta substancia gusta,
Y en un minuto de ensueños
Goza un siglo de ventura;
Las huríes le acarician,
Y los genios con las plumas
Le abanican de sus alas;
Con sus harpas le dan música,

Y con las flores del árbol
Del Tooba le perfuman.
Tales son las diversiones
En que se goza la turba;
Mas damas y caballeros
De rancia é ilustre alcurnia
Acuden luego á Palacio,
Do alegres se congratulan,
Y de la opípara cena
Que les da Yahye disfrutan.
La cena de Baltasar,
Que, á no ser por la escritura
Misteriosa y por la mano
Que tantos males anuncia,
Fuera envidiable; las cenas
Que Semíramis augusta
Daba al príncipe de Armenia,
Prendada de su hermosura;
Y sobre todo, el festín
Que el rey Asuero dió en Susa,
Á do sátrapas y magos
Fueron en cebras y mulas,
En caballos y elefantes
Y en carretelas ebúrneas;
Aquel banquete estupendo,
Do convidados se juntan
Sabios, guerreros y damas
Que el reino de Persia ilustran

Desde el Tanais hasta el Indo,
Desde Bactra hasta Betulia;
Concurridos y famosos
Convites fueron sin duda,
Pero el que da Cide Yahye
En más primores abunda.
Marcial discreto, en su *Xenia,*
Manjares no mentó nunca,
Como los que allí el olfato
Y el paladar estimulan.
Jamás extrajo Carême
Quintas esencias tan puras,
Ni las soñó Savarín,
El gran doctor de la gula.
Confites hay cien mil veces
Más dulces que miel y azúcar,
Y no empalagan ni cansan
Con tan extraña dulzura.
Hay allí vinos más ricos
Que el Tocay y el Siracusa,
Y mantecosos sorbetes
Y sabrosísimas frutas.
Arden en áureos braseros,
Y por el aura circulan
Esencias con que en el cielo
Las huríes se sahuman.
Las hadas entonan versos
Que dan envidia á las musas.

Para que todo al recreo
Y á la amenidad concurra,
Salen los gnomos deformes
De sus negras catacumbas,
Y juegos hacen de manos
Con singular travesura.
Los chistes y discreciones
Y la algazara confusa
Hicieran reir á Orestes
Á despecho de las Furias.
No hay que decir que el buen tono
Reinó en aquella tertulia,
Y que hizo el rey los honores
Con extremada finura.

VIII.

¡Ay, qué pronto se pasan los momentos
De dulce amor y de ilusión querida,
Y nos dejan, en cambio, los tormentos
Y el triste desengaño de la vida!

¿Qué flor habrá que el tiempo no marchite,
Por más que preste su fragancia agrado?
¿Qué dicha habrá que el tiempo no nos quite?
¿Á qué placer no seguirá el enfado?

Pensando en tí, jamás cumplido anhelo,
Dijo Espronceda con verdad notoria:

„Ó eres recuerdo de un perdido cielo,
Ó la esperanza de futura gloria."

Y para recordarnos el destino
Que aspirar debe el alma á más altura,
Del placer nos disgusta de contino,
Ó nos roba el placer si el gusto dura.

Y no hay amor que no consuma el tedio,
Ni amistad en el mundo duradera,
Ni gozo sin disgustos de por medio,
Ni vino que no cause borrachera.

¡Qué terrible es vivir si sus lecciones
El destino nos da tan duramente!
Pero con mis morales reflexiones
Me pongo por demás impertinente;

Y así, dejando aparte mis quebrantos,
Que al fin son los quebrantos generales,
Y extenso asunto dieron á los cantos
De otros poetas buenos y fatales;

Volvamos á la historia del rey moro,
Que se reclina en brazos de su amada,
En un lecho de púrpura y de oro,
Por el amor la frente iluminada;

Que bebe amor en el ardiente beso
De los intactos labios de la bella;

Que respira el suavísimo embeleso
Que derraman los genios sobre ella;

Que su pequeñez cambia y su gordura
En forma esbelta y talle de gigante,
Y que ostenta la mágica hermosura
Que el entusiasmo presta á su semblante.

Entusiasmo que el ánima encendía
Por Fátena (que así llamarla hizo),
En un amor del cual la musa mía
Pintar no sabe el celestial hechizo.

Junto á Fátena, linda, encantadora,
Gozó el buen Yahye aquella noche... Un velo
Echemos á sus goces.—Ya la aurora,
De escarlata y zafir tiñendo el cielo,

Con los dedos de rosa, del oriente
Las áureas puertas á la luz abría,
Y aun Yahye de su bien lánguidamente
Entre los brazos cándidos dormía.

Á turbar vino entonces su sosiego
De las trompas el bélico sonido;
Despierta, y ve á una diosa, que de fuego
Lleva el robusto corazón ceñido.

En pos de ella camina de guerreros
Gran multitud, que anuncia desventura

Y perdición á Yahye; sus aceros
Deslumbran como lampo en noche obscura.

Unos montados van á la jineta,
Y la aljaba, al trotar, suena terrible,
Y es de junco la rápida saeta,
Y es el arco de búfalo flexible.

Otros llevan fortísimos broqueles,
Hachas y agudas lanzas; como espumas
Del mar blancos turbantes y alquiceles,
Y en el yelmo un airón de rojas plumas.

Bravos muslimes son, y los pendones
Siguiendo del monarca granadino,
Caballeros en árabes bridones,
Enderezan al valle su camino.

Ya aquellas altas cumbres se veían
Con los altos turbantes coronando,
Ya en el seno del bosque se perdían,
Cual rápido torrente penetrando.

La Fama los guiaba, y de Granada
Iba en pos el monarca poderoso.
De Fátena su alma enamorada,
Anhelaba robársela á su esposo.

Lo siente Yahye, y con tremenda saña
Arde su pecho y con celosa ira,

Desciende al punto armado á la campaña,
Y al enemigo, que se acerca, mira.

Sus escasos soldados junta luego,
Y camina á buscar los invasores,
Con roncas voces y despecho ciego
Llamándolos infames y traidores.

Éstos se acercan ya, que por el llano
Raudos galopan con horrible estruendo,
El duro hierro en la homicida mano,
Con el polvo la luz obscureciendo.

Espesos los cerrados escuadrones
Cual las hojas de otoño, y tan ligeros,
Que el belicoso ardor de los bridones
No pueden refrenar los caballeros.

Y ya corrían con las riendas sueltas,
Formando viva y caprichosa cinta
De las veredas por las muchas vueltas,
Que ornaban flores de color distinta.

Las plumas y el acero refulgente
Parecían del sol á los fulgores,
Un ancho arroyo de metal candente,
Que en pos arrastra pintorescas flores;

Ó sierpe en cuyos lomos plateados
Se dibujaban como claro espejo

Prodigiosos fantasmas agitados,
De la mente de un mágico reflejo.

Y Yahye, colocado en una altura
Con un puñado de vasallos fieles,
Los aguardaba con marcial bravura,
Como acosado lobo á los lebreles.

En aquel punto despertó la hermosa
Del apacible enamorado sueño,
Y al sentir la algarada temerosa,
Buscó en vano los brazos de su dueño.

Al cielo alzó las manos suplicantes,
Y ya en pos de su amor corriendo iba,
Cuando ancianos y vírgenes é infantes
Hallaron á la bella fugitiva.

Y un anciano (Ben-Hud llamado era,
Que en la gente zeneta origen tuvo,
Y en sus canas mostraba y faz severa
La experiencia y los años) la contuvo;

Y ahogado por las lágrimas su acento,
Así la dijo: „¿Dónde vas, Sultana?
Huir no puedes; el bárbaro violento
Nos cerca por doquier con furia insana.

"Detrás de cada roca hay un soldado,
Y sigue de Granada la bandera,

Como los copos del invierno helado,
Hueste que cubre el valle por doquiera.

"Mas que tu esposo vencerá te auguro;
No te aflijas, hurí, porque ya el cielo
Á castigar dispónese al perjuro
Que el Islam vende, y huella nuestro suelo;

"Al perjuro Alhamar, que, de Castilla
Siervo, su alcázar y potencia nueva
Sobre un monte de escombros de Sevilla,
Amasado con lágrimas, eleva.

"Ven, pues, hermosa Fátena conmigo;
Verás desde la torre que corona
La fértil vega, en un seguro abrigo,
El triunfo con que Alá nos galardona."

Así, para calmar á la extranjera,
Dijo, y ahogó su llanto el triste anciano,
Enjugando la lágrima postrera
Con el revés de la rugosa mano.

De espanto llena, en la terrible duda,
Luchando entre esperanzas y temores,
Siguió á Ben-Hud, acongojada y muda,
La que nació del cielo y los amores.

Y todos los ancianos la cercaban,
Su gracia celebrando y su belleza,

Y mientras que á la torre caminaban,
Así decían con gentil grandeza:

„Combatir en verdad que no es extraño,
Por causa de tan mágica hermosura;
¿Qué vale, en parangón de bien tamaño,
De una vida tranquila la dulzura?

"Si la vejez no hubiese destruído
Con su soplo fatal la fuerza nuestra,
Los primeros hubiéramos salido
Á combatir en la marcial palestra."

Sobre la torre ya, todos los ojos
Fijábanse en la dama, y el aliño
De su beldad trocaba los enojos
En dulces muestras de cordial cariño.

Porque no hay alma, por feroz que sea,
Que amor no inflame al contemplar lo bello,
Y en ese mismo amor, que la recrea,
De su divino ser siente el destello.

La batalla á mirar se disponía
Fátena, de dolor transida el alma;
Ancianos y mujeres allí había,
Pero reinaba aterradora calma.

Cual las matronas de Ilión famosa,
Trémulos esperaban el encuentro,

Y más que todos, la Sultana hermosa,
Puesta de los ançianos en el centro;

Aunque sin culpa, semejante á Elena,
Que, colocada sobre el muro pardo,
Miró luchar en la campiña amena
Al rubio Atrides y al pastor gallardo.

En esto ya del Nazarita altivo
Cerca la hueste, resonó la trompa,
Y aquel raudal de acero, ardiente y vivo,
Se quedó inmóvil con guerrera pompa.

Mas duró poco el lúgubre sosiego;
Demandó el Granadino á la Sultana;
Yahye se la negó; las huestes luego
Se encontraron con furia sobrehumana.

Y de los dardos matadora nube
Formaron; Azrael volaba en ella,
Y con sus negras alas el querube
Trajo la muerte á la pradera bella.

En la doblada plancha del escudo
El hacha resonaba; tristes ecos
El clangor bronco del clarín agudo
De los peñascos despertó en los huecos.

Yahye, entre tanto, con valor sublime
La muerte por do quiera difundía.

„¡Oh, con qué acierto destructor esgrime
El fulminante acero en este día!

„¡Oh, qué valiente! Su terrible espada
Se abre camino por la hueste fiera
(Exclamaba Ben-Hud); de esta jornada
Se admirará la gente venidera."

Y Fátena miraba, y conocía
Entre la turba á Yahye, que en el seno
De la enemiga gente combatía,
De polvo y sangre y de coraje lleno.

Mas ¡oh dolor! que en medio de su gloria
Un dardo á herirle por el aire vino,
Que para arrebatarle la victoria,
Contra su seno dirigió el destino.

El dardo matador entró en su seno
De peto y espaldar por la juntura,
Y Yahye vino á tierra como el trueno,
Al caer resonando la armadura.

Fátena, al verle así, perdió sentido,
Y sus divinos ojos se velaron
Con nube de dolor. Hondo alarido
De espanto sus vasallos exhalaron.

Creyeron muerto á Yahye, y á la huída
Cobardes entregándose, la espada

Dividió sus gargantas, y la vida
Perdieron, y la gloria codiciada.

Así de Yahye se eclipsó la estrella,
Así triunfó el monarca granadino,
Cayó en sus manos Fátena la bella,
Se rindió todo á su feliz destino.

Pero no; que de amigos corto bando
¡Tanto puede el esfuerzo del que ama!
Seguían de Yahye en torno peleando
Con el ardor de destructora llama.

No dejarle jamás jurado habían,
Y antes mil veces perecer primero,
Y cercándole todos, resistían
Cual firme muro de crujiente acero.

¡Cuán difícil romperle! Ya la tierra
De cadáveres llena se mostraba,
Y en sangre tinta, cual la yerta sierra
Que el volcán cubre de encendida lava;

Mas la muerte cruel sobre ellos vino
Del amigo valientes defensores,
Y ya hasta Yahye abríanse camino
Para matarle al fin los invasores;

Cuando las hadas, cual ligera flecha,
Rompiendo el aire, á Yahye se acercaron,

Y en una nube, por encanto hecha,
Llevándosele oculto, le salvaron.

Y entonaron un himno misterioso,
Que sólo con el alma oyó el herido;
Himno que nunca el viento vagaroso
Llevó de los mortales al oído.

IX.

„Yahye, tú morir no debes;
En vano la muerte imploras.
¿Por qué débilmente lloras
¡Oh Yahye! por la mujer?
¿Por qué materializaste
Esa beldad peregrina,
Que en tus ensueños creaste
Sin llegarla á comprender?

„¿Por qué nos rogabas tanto
La robáramos del cielo?
¿No pudiste en raudo vuelo
Tú mismo el éter cruzar,
Y abrazándote á la idea
En su pristina hermosura,
Fuera del mundo, en la pura
Región del alma morar?

„Tú, que esa idea sentiste
De tu ser en lo profundo,

¿Cómo quisiste en el mundo
Darle un efímero ser?
El progreso de esa idea
Al tiempo sin fin excede;
El universo no puede
Su grandeza contener.

„Cual de un germen solo acaso
Dimanan las crïaturas,
Cual se cifra en diez figuras
La infinita cantidad;
De la perfección suprema
Y la hermosura increada,
En esa idea, cifrada
Tuviste la inmensidad.

„Y aunque el objeto inefable,
De que la idea es emblema,
Y su perfección suprema
El mundo no guarde en sí,
Siempre por el portentoso
Y fecundo movimiento
De tu propio pensamiento
Pudiera nacer en tí.

„Mas tú la idea creadora
En el pecho ahogaste, cuando
Al nacer la ibas velando
De una forma material.

Pigmalión á su estatua
Dió aliento, vida y sentido;
Mas tú en fango has convertido
La hermosura celestial.

„Indeterminada y vaga,
Pura la idea en tu mente,
Hubiera sido la fuente
De la eterna beatitud:
Desdoblándose en tu pecho,
Mayor que el mundo te hiciera;
Libre de forma, te diera
Toda plasmante virtud.

„Como el escultor pagano,
El mármol animarías;
Como Salomón, sabrías
Los enigmas descifrar
Del lenguaje de las aves
Cuando cantan sus amores,
Del perfume de las flores,
De los bramidos del mar.

„El misterio alcanzarías
Del que en varios caracteres
Unidos forman los seres
Jeroglífico inmortal;
Cábala maravillosa
Que abarca toda la idea;

El que la comprende crea
Un universo ideal.

„¡Ah! tú no puedes crearle;
Desechaste el germen puro,
Interrumpiste el conjuro,
Turbaste la evocación;
Mas el amor que en tí vive
Por la idea no entendida,
Da un alto fin á tu vida
Y una sublime misión.

„Eres semejante al alma
De amor al Amor objeto,
Que en un consorcio secreto
Pudo gozar del Amor,
Y que gozarle tan sólo
Sin conocerle no quiso,
Y perdió su paraíso
Por un acto de valor.

„En un palacio encantado
La venturosa vivía,
Y gozaba y poseía
Toda riqueza y placer.
Á su seno, entre las sombras,
Amor venía rendido;
Mas el bien desconocido
Ella quiso conocer.

„Y le vió hermoso y desnudo
Sobre el tálamo de amores,
Con alas de mil colores
Y el aspecto juvenil;
La cabellera de oro,
La tez de rosas y nieve,
Blanca la mano, el pie breve
Y la estatura gentil.

„Era fuerte cual los dioses;
Como niño, delicado,
Y dormía enamorado
Soñando dichas de amor;
De sus labios entreabiertos
Brotaba aliento divino;
Nardo y claveles tan fino
Jamás exhalan su olor.

„Jamás tan gallardo esposo
Desciñó en la noche obscura
El cinto á la virgen pura
En la cámara nupcial;
Jamás tan raro deleite,
Jamás ventura tan viva
Gozó criatura cautiva
Del sentido corporal.

„Mas el Amor, despertando,
Al mirarse descubierto,

Trocó el palacio en desierto
Y hasta el empíreo voló.
Y ella, el alma, le buscaba,
Y desolada gemía,
Y mil tormentos sufría
Y por mil pruebas pasó.

„Y pura y santa por ellas
Cumplió su noble destino,
Y así del esposo vino
De nuevo á ver la beldad;
Y al verla, conoció que era,
No ya de forma velado,
Ilusión lo que había amado,
Lo que amaba realidad.

„Yahye, vive, alienta; el mundo
Recorre en pos de tu amada,
Pues limpia y transfigurada,
Cual el matutino albor,
Volviendo á verla, con ella
Vivirás eternamente,
Sin agotarse el torrente
De tu amor y de su amor.

„Serán tus penas profundas,
Que no remedie la ciencia,
Enigmas de la existencia
Que resuelva la pasión.

Vive, pues; aliento grande
Da á tu pecho y energía;
Mucho debe todavía
Combatir tu corazón."

X.

Pienso que así las hadas cantarían,
Pues nadie las oyó, cual llevo dicho;
Y supongo también que volarían
Por donde las llevase su capricho.

Y llegaron á un sitio misterioso,
En el cual sanó Yahye de la herida,
Para continuar su borrascoso
Viaje por la senda de la vida.

Entre tanto el monarca sarraceno,
Vencedor del valiente Yahye, diera
Sobre la torre al céfiro sereno
Por agradable juego su bandera.

Á los que se salvaron de la espada
Súbditos de su cetro los hacía,
Á par que de la tierra conquistada
Lo más pingüe á su gente repartía.

Mas á pesar de tanta desventura,
No perdió su beldad aquella tierra;
Y aun hoy salud, riqueza y galanura
Entre sus peñas áridas encierra.

„El valle de Lecrín“ le llamó el moro,
Porque allí alegremente se respira;
Aun conserva este nombre, y un tesoro
De fértil hermosura allí se admira.

Allí crecen la vid y el limonero,
En la enramada canta Filomena,
Á Flora besa el aire lisonjero,
Y la tórtola fiel dice su pena.

Allí las dulces limas, las naranjas
Y el vino y el aceite se producen,
Y en el monte formando verdes franjas,
Robles, castaños y azofaifos lucen.

Su nido en las paredes y en las peñas
Suspende allí la errante golondrina,
Y en los copudos álamos y albeñas
La torcaz gime y la calandria trina.

La mosqueta, el tomillo y la viola
Tienen el fresco ambiente perfumado,
Y el trébol, la verbena y la amapola
De púrpura gentil bordan el prado.

Prometen rico y sazonado fruto
Los manzanos en flor y los nogales,
Y da el arroyo al valle su tributo,
En brazos mil partiendo sus raudales:

Ciñen la margen por do el paso tuerce,
En venas fecundantes, mejorana,
Mastranzo, torongil, fragante alerce,
Mimbres y almendros con su flor temprana.

Y brinca el agua, y la ladera cruza,
Y con grato rumor mueve el molino,
Y en diamantes la rueda desmenuza
Y difunde el tesoro cristalino.

Vagos iris en fuentes y cascadas
Pone el radiante sol, que las colora;
Invisibles allí tal vez las hadas
Aun tienen su mansión encantadora.

¡Ay, cuántos de deleite y de ventura,
Que nunca volverán, risueños días,
Pasé vagando á pie por la espesura
De las florestas de Lecrín sombrías!

Y vosotros, queridos compañeros,
que aquella expedición también hicisteis
Con vihuelas y flautas y panderos,
Decid, decid lo que en el valle visteis.

¡Qué lindas las muchachas de la aldea!
¡Cómo de nuestro canto se alegraban!
Ninguna era gazmoña ni era fea;
Todas alegremente nos trataban.

De la puerta al umbral ora venían,
De heliótropo y de hiedra coronado;
Ora por vernos al balcón salían,
De oliva ó palma vencedora ornado.

Ya el lindo juvenil rostro moreno,
Á la voz de „estudiantes“ asomaban
Al ajimez angosto sarraceno,
Que rosas y albahaca perfumaban.

Pero dejemos ya las digresiones,
Que no tocan ni atañen á esta historia,
La más rara entre cuantas tradiciones
Guarda allí el campesino en la memoria.

Una noche sentado en la cocina,
Escuché, de la venta de Tablate,
Á una vieja la historia peregrina
Que narro, aunque parezca disparate.

Y bien recuerdo que añadió la anciana,
Al llegar á este punto de su cuento,
Que en una cueva del lugar cercana
Durmiendo Yahye, se curó al momento.

Dejémosle curarse descansando.
Yo, entre tanto, lector, perdón te pido,
Y descanso también, sólo anhelando
Que te parezca el cuento divertido.

Y la primera parte aquí concluyo;
Y si no te disgusta, te prometo
Que, para gloria mía y gusto tuyo,
He de escribir el cuento por completo.

Madrid, 1846.

DESENGAÑO

Pasaron ya los días
En que la dulce lumbre de tus ojos
Bebí, señora, y respiré tu aliento:
Ya las enamoradas alegrías
Que me inspiró mi altivo pensamiento
El desengaño convirtió en enojos.
Mi tierno corazón te amaba tanto,
Era tan noble y santo
Aquel amor divino
Que dentro de mi pecho se agitaba,
Que me juzgaba dino
De que me amaras como yo te amaba.
¡Ay! Yo pensé que el fuego delicioso
Que de tus ojos brota
Era fuego de amor y no veneno;
Yo lo bebí gozoso
Y toda su ponzoña gota á gota.

Madrid, 1846.

LA INSPIRACIÓN

En el silencio de la noche, cuando,
Oculto en mi retiro,
El bullicio del mundo recordando,
Con paso incierto por la estancia giró;
Cuando de mi existir triste lamento
La agitación ansiosa,
Y de mi alma el hondo pensamiento
En nada se reposa,
Arrastrado en la rápida corriente
De la pasión ardiente
Que alma, entusiasmo y juventud marchita;
Cuando de amargas penas la memoria
Estremece mi ser, y por la gloria
El corazón palpita,
En delirios el alma se desvela
Y se place en crear, si la lozana
Palma lograr anhela,
Locos ensueños de la edad temprana.
¡Ay!, en esas fantásticas creaciones
De espantosa locura
¡De cuántos juveniles corazones
La enérgica pujanza no se apura!

Y yo también, en mi delirio loco,
Mísero, al par que mi impotencia toco,
Hago girar con delirante anhelo,
Agitando mi frente con su vuelo,
La esperanza ligera.
Nuevo Colón, quisiera
Lanzarme al mar y descubrir un mundo,
Romper, como Temístocles, la flota
Del enemigo bárbaro, la esfera
Celeste contemplar, y más profundo
Que el grande Newton, de la fuerza ignota
Que hace rodar un astro en el vacío,
Investigar las causas y las leyes;
Con insolente brío
Levantarme hasta el trono de los reyes,
Llevar la religión á extraños climas,
Civilizar las bárbaras naciones;
Ó de los Alpes las nevadas cimas
Coronar con mis bélicas legiones;
La esencia analizar del ser eterno
Llegando donde asienta los querubes
En torno de su solio;
Como Orfeo, bajar hasta el Averno,
Cual Ícaro, volar sobre las nubes;
Subir al Capitolio
Ó arrojarme en el cráter del mugiente
Volcán, á semejanza
Del sabio de Agrigento, arrebatado

Por la loca esperanza
De parecer un dios. Entusiasmado
El juvenil espíritu desea
Lo imposible tan sólo, que se lanza
En los mundos fantásticos que crea.
Y en ellos fácilmente
Conseguir piensa su grandioso anhelo
Y tocar con la frente
En la redonda bóveda del cielo.
Y después de este arranque de grandiosa
Fiebre, el alma profana
Tal vez ofende á la deidad y osa
Insultar su justicia soberana;
Deshecha la ilusión, rota la venda
De su falaz pujanza
Y sin dejar al corazón que prenda
Ni una flor de su seno la esperanza.
Y maldice el deseo
Que la agita con ímpetu gigante
Sin hallar digno empleo
Á poder tan enérgico bastante.
Mas no, nunca mi lengua
Maldecirá los fallos del destino.
Si de mi anhelo en mengua
No la alta gloria su inmortal camino
Presta á mi ardor, ¿qué importa?
Injusta á veces su laurel reparte;
Y á veces mi endiosada fantasía

En la belleza absorta
Del hacedor de la creación, del arte,
Del amor y la mágica poesía,
Olvida su tormento
Llena de grande y de divino aliento
Y entonces, ¿qué me valen la corona,
El cetro de marfil, el lauro de oro,
El popular aplauso y el sonoro
Cántico eterno que la fama entona?
Nada son para mí: su aliento puro
Vierte la inspiración sobre mi alma
Que, dando á mi dolor plácida calma
Tiende su vuelo al inmortal seguro.
Y siento aquí en mi seno
Una llama mortal que me devora,
Mi altiva frente su esplendor colora
Y un dios me juzgo, de entusiasmo lleno.

Madrid, 1847.

DESPEDIDA

Voy á partir: mi corazón te dejo;
Es tuyo, bien lo sabes, dueño mío.
Hoy, que de tí me alejo,
Del corazón en cambio, sólo ansío
Una tierna mirada
Que vivifique el alma enamorada,
Cual las líquidas perlas del rocío
El cáliz de las flores.
Y si no son, Señora,
Dignos de premio tanto mis amores,
El corazón me vuelve que te adora.
Mas no; lejos de tí ¿cómo pudiera
Vivir el corazón? Si hasta tu altivo
Mirar le inspira plácido contento,
Antes que lejos de su amor se muera,
Quiero que aliente en el Edén cautivo
De la hermosura tuya y mi tormento.

Madrid, 1847.

GRANADA Y NÁPOLES

Hurí de las flores,
Hermosa Granada:
Tu Alhambra dorada;
El Darro, el Genil;
Tu densa floresta,
Tus mil ruiseñores,
Magnífica orquesta,
Sonoro pensil;

La cima del monte,
Alcázar de nieve,
El vago horizonte
Del llano feraz;
El plácido y leve
Murmullo del río,
Del *Carmen* sombrío
El grato solaz;

Los verdes peñones
Del alta Alpujarra,
Las tiernas canciones
Del pueblo andaluz,

La forma bizarra
Que ostentan sus bellas,
Pues Dios vierte en ellas
Su graçia y su luz,

Jamás mi memoria
Dar puede al olvido;
Granada es mi gloria,
Mi dicha está allí.
Si aquí siempre brilla
El suelo florido,
Mayor maravilla,
Granada, hay en tí.

Regalo de Flora,
Sultana divina
Que el alma enamora,
Paraiso de amor;
Mansión peregrina,
Do exhalan más suaves
Sus trinos las aves,
Las rosas su olor.

No logra la cumbre
Del Vómero verde,
No debe la lumbre
Del rojo volcán
Tener tal encanto,

Sublime ser tanto
Á quien te recuerde,
Granada, en su afán.

Posílipo altivo
Al monte no iguala,
Do luce su gala
La Alhambra gentil,
Ni al valle encantado
Que cruza cautivo
El Darro, ni al prado
Que riega el Genil.

Las costas amenas
El golfo duplica,
En él las sirenas
Suspiran de amor;
Le ciñe cual rica
Pomposa guirnalda,
Cual limpia esmeralda,
La playa en redor.

Con grandes memorias
El alma se inspira;
Aquí las historias
Que Homero cantó,
Aun vivas recuerdas;
Aquí de su lira

Las mágicas cuerdas
Virgilio pulsó.

Mas yo, mi Granada,
Prefiero tus flores,
Tu Alhambra dorada,
El Darro, el Genil,
Tu densa floresta,
Tus mil ruiseñores;
¡Magnífica orquesta!
¡Sonoro pensil!

Nápoles, 1847.

NOCHE DE ABRIL

Es ya tarde: bate el sueño
Sobre la ciudad sus alas,
En el silencio sus galas
Muestra la noche gentil;
Abren su seno las flores
Al rocío transparente,
Y se respira el ambiente
Perfumado del Abril.

En Nápoles, en las noches
De primaveras serenas,
Vierte por todas sus venas
Naturaleza su amor;
Y es el silencio armonía,
Bálsamo el aire, las flores
Ninfas, las sombras colores,
Y los claros resplandor.

Y todo vago, indeciso,
Dulcemente se confunde,
Y melancolía infunde
Tan suave al corazón,

Que en la atmósfera mecido
De sus sueños se recrea,
Gira y corre distraído
De ilusión en ilusión.

No va el silfo más ligero
En un rayo de la luna;
Ya acaricia lisonjero
Con sus besos una flor;
Ya en la límpida laguna
Forma un riel de topacio,
Ya perdido en el espacio
Se disipa cual vapor.

Nápoles, 1847.

Á LA REINA DE LOS POLLOS

Nunca puedo olvidarte, Paca mía;
Ni la beldad de la Campania amena,
Ni la rica ciudad que tuvo un día

Nombre de la dulcísima sirena
Á quien un golfo dió tumba sonora,
Pueden del alma mitigar la pena.

Los celos luego aumentan mis pesares.
¡Oh, quien pudiera convertirse en zorra
Para devorar pollos á millares!

La idea de los pollos no se borra
De mi memoria. ¡Pollos atrevidos,
Á quienes el amor nunca socorra!

Pudieran recoger los esparcidos
Granos de trigo, pero no la perla,
Que no es pasto de pollos presumidos.

Perla divina es tu beldad; al verla,
Se turba la razón, nace el deseo;
¡Venturoso quien pueda poseerla!

Ya que los dulces sentimientos leo
Del tierno pecho, en tu serena frente,
¡Que amar no puedes á los pollos creo!...

Que te cansa, si sufres indulgente
El monótono y ronco pío pío,
Con que explican su amor continuamente...

Mas sé que te divierte, *bijou* mío,
El verte de continuo circundada
De pollos mil que lloren tu desvío.

Y de dudas el alma conturbada
Aun á pesar de lo que he dicho, temo
Verte de alguno al fin enamorada...

Para evitar tan doloroso extremo
Satisfaciendo tu afición pollesca
(Hallar no logro consonante en emo).

Pollos te mando de invención tudesca,
Que ni pían, ni piden cosa alguna,
Que todos te amarán sin armar gresca.

Con ellos te divierte; á la importuna
Turba de mozos que te cerca ora,
Anhelante de erótica fortuna.

Mandando á pasear; al fin la hora
Llegará de mi vuelta, y á tus plantas
Pintaré la pasión que me devora.

Mientras, en medio de revueltas tantas
Como agitan la Europa, en el tirano
Bombardeo de Génova, en las santas

Cercanías de Roma, en el lejano
Bósforo resonante, y en la tierra
De que triunfó nuestro andaluz Trajano,

Me hizo y hace, y hará continua guerra
El recuerdo fatal de tu hermosura,
Que tal encanto misterioso encierra...

Adiós, hasta la vuelta, mi ternura
No padece en ausencia algún desmayo,
Siempre es igual, eternamente dura.
Nápoles veinte del florido Mayo.

Nápoles 1847.

A ROJANA

> Cuando yo me muera
> Dejaré encargado
> Que con una trenza
> De tu pelo negro
> Me amarren en las manos.
>
> *Copla de playera.*

Es mi anhelo vivir siempre contigo,
Oir tu dulce y regalado acento,
Mirar tus ojos, respirar tu aliento,
Sin rival de mi dicha, ni testigo.

Yo tanto bien, Rojana, no consigo,
Mátame, pues, y acabe mi tormento;
Mas al verme morir, por un momento
Une tu labio al labio de tu amigo.

Pensando en esta dicha que me espera,
Si mi llanto y mis ruegos no son vanos,
Con la esperanza de morir me alegro.

¡Cuán supremo deleite yo sintiera
Si me amarrasen, al morir, las manos
Con una trenza de tu pelo negro!

Nápoles, 1848.

A LUCIA.

I.

Cuando por vez primera
Amor sintió mi alma, ricas galas
Le dió la juventud, y de ligera
Luz á mi corazón brotaron alas
Para que en pos de su ilusión corriera.

Como vierte la aurora su rocío
Dentro del cáliz de las nuevas flores,
Prestándoles aromas y frescura,
Así en el pecho mío
Ternura y fe pusieron los amores.

Y la fe y la ternura,
Que hicieron de mi pecho su morada,
Al alma enamorada
Infundieron un vago dulce anhelo,
Fuego á mis venas, sueños á mi mente,
Con el fulgor riente
Embellecidos de ignorado cielo.

Y busqué en el concepto majestuoso,
Que nace de la cósmica armonía,
Aquel cielo de amor, puro y hermoso,
Objeto del amor que yo sentía.

¡Ay! Yo no comprendía
Del universo el admirable arcano,
Símbolo y forma del pensar divino,
Trasunto de su incógnita belleza;
Mas, cual en terso espejo cristalino,
Me mostraba doquier naturaleza
Mi propio corazón, tierno y ufano;
Y presté sentimiento y dí ternura
Á las flores, al aura, á las estrellas,
Y de mi propio amor y su hermosura
Enamoréme, enamorado de ellas.

Ora la imagen del amor no veo,
Que era objeto ideal de mis amores;
El cristal empañé, sequé las flores,
Y á la ilusión sobrevivió el deseo.
Y pensando que fuera
El ser que me enamora
De la imaginación dulce quimera,
Que la Poesía manifiesta y dora,
Dí vida, amor y cuerpo á la Poesía;
Pero no hallé la luz del alma mía.

¿Dónde estaba su luz? Amante, ciego,
La busqué y no la hallé. Corrió perdida
El alma en busca de ella
Por el áspera senda de la vida.
Al fin la llama rutilante y bella,
De tus divinos ojos desprendida
Hirió del alma la tiniebla obscura,
Y bendije, al mirarla, mi destino,
Y pensé que la luz de tu hermosura
Me mostraba el camino
Del cielo que soñé. Nunca mi mente,
En el delirio ardiente
De amor que la cautiva,
Vistió de mayor gloria
La maga de sus sueños ilusoria,
De sus amores la deidad altiva.

Tus sienes circundó la inteligencia
De resplandor; pusieron los amores
En tus labios esencia
Y fresca miel de delicadas flores;
La rara discreción puso en tu boca
Alto discurso, y el amor su acento:
Éste sueños dulcísimos evoca,
Aquél eleva al cielo el pensamiento.

Te contempla mi espíritu arrobado,
Y para siempre olvida

Las vanas sombras que adoró engañado,
La ilusión grata que lloró perdida.
En tí adoro, bien mío,
La realidad del sueño,
Tormento y gloria de mi edad primera.
¡Qué pálido mi sueño y qué sombrío,
Con el lampo risueño
Al compararse de tus ojos fuera!

Tus ojos son mi luz: mi alma recibe
La inspiración en ellos,
Y aprisionada vive
En la crencha gentil de tus cabellos.

No ya mi corazón de sus despojos
Viste los seres que adoró algún día;
Eres tú, con la lumbre de tus ojos,
Quien da precio y bondad al alma mía,
Do se retratan tu donaire y gala.
Y tan rica con esto me parece,
Que á su deseo su valor iguala,
Y hasta imagino que tu amor merece.
Ámame: á suplicártelo me atrevo;
Si no es digno de tanto quien te adora,
De tu misma hermosura te enamora,
Que aquí, en el alma, retratada llevo.

II.

Que no comprendes pienso
Este cariño intenso,
Esta pasión que el alma me devora.
¿Por qué me dices que te olvide, y quieres
Que busque en el amor de otras mujeres
El encanto ideal que me enamora?

Antes de conocerte, al alma mía
Fué necesario amar, y yo sentía
Todo el tormento del amor. Sed era
De un deleite del cielo,
Que el alma acaso percibió en su vuelo,
Antes que forma terrenal vistiera.

¡Ay! En el mundo quiso
Hallar mi corazón de sus amores
El ameno perdido paraíso;
Y el alma joven, de ilusiones llena,
Dió luz al mundo, aromas y colores,
Y coronó de imaginada gloria
Y vistió de hermosura
Á los seres que amó; con honda pena
Desengañóse al fin, su galanura
Al mirar ilusoria.

Y aun adoró la voluntad, y nada
Hallar podía que adorar pudiera.
Pero te ví, y el alma enamorada
Se sintió enternecida,
Cual si un recuerdo de tu luz tuviera;
Un recuerdo lejano
De otra esfera quizás ó de otra vida.

No ya por el encanto soberano
Te recordé del rostro; por aquella
Sublime conmoción del alma siento
Que te reconocí, cuando tu acento
Dulcísimo escuché, señora bella.

De tus ojos al ver la luz hermosa,
Entre su llama eterna mariposa
El alma tuya ardía,
Y recordarla pudo el alma mía.
En un mundo mejor ambas se amaron,
Y también recordaron
De sus santos amores la ventura
Y conocí que eras
Realizada ilusión de mi ternura.
¿Cómo tu labio pide,
Cuando son nuestras almas compañeras,
Que la mía te olvide?

Por el camino de la vida, errante
Tú también como yo, gustaste el fruto

Del desengaño amargo;
Grave dolor tu espíritu anhelante
Postró por fin, y le vistió de luto,
Y al débil corazón hundió en letargo.
Débil el corazón de las mujeres
Es al dolor: anhela su reposo
Guardar el tuyo, y creo
Que más infeliz eres
Con tu sosiego fúnebre y odioso
Que yo en la agitación de mi deseo.

Nápoles, 1848.

A LUCÍA.

SONETO.

Del tierno pecho aquel amor nacido,
Que en él viviendo mis delicias era,
Creció, quiso del pecho salir fuera,
Pudo volar y abandonó su nido;

Y no logrando yo darle al olvido,
Le busqué inútilmente por doquiera,
Y ya pensaba que en la cuarta esfera
Se hubiese al centro de la luz unido,

Cuando tus ojos ví, señora mía,
Y en ellos á mi amor con mi esperanza,
Y llamándole á mí, tendí los brazos;

Mas él me desconoce, guerra impía
Mueve en mi daño, y flechas que me lanza
Hacen mi pobre corazón pedazos.

Nápoles, 1848.

SOBRE LA PRIMERA PÁGINA

DE UN EJEMPLAR DEL „ORLANDO“.

Veréis en estos cantos, dulce hechizo,
De cuantos males el amor es fuente,
Con un igual amor si no se paga;
Veréis á Orlando, por amor demente,
Cuántas locuras hizo,
Ciego amador de la chinesca maga:
Acaso aprenderéis á ser piadosa,
Ya que sois tan hermosa,
Que la envidia de vos la mataría,
Si Angélica viviera todavía.

Desde que ví vuestros divinos ojos,
Como Orlando, también perdí el juicio,
Y no tengo otro oficio
Que sentir celos y calmar enojos.
¡Ay! La mente de aquel halló en la luna
Astolfo; si la mía, por fortuna
Enemiga, el amor llevó tan alta,
Vano por recobrarla es mi desvelo;
¿Del juicio en busca, que por vos me falta,
Chi salirà per me, Madonna, in cielo?

Mas yo sé que mi mente enamorada
Ni á la luna se fué ni al paraíso;
Que vive aprisionada
Ne' bei vostri occhi e nel sereno viso;
Vagando va por la cintura leve
Y la crencha olorosa,
Ó fatigada, acaso se reposa,
En el seno de nieve,
Do un instante dormida,
Á cogerla de nuevo me convida,
Ed io con queste labbia
La corrò, se vi par ch'io la riabbia.

Nápoles, 1849.

DEL AMOR.

El Amor, hijo del cielo,
Vida latente del mundo,
Germen de luz y fecundo
Manantial de consuelo,
Tiende muy alto su vuelo,
Y sobre los astros mora,
En región encantadora,
De la tierra tan lejana,
Que á veces la mente humana
Donde vive Amor ignora.

Mas hay otro amor terreno,
Que de amor usurpa el nombre,
Y ofrece, traidor, al hombre,
En vez de néctar, veneno;
Amor de malicia lleno,
En cuyo engañoso altar
Va el corazón á inmolar
Por un sueño su ventura;
Rico sueño mientras dura,
Horroroso al despertar.

Para vencer de este amor
Enemigo la influencia,
No se conoce otra ciencia
Que ir en busca del mejor;
Y como en tan superior
Esfera culto recibe,
Sólo al alma que concibe
La perfección de su ser,
Alas le pueden nacer
Para volar donde vive.

Un alcázar peregrino
Tiene en el mundo ideal,
Fundado sobre el raudal
Del pensamiento divino;
En fulgente torbellino,
De los seres tipos bellos
Le circundan, y destellos
Lanzan tan vivos, que ansiosa,
Cual amante mariposa,
El alma se abrasa en ellos.

Los santos y los cantores,
De la tierra ejemplo y pasmo,
Bebieron el entusiasmo
En sus puros esplendores.
¡Este amor de mis amores
Origen era también!

¡Ay! Yo soñaba un Edén
De mi voluntad sustento;
Hoy niega el entendimiento
Este soberano bien.

Del bien supremo el olvido
Mató la esperanza mía,
Y aun en mi pecho existía
Un afán desconocido.
Quien este afán no ha sentido,
Lo que es padecer ignora,
Y cuanto el alma atesora
De dolor y angustia muda,
Si la inteligencia duda
Y la voluntad adora.

Nápoles, 1849.

Á CRISTOBAL COLÓN.

Et vidit Deus quod esset bonum.

Por tí en el alma entusiasmada siento
El estro hervir. Que llene de la fama
La voz, unida con mi voz, el viento,
Cuando en el mundo sin igual te llama:
Con tu fe presta al corazón aliento,
Y con tu ingenio mi palabra inflama;
Dame que arranque al libro de la historia,
Colón, un canto digno de tu gloria.
Mas, ¡qué miro! ¡oh, dolor! Lágrimas vierte
De profunda aflicción bella matrona:
Ciencia y poder le concedió la suerte,
Rico manto real, áurea corona:
Ora en su rostro el sello de la muerte
Grabado está, sus manos aprisiona
Cadena vil, y su fecundo seno
Cubren heridas que enconó el veneno.
Es Italia: del mundo fué señora,
Y ya postrada por el suelo gime;
Y ¿quién, ingrato, su beldad desdora,
Y su materno corazón oprime?

¿Quién el pasado beneficio ignora?
Como el sol ella alzándose sublime,
Enseñó á las naciones y á los reyes,
Ciencia, virtud y veneradas leyes.
   Desde el romano Capitolio fiera
El mundo dominó con sus legiones;
Alta maestra de las gentes era,
De profano saber dando lecciones,
Y presidió triunfante su bandera
El consorcio feliz de las naciones,
Del águila cambiando el signo vano
Por el signo de Cristo soberano.
   Si ya postrada en secular combate
La antigua gloria del poder latino,
El trono de los Césares abate
La ruda gente que del Norte vino;
Bajo la sacra enseña del rescate
Venciste, Italia, con valor divino
Á la barbarie, y en su horror profundo
Los restos del saber guardaste al mundo.
   ¡Ah!, ¿por qué glorias ínclitas evoco,
Que el revolver del tiempo ha disipado?
Modernas razas con orgullo loco
La madre insultan que les diera el hado.
Iba Italia á morir, y ya con poco
Aliento, el cetro y el blasón preciado
Á nuevos pueblos entregar debía,
Á quienes ya su luz sirvió de guía.

Las naciones adultas el tesoro
Quieren verter del alma inteligencia,
Y con sus naves por el mar sonoro
Llevar al Indo, cuna de la ciencia,
De los doctos bramines con desdoro,
Nuevas artes y mística creencia,
Que explica los misterios del Eterno
Y al monstruo humilla del profundo Averno.
Italia entonces se levanta, y mira
Al mejor de sus hijos; en su frente
Sagrada llama de entusiasmo espira,
Y de ciencia y virtud noble torrente:
Era Colón; ya en torno suyo gira
El genio creador, ya en su valiente
Corazón lleva el estupendo anhelo
Con que rasgó de la creación el velo.
Tú no quieres, Italia, que en mezquino
Círculo ruede la virtud eterna,
Que á los pueblos legaste, y que el destino
Con alto fin de perfección gobierna;
Á su ímpulso abres ya largo camino,
Y haces que el genio de Colón discierna
Un nuevo mundo, que sustenta ufano
En sus hombros el gran padre Oceano.
Mas ¿qué nación habrá de esfuerzo tanto,
Que la fe tenga que Colón desea,
Que preste auxilio al pensamiento santo,
Y la nueva verdad alcance y crea?

Postrada Italia en mísero quebranto,
¿Cómo pudiera dar cima á su idea?
¿Dónde hallar los enérgicos varones
Á tanta empresa dignos campeones?
  ¡Cuántos años de afán y de constancia
Gastó en su busca el genovés glorioso!
Mas ¡ay! que hallar no supo la ignorancia
Ojos con que mirar tanto coloso.
Le despreció la vanidosa Francia,
No le creyó el britano codicioso,
Y para realizar su pensamiento,
Quien careció de fe no tuvo aliento.
  Y allá en el fondo de su grande alma
El piloto inmortal sintió la fría
Mano del desengaño, que la palma
Iba á robarle que soñado había;
Mas la santa virtud sus penas calma,
Su corazón reviste de energía,
Y la esperanza baja desde el cielo
Á darle con su bálsamo consuelo.
  Y de trompas entonces y timbales
Magnífico rumor el mundo llena,
Rasgan el aire cánticos marciales,
Y el rudo choque de las armas suena;
En las tierras de Europa occidentales,
Sobre la orilla del Genil amena,
Tremendo lucha con la gente mora
Pueblo que el nombre de Jesús adora.

El pueblo de Sagunto y de Numancia,
Que, del amor de Cristo poseído,
Por siete siglos con sin par constancia
Su patria y religión ha defendido;
Libia mandó con bárbara arrogancia
Sus fieros hijos en raudal crecido,
Veces mil en su daño, mas, valiente,
Fué valladar su fe del gran torrente.

Sin la española fe y el heroísmo,
Los hijos de la ardiente Mauritania
Penetraran de Francia al centro mismo,
No hallando otro Martel en Septimania;
Y hasta hubiera abrasado el Islamismo
El corazón helado de Germania,
Si no suscita el español coraje
Dios, y salva su ley de tanto ultraje.

Cuando de Iberia la indomable raza
Va á poner fin á la feroz pelea,
Y el vigor con que el árabe rechaza
Ya en nuevos triunfos consumir desea,
Colón la causa de Castilla abraza,
Y por ella combate; que su idea
Secundar debe el gran valor de España
Sólo capaz de tan egregia hazaña.

Al Señor demos alabanza y gloria,
Pues dotó á España de la fe profunda,
Que hizo tan grande su sangrienta historia,
Y en beneficio de Colón redunda;

Y demos alabanza á la memoria,
Que nunca el tiempo en sus abismos hunda,
De la mujer divina cuya mente
Leyó del genio en la inspirada frente.
  Era un genio también. Joyas, aliento,
Vida da al genovés. Ya Colón vuela
Á preparar las naves que su intento
Han de llevar al término que anhela;
Ya se mira en el mar, ya empuja el viento
El lino de su rauda carabela;
Por incógnitos piélagos avanza,
Radiante de entusiasmo y de esperanza.
  Señala el rumbo, vence la tormenta,
Domina al viento, y de la mar sañuda
Doma el seno irritado que sustenta
Por la primera vez la carga ruda
De osadas naves: elocuente alienta
Á quien, temblando, de su suerte duda,
Y á Dios levanta el corazón sublime
Para que de su espíritu le anime.
  En sus esfuerzos últimos le guía
Un serafín de la estrellada esfera:
Pero ya nace el venturoso día,
Y el mundo alumbra que Colón espera:
Ya saludan con voces de alegría
Los marinos la mágica ribera,
Y de los montes el perfil colora
Y en el sereno azul pinta la aurora.

Colón entonces en el pecho siente
Dicha mayor que cabe en pecho humano:
Piensa tocar el cielo con la frente,
Ve temblar á sus pies el Oceano;
Y hasta imagina en la orgullosa mente
Ser creación de su ingenio soberano,
Y de su voluntad, la tierra ignota
Que del frío centro de los mares brota.
Mas rápido, cual cruza por el viento
Brillante aborto de encendida nube,
Se disipó su vano pensamiento,
Que del Averno le inspiró el querube;
Á Dios eleva con sumiso acento
Acción de gracias, que al empíreo sube,
Y de hinojos sus glorias y su ciencia
Humilla ante la sabia Omnipotencia.
Nunca, desde que al dar forma la mente
Del Eterno á su idea, la hermosura
Admiró de sus obras refulgente,
Tanto el Señor se complació en su hechura;
Vertió á raudales en la noble frente
Del que así le ensalzaba su luz pura;
Dirigió una mirada, de amor lleno,
Dios á Colón, y Dios vió que era bueno.

Madrid, 1850.

LA RESURRECCIÓN DE CRISTO

Et dilexerunt homines magis
tenebras quam lucem.

¡Pobre linaje humano!
Aborreces la luz, y amas la obscura
Tiniebla del Averno.
¡Los númenes por tí luchan en vano!
Inexorable Némesis la dura
Sentencia cumple del destino eterno:
Á ceguedad y llanto te condena;
El combate te ofrece ó la cadena.
Con rabia vengadora
Las entrañas del hijo de Climene
En la cima del Cáucaso devora;
Y sepultadas tiene
En abismo profundo
Las almas, que valientes combatieron
Por la salud y libertad del mundo.
¿Quién la libertará? ¿Dónde la fuerza
Que con la atroz fatalidad batalle,
Y el firme empeño del destino tuerza
Cuando en cólera estalle?
Un canto rico de falaz misterio
Entonó la Sibila. Es el imperio
De la fatalidad eterno; vano
Combatir contra él. Tántalo un día

De los cielos mostrarnos el arcano
Quiere, y sediento su delito expía.
Sedienta está la humanidad entera,
Y de las limpias aguas de la vida
No sabe hallar la fuente verdadera,
En el Edén nacida.
¿Dónde la luz está radiante y pura
Que muestre al hombre tan sublime altura?
¿Dónde está el Salvador, que los profetas
Anuncian de Israel en las canciones,
Cuya venida cantan los poetas
De apartadas naciones?
Vedle: nace en Betlem, pobre, ignorado;
Es justo, mas le vende
La humanidad, que su valor no entiende,
Y muere en esa cruz como un malvado.
Y ¿es este el Grande, á quebrantar nacido
Las fatídicas leyes?...
Yo escuché la palabra de sus labios,
Más dulce que la miel, y ví al Ungido,
Hijo del pueblo, vástago de reyes,
Humillado con bárbaros agravios.
Contra el destino su poder no alcanza;
¡Murió el Justo, murió nuestra esperanza!
Mirad cómo se alegra
El infierno en su muerte;
Con una mancha negra
Cubre la faz del sol, y hasta la inerte

Tranquila paz y plácido letargo
Roba á los muertos con deleite amargo.
Sólo en el seno de la tumba frío
De Cristo el cuerpo exánime reposa,
Y desciende su espíritu al sombrío
Recinto del Erebo; allí la ruda
Venganza de los hados espantosa
Erimne debe ejecutar sin duda.
Mas ¿qué rumor escucho, que del centro
Ardiente de la tierra hasta mí sube?
¡Ay! ¿quién combate dentro
Del hondo abismo?... Rápido cual rayo
Que se desprende de la densa nube,
Amable cual las flores
Y las auras de mayo,
Y ceñido de santos resplandores,
Cruza el aire encendido un joven bello:
Es su blanco ropaje intacta nieve,
Lumbre sus ojos, oro su cabello,
Y aunque ligero vuela,
Apenas las hermosas alas mueve,
Dejando en pos de sí cándida estela.
¿Será que el Dios, de quien la luz dimana,
Venza al demonio, y libertad recobre
Y paz la raza humana?
¿Que de la Omnipotencia soberana
Jesús ministro, los portentos obre?

. . . .

Sí; ya se acerca, y viene
Tan gallardo el alado
Nuncio, que eclipsa al numen que en Celene
Pulsó primero la sonante lira.
Llega, y alza la losa del sagrado
Sepulcro. El vivo resplandor me admira
Que en el marmóreo seno
Nace, y se esparce de la tumba en torno
Por el azul sereno.
Siento en el pecho sin igual trastorno,
Y caigo de estupor y espanto lleno.
Mas con el libre espíritu percibo
El gran misterio: de infinita esencia
Ser que de Cristo anima la existencia,
De cuya luz en el raudal yo vivo,
Porque su gracia por el mundo vierte.
¡El Cristo es Dios, y triunfa de la muerte!
¡Cristo resucitó! Ya las cadenas
Rotas están: las almas venturosas
De los santos el vuelo
Tienden á las amenas
Moradas luminosas,
Ricas de amor, fecundas en consuelo.
Y ya la humanidad largo camino
Abierto tiene de salud y vida,
De la vil servidumbre del destino
Con la sangre de Cristo redimida.

Madrid, 1850.

RECUERDO

Amor, yo te bendigo;
Y tú, delicia mía,
Que al seno de tu amigo
Aquel anhelo mágico
Diste con tu beldad;
Tú, que mi bien, mi guía,
Tú, que mi gloria fuiste,
Si te olvidé, perdóname,
Que, arrepentido y triste,
Merezco tu piedad.

Cuando viví á tu lado,
Mi altivo pensamiento
Por el amor guiado,
Á las regiones célicas
Sus alas extendió;
Incógnito concento
Oyó de las esferas;
Moradas hechiceras
De genios y de sílfides
Contigo visitó.

La llama de tus ojos
Borró del pecho mío
Desengaños y enojos,
Y dulces santas lágrimas
Vertió mi corazón;
Mi corazón impío,
Mi corazón de hielo
Ardió en la luz vivísima,
Señora, de ese cielo
Que en tu hermosura vió.

Ya te perdí. La suerte
Infausta así lo quiso;
Y también, al perderte,
De mis penas el bálsamo,
El sumo bien perdí.
Me echó del paraíso
En que mi orgullo abate
Espíritu maléfico,
Y me llamó al combate,
Y en su poder caí.

Busqué nuevos placeres
Para calmar mis penas,
Amor de otras mujeres,
Y el discordante estrépito
Del mundo seductor;

Mas sólo tú serenas
Con tu recuerdo el alma,
Tu hermosa imagen calma
Este combate místico
Que siento en mi interior.

Lisboa, 1850.

ROMANCE

DE LA HERMOSA CATALINA.

Fué Don Duarte á la guerra
Con el rey Don Sebastián;
Lo que sucedió en la guerra
Mucho nos hizo llorar.
Allí se perdió la gloria,
La gloria de Portugal;
Allí se perdió el buen Rey,
¿Dónde el buen Rey estará?
En una nave encantada,
Dicen que pronto vendrá,
Con todos los caballeros
Que fueron allende el mar.
Será el día nebuloso,
Luego brillante será;
Se fundará el quinto imperio
En bien de la cristiandad.
Los profetas que lo anuncian
Son profetas de verdad.
Don Duarte fué á la guerra,
Pero no volvió jamás.
Le prometió Catalina

Con juramento formal,
Antes que casar con otro,
Con el demonio casar;
Mas Catalina, olvidada,
Se casa con su rival.
Grandes fiestas se disponen
En el palacio ducal;
En candeleros de oro,
En lámparas de cristal,
Tantas candelas ardían,
Que era cosa de espantar.
Las mesas están ya puestas,
Los siervos vienen y van.
El Duque viste un vestido
Que bien vale una ciudad,
El vestido de la novia
Vale siete veces más;
Las randas son de Bruselas,
Y la seda de Catay;
Las perlas que lleva al cuello
Son perlas de Popayán,
Los diamantes de Abexin,
Donde reina el Preste-Juan.
Los convidados no llegan,
Mucho tardan en llegar.
Media noche era por filo,
Y densa la obscuridad.
El duque se desespera,

Solo no quiere cenar;
No recuerda en su alegría,
Ó no quiere recordar,
Que se marchitó la gloria,
La gloria de Portugal.
Ya por aquellos estrados
Entra con pausa un juglar;
Se ignora de dónde viene,
Y se ignora á dónde va.
Una vihuela traía
De muy rara calidad;
La toca, y sigue sus pasos
Toda criatura mortal.
Una sonrisa tenía
De poder muy singular;
Cada vez que sonreía
Daban ganas de llorar.
Un sayo negro vestía,
Do la luz, al reflejar,
Llamas pintaba y vestiglos
En una danza infernal,
Junto al Duque y Catalina
Va la vihuela á tocar;
Catalina, que le escucha,
Con él se pone á bailar.
Las puertas todas de pronto
Se abrieron de par en par,
Y el Duque cayó por tierra

Con accidente mortal.
Él volvió de su desmayo;
Ella no volvió jamás.
Ya sólo los marineros
En noches de tempestad,
Cuando se encrespan las olas
Las negras olas del mar,
La ven sobre los escollos
Bailando con el juglar.
De los que llegan á verla
Pocos se pueden salvar.

Lisboa, 1850.

Á JULIA.

Mustias las flores ya, la pompa verde
De los frondosos árboles arroja
El viento á tierra, su hermosura pierde
El campo, y de sus galas se despoja.
Así, harto joven, lloro igual mudanza
Dentro de mí, do siento, hoja tras hoja,
Caer marchita la flor de mi esperanza,
Y que el frío, desierto, obscuro cielo
Á darle vida con su luz no alcanza.
Y aun guarda el corazón un vago anhelo,
Una latente llama que le excita
Del desengaño á resistir el hielo.
Si la esperanza en flor está marchita,
Y la fe muerta, de ilusión desnudo,
Amor aún mi corazón agita.
¡Espantoso dolor! ¡Tormento rudo!
Con la insaciable voluntad adoro,
Y con la inteligencia siempre dudo.
Yo tu perdón, querida Julia, imploro,
La desnudez de mi alma te dí en pago
Del oculto en la tuya alto tesoro.

Mas con nuevas mentiras quizás hago
Á mi orgullo lisonja, y la amargura
De mi vida con dulce pena halago.
En pecho de mujer, ¿quién me asegura
Que quepa el sentimiento que imagino,
El manantial fecundo de ternura,
El entusiasmo y el fervor divino,
Que de una noble inteligencia brota,
Y se abre, hiriendo el corazón, camino?
¡Ay! Si á tu alma no le fuese ignota
Aquella eterna y amorosa idea
Que del cielo en la esfera más remota
Genio y dioses de sí misma crea
Y bien y amor, y si vertiese fuego
Vivificante en tí, la mancha fea
Borraras de mi pecho herido y ciego;
Tu beldad éste retratara al vivo
En su limpieza, y palpitara luego,
Feliz cual nunca y de tu amor cautivo.

Lisboa, 1851.

EL VUELO DEL DIABLO

Con el divino libro
Que guarda el pensamiento peregrino
Del cantor del Edén, yo distraía
Mis mortales dolores,
Aspirando el aroma de las flores
Del místico vergel de la Poesía.
Mas ¡ay! que la amargura
Del ánimo cambiaba la hermosura
Del poema cristiano
En un pesar tirano.
Y en meditar profundo embebecido,
En la mejilla pálida la mano,
Tal me quedé absorbido
De Satanás mirando el raudo vuelo,
Que le seguí desde el infierno al cielo.
Y ví también con envidiosa ira
La inmensa creación, cuyo misterio
No es dado al hombre penetrar; la fuente
Ví del ser, de la luz, pero no pude
Encontrar la del bien; y en un ardiente
Trono de soles, con fatal imperio,
La inexorable eternidad se admira

De su propia hermosura eternamente.
Ya desatada, con furor impío,
Del yugo el alma que la enlaza al cieno,
Rompió con el Arcángel el sereno
Cristal del éter; en el gran vacío,
Con un impulso enérgico rodando,
Cruzó la inmensidad, y arrebatada,
De la creación los límites salvando,
Cayó en el hondo abismo de la nada.
¡Ojalá para siempre allí se hundiera
Y nunca á ver la amarga luz volviera!

Lisboa, 1851.

SUEÑOS

Mucho corre la luz, y el pensamiento,
Aunque se junte á la palabra, vuela,
Y sendas de metal sigue sumiso,
Tan rápido cual cruza por el alma.
Va, con todo, más rápido el deseo:
Se pierde en lo infinito, y sólo busca
En insondable eternidad reposo.

Atrevida la humana inteligencia
Triunfa del mundo, y los hermosos genios,
Que en el fuego y la luz viven ocultos,
Obrando allí maravillosas obras,
Las ninfas de las aguas y los silfos,
Y los fieros espíritus del Orco
Oyen su voz y cumplen su mandato.
Pero Amor logra más, á más se atreve,
Y combate con Dios, y de Dios triunfa.
¡Dichoso aquél que enamorado gime!
Amor, amor le llevará hasta el cielo.

¡Dichas soñé! Las Náyades estaban
Prisioneras del rígido Vulcano,

Y anhelando romper su cárcel dura,
La llevaban veloz sobre las aguas,
Y yo en la cumbre caminando iba;
Luego el amor me levantó impaciente,
Abrió sus alas, y voló, y salvando
Muchas tierras y mares, en presencia
Me puso de la hermosa á quien adoro.
Un siglo hacía que á su tersa frente
No tocaban mis labios ni á su boca.
Al fin su voz, su aliento, hasta su vida,
Y el brillo de sus ojos, y el encanto
De sus dulces palabras penetraban
En mi pecho otra vez por los sentidos.

¡Cuántos extremos de cariño entonces
Hice al verla de nuevo, tan divina
Como su imagen que en el alma guardo!
¡Ay! Más que nunca enamorada ella,
Me estrechaba también contra su seno,
Y de él salían misteriosas llamas,
Consumiendo del alma las escorias,
Y dejándola limpia como el oro.
Mayor felicidad no tuve nunca,
Ni más dolor que al despertar del sueño.

Me encontré, al despertar, en las remotas
Playas de Nicteroy, do calienta
El sol la tierra con fecundos rayos,

Y brotan flores odorantes, ricas,
Y gigantescos árboles pomposos
De perenne verdura; do los montes
Asemejan titanes fulminados
En el momento de escalar las nubes,
Y las islas flotantes paraísos,
Y el mar su claro espejo. Aquí la vida
Rompe, como los ríos, caudalosa
Por los abiertos poros de la tierra,
Y en el aire sereno se dilata:
Oro y diamantes en las rocas cría
Su plástica virtud. Aquí la sangre
Hierve con el calor en nuestras venas.

Era el silencio de la negra noche,
Y yo lloraba mi ilusión perdida,
Y de mi triste llanto se burlaban
Los tibios rayos de la luna, el aura
Efervescente en chispas vividoras,
Y las antes recónditas estrellas,
Del hemisferio austral lúcido ornato,
Cuyo fulgor vió Dante sobre el rostro
De quien sin libertad no quiso vida.

Avergonzado yo del llanto mío,
Escondí la cabeza entre las ropas.
Y entonces sentí pasos en mi estancia,
Como los pasos de persona muerta,

Que abandona el sepulcro, ya perdida
La costumbre de andar y de moverse.
Conocí, sin embargo, que era ella,
Mas no la ví, ni á verla me atrevía.
Llegóse junto á mí, y en las espaldas
Una mano me puso helada y seca,
Y yo temblé con espantoso frío;
Y pensé que rodaban por el aire,
Y que andaban después sobre mi cama
Multitud de gusanos bulliciosos.
No dijo la visión palabra alguna,
Pero su mano penetraba dentro
De mis entrañas, cual puñal agudo.

Ello es que siento aún en lo más hondo
Del corazón horrible desconsuelo
Y un peso atroz, como si allí llevara
Sepultados mi amor y su cadáver.

Rio Janeiro, 1851.

AMOR DEL CIELO

¿Á dónde te remontas, alma mía?
¿Qué agitación es esta? ¿Qué locura?
¿Es amor por ventura?
No sé si amor será, pero es María.
Y si es María, que es amor recelo,
Y siendo suyo, debe ser del cielo.

Hay otros mil amores
De las ninfas nacidos,
Que, del aire y la tierra moradores,
Roban el alma, abrasan los sentidos;
Mas el amor que en el Empíreo habita,
Bellas almas herir tan sólo anhela,
Y aunque la dulce libertad les quita,
Con místico deleite las consuela.

Por este amor te quiero,
Y por tu amor me muero,
Y con tan grata muerte
Nunca osaré quejarme de la suerte.
Ni de este amor se queje tu marido,
Aunque en tu alcoba le sorprenda, y mire

Cual pajarillo revolando en torno;
Aunque le halle escondido,
Entre las flores de tu huerto adorno,
Cuando en tu huerto por la noche gire.
Amor tan pudoroso, tan bonito,
Tan inocente y blando,
Dará á tu esposo más placer que susto.
Á tí también te gustará infinito,
Porque este amor, que sabe amar callando,
Ni pide, ni da celos, ni disgusto.
Rápidas alas lleva
Sin que á otra parte que hacia tí las mueva.
Mayor delicadeza no atesora
El amor del *Cantar de los Cantares.*
Si mi amor no se inclina en tus altares,
Hasta en el cielo desterrado llora.
Es, por su candidez, como de nieve,
Por su ardor, es de fuego,
Y si en tu seno á reposar se atreve,
Como es tan limpio y leve,
Ni le mancha, ni turba tu sosiego.

Río-Janeiro 1852.

IMPACIENCIA.

Cual faro divino,
Me muestra, María,
Tu rostro el camino
Del bien que soñé;
Volar sólo ansía
El alma á tu cielo;
No cortes su vuelo;
No mates mi fe.

De amor impulsado,
Mi espíritu errante,
Tesoro y dechado
De inmenso valor
Halló en tu hermosura
Y en esa radiante
Mirada, que augura
Delirios de amor:

Delirios que dora
El alma y colora
De luz, y rendida
Va de ellos en pos.

María, gocemos
De amor, que es la vida;
Vivamos y amenos
Unidos los dos.

Mas, ¿por qué no llega
La dicha que espero?
¿No ves que me muero,
María, por tí?
Si tu amor me niega
El hado iracundo,
¿No ves que en el mundo
No hay bien para mí?

Río Janeiro, 1852.

EN UN ÁLBUM.

Si lindos versos en el *Album* quieres,
No ya de mi agostada fantasía,
Elisa, los esperes.
Lograr de la Poesía
Puedes los ricos dones
Y la virtud secreta:
Invisible á tu lado está el poeta
Que sabe conmover los corazones;
Que tras de sí los lleva en raudo giro
Por magnético encanto,
Y los hace llorar con dulce llanto
Y suspirar con lánguido suspiro;
Que si el vuelo levanta á las estrellas,
En todo sitio eternamente vive;
Y en libros no, pero en las almas bellas
Canciones sabrosísimas escribe.
Prepárate á gozarlas: la tersura
Del limpio corazón muéstrale luego;
Él pondrá allí su gracia y su hermosura
Con estilo de fuego.

Río Janeiro, 1853.

Á LA MUERTE DE UNA NIÑA

Lágrimas son las perlas que la aurora
Sobre su tumba vierte.
Céfiro gime, y por su muerte llora,
Por su temprana muerte.

De Dios querida, á Dios tendió su vuelo.
No se nubló la pura
Luz de su alma; no tocó en el suelo
Su blanca vestidura.

En el suelo la mística paloma
Anidarse no quiso,
Ni abrir el cáliz, ni exhalar su aroma
La flor del paraíso.

Río Janeiro, 1853.

PLEGARIA

Amor vult esse sursum.
(De imit, Christi.)

Raudal de vida, Espíritu divino,
Sustento y luz del alma que te adora,
Y que en tu busca, en medio del camino,
Perdida, ciega, enamorada llora,
¿Cómo podrá saciar en el mezquino
Mundo, la sed de amor que la devora,
Si en la esfera ideal, do su amor vive,
La inmensidad del universo inscribe?
Y aunque atrevida el alma consiguiera,
En progreso infinito dilatada,
Sentir en sí la humanidad entera
Y el espacio abarcar de una mirada,
En su alcázar ingente conociera,
Emperatriz y diosa abandonada,
Que aun carecía de su digno empleo,
Que era mayor que todo su deseo.
Tú das, Señor, del corazón doliente
Un bálsamo eficaz á la amargura,
Y de tu trono la inexhausta fuente
Brota, que satisface sin hartura;
Y sólo hay ciencia en tu profunda mente,
Supremo bien, clarísima hermosura;

Por eso el alma, si de amor suspira,
Gime en la tierra, y á tu gloria aspira.
De tu gloria olvidada, triste, inquieta,
El alma mía nunca se reposa,
Á los sentidos, sin tu fe, sujeta,
Yace angustiada en cárcel tenebrosa;
Hiera, Señor, el alma del Poeta
Un rayo de tu luz maravillosa,
Para que este deseo, que le abruma,
En su fuego santísimo consuma.
Sé que el amor te vence, y yo te adoro,
Y tú diste el amor al alma mía;
Ella engañada prodigó el tesoro,
Y en el mundo gozarle no podía,
Ni fuera de él, entre los sueños de oro
De la lozana y joven fantasía,
Ni en la Babel inicua, que levanta
Nuestra razón, cuando tu ley quebranta.
¡Ay! Permite, Señor, que el labio mío
Tu dulce nombre á pronunciar se atreva,
Ya que en su centro el corazón impío
Grabado aún, por tu bondad, le lleva:
Perdona ¡oh, Dios! perdona el desvarío
De mi razón, concédeme fe nueva,
Y logre en tí mi espíritu reposo,
Saliendo de este mar tempestuoso.

Río Janeiro, 1853.

EL AMOR Y EL POETA.

EL POETA.

Ser del alma, dulce amor,
En mi pecho sustentado,
De mi corazón criado
Con la sangre y el calor;
¡Ay! ¡Qué espantoso dolor
Es no poder sustentarte!
No hay en mi mente que darte
Ninguna divina idea;
Antes que morir te vea,
Vuela lejos, raudo parte.

En otro tiempo te dí
El bien que perdido lloro;
Saqué del alma un tesoro,
Y en tus aras le ofrecí.
Ya no tengo para tí
Ni esperanza ni consuelo;
No hay númenes en mi cielo,
No hay en mi mente hermosura;
Tu luz, Amor, es obscura,
Y tu sonrisa de hielo.

Cuando era mi corazón
Joven, en él escribías
Inefables poesías
De altísima perfección;
Hoy es todo confusión,
Que no sabes descifrar.
El desengaño borrar
Logró cuanto tú escribiste.
Huye; que en mi pecho triste
Ya para tí no hay altar.

EL AMOR.

¿Dónde iré? ¿Puedo subir
Á las moradas divinas?
Las esferas cristalinas,
que antes solías oir
Arrebatadas seguir
Con armonía su giro,
Inertes, rotas las miro
Y si algo turba el profundo
Mortal silencio del mundo,
No es un canto, es un suspiro.

¿En dónde está la mansión
De perfecta bienandanza,
Que á la luz de la esperanza
Te pinté en el corazón?

Tú agostaste la ilusión
Y tú el encanto rompiste,
Y pues ya el cielo no existe
En tí, será empeño vano
Buscar el bien soberano,
De que renegar quisiste.

¿Dónde reposo hallaré?
¿Ese infinito vacío,
Obscuro, desierto, frío,
Cómo atravesar podré?
De espacio en espacio iré,
Cual la luz, pronto en mi vuelo,
Y eterno será mi anhelo,
Y sin término el camino,
Sin hallar la que imagino
Eterna dicha del cielo.

Madrid, 1854.

Á MALVINA

¿Qué te diré, Malvina,
Que igual al númen que me agita sea?
Grande el objeto, y mi canción mezquina,
Y comparada á tu hermosura, fea
Será, por más que remontarme anhele;
Y aunque mi ingenio vuele,
Y logre bosquejar su noble objeto,
Nunca en mi canto vivirá el secreto
Espíritu de amor y de poesía,
Que por todo tu ser su gracia vierte,
Y el corporal conjunto une y convierte
En resplandor y gloria y armonía.
No sólo en tu mirada
Y en el lampo fugaz de tu sonrisa
Ese espíritu oculto se divisa,
Sino en la limpia sangre delicada,
Por las venas azules de tu frente,
De tus frescas mejillas, y garganta
De cándida paloma,
Al través del tejido transparente
Y terso, libre gira;
En tu palabra canta,

En tu casto rubor colores toma,
Y en tus suspiros con amor suspira.
Mi afecto en ese espíritu percibe
Al genio de tu padre, que en tí vive,
Que alma te da, que vida de tí adquiere.
La blanca nube sol estivo hiere,
Y omnímodo, su luz esparce en ella,
Multicolor, aurifulgente y bella.
Así el genio poético te anima,
Y hace que yo te tenga por Kerima,
La que de Abdel-Raman al templo santo
Condujo de las vírgenes el coro,
Y danzó en los pensiles de Zahara;
Luz de Mudarra, de Almanzor encanto,
De Córdoba tesoro,
Joya de la poesía noble y clara.
Á veces imagino
Que eres tú la Leonor amante y pura
Que, abrazada á la cruz, en su amargura
Lamentó de Don Alvaro el destino;
Y en tí veo á veces á la linda Zora,
Fantástica y etérea, vaga y triste,
Cual serafín, que enamorado llora,
Como el sueño gentil de que naciste.
Sí; que emanación rica
Eres del genio, y mora
En tí en esencia el genio. Vivifica
Los versos sólo, y pasa de la mente

De tu padre á los versos virtualmente,
Mientras que en tí, Malvina, está en esencia,
Por lo cual á los versos te prefiero;
Tal bondad y excelencia
Ni en los del Duque hay, ni en los de Homero;
Brillantes son los dones
Con que el genio, Malvina, te engalana;
Estar de ellos ufana
Debes, no atormentar los corazones.
Mejor quiero que imites en tu vida
Á la que amó á Lisardo sin ventura,
Que no á la Zora, que, de Eblis nacida,
Del Eufrates bajando á la llanura,
Fatal y hermosa, y áspid entre flores,
Á Harú y Manú perdió con sus amores.
Dios los echó del cielo,
Y en Babel se quedaron
(¡Cuántos por tí se quedarán en Babia!),
Y allí, por distracción ó por consuelo,
Dicen que el arte mágica enseñaron;
Por eso aquella gente fué tan sabia.
Si ángeles hay aún, hiérelos luego
Con mil dardos de fuego,
Y muéstrales que hay cielos en la tierra,
Ya que tu amor del cielo los destierra,
Y aun la mágica blanca te aseguro
Que puedes enseñar, si es que te agrada;
Cada palabra tuya es un conjuro,

Un encanto eficaz cada mirada;
Y si un suspiro de tu pecho brota,
Volando sube por el éter vago
El alma más pesada, más idiota.
No tan ligero Suleimán el mago
Se levantaba en su flotante trono,
Y el infinito espacio recorría;
Aves del cielo por dosel le daban
Radiantes plumas, y con blando tono,
Amorosas cantaban,
Al compás de la eterna sinfonía.

Madrid, 1854.

A GLAFIRA,

DE DOMINÓ NEGRO.

Preste el amor su idea
Al pensamiento, que en tu busca gira.
Quiero que el alma crea
Que eres tú la beldad por quien delira.
Al través de la máscara ví un cielo:
Ví la sonrisa con que tú sonríes;
Néctar y aroma, en cáliz de rubíes,
Brindabas á mi anhelo.
Eras, Gláfira, tú. Ví tu mirada,
Que deleites augura.
Por el deseo el alma iluminada,
Descubrió tu recóndita hermosura.
De tu voz el encanto
Hirió mi pecho con tu voz fingida,
Sentí en todo mi ser, sentí un quebranto,
Inefable y más dulce que la vida.
Bajo el guante miré tu linda mano,
Digna de acariciar los querubines,
Formada, cual prodigio soberano,
De nácar, rosas, lirios y jazmines.

Ese espíritu leve,
que por tus venas rápido se agita,
Y colora de púrpura la nieve,
Entró en mi pecho, que de amor palpita;
Espíritu sutil, que amor derrama
De la tierra en el seno,
Y la cubre de flores, las estrellas
Con mayor luz inflama
En el éter sereno,
Al aire da las mariposas bellas,
Los perfumes suaves,
El canto de los silfos y las aves.
Así renacen en el alma mía
Juventud y poesía.
Como maná del cielo, tus amores
Han de saber á cuanto el alma quiera;
Filtro genial, esencia de mil flores
Darán al alma, en verde primavera.
Si tú me amases, Gláfira, no hubiera
Dicha igual á mi dicha. Sólo un beso,
Un beso sólo de tus frescos labios
Puede llevar el alma al paraíso,
Darle en un punto, y con mayor exceso,
Cuantas la mente de amorosos sabios
Fingir delicias en el cielo quiso.
Nadie cual tú comprende
La inquietud de mi amor y devaneo:
De tus hermosos ojos se desprende

La luz do vive eterno mi deseo;
Mágica luz, do veo,
Cuando el color de la esperanza toma,
Musas, Gracias divinas,
Y huríes oji-negras de Mahoma
Con las peris danzar y las ondinas.
En tu blando regazo
Tal deliquio mi espíritu gozara,
Gláfira, si tu amor me concedieras,
Que, unido al tuyo por estrecho lazo,
Ver la luz del Tabor imaginara,
Y la música oir de las esferas.
¡Ay! temo que no quieras
Lograr conmigo el singular contento
Que amor promete á quien de amores sabe;
Mas en tu egregio y claro entendimiento
Entendimiento del amor bien cabe;
Y espero que perdones,
Ya que no les des vida,
Estas enamoradas ilusiones,
Que me tienen el alma derretida.

Madrid, 1854.

AL PRÍNCIPE IMPERIAL
DE LOS FRANCESES.

Accipe quod lacta tibi paudunt luce sorores
Veridicum oraclum.

CÁTULO.

Si la virtud inescrutable y santa
Que á la humanidad mueve, y que la guía
Á un alto fin de perfección, viniera
Á dar aliento á mi mortal garganta,
Y á desatar mi lengua en armonía,
La gloria que te espera
Con fatídico canto anunciaría.
Mas si profundo el cielo
En tinieblas envuelve lo futuro,
Un auspicio feliz desgarra el velo
Dando vigor al pecho mal seguro.
¡Augusto Niño! Que tu dulce madre,
Como la madre de Luis Divino,
Te infunda su piedad y su terneza,
Te muestre de los cielos el camino.
Luego el prudente y valeroso padre
Te inspirará el saber y la entereza

Que á la Discordia ahogó, venció el Destino,
Y puso la corona en su cabeza.
Sus pasos sigue tú: lleva de Francia
Á otras tierras las artes esplendentes;
Y no las armas, sino el blando imperio
De las ideas, venza la arrogancia
De rudas tribus y remotas gentes.
¡Providencial misterio!
Como al romper del día
Huyen las sombras, y se viste y dora
De pura luz el firmamento hermoso,
El Dios, que tanta empresa te confía,
De la Paz hace aurora
Con que ilumina tu natal dichoso.
Y en vez de flores, su bondad rodea,
Orna y protege tu dorada cuna
Con verdes lauros que ganó en Crimea
El valor de la Francia y la fortuna.
Crece en el seno de la Paz, y cuando,
Al florecer en juventud lozana,
Sed de gloria te incite,
No sangrientas victorias anhelando
En dura guerra insana
Impaciente tu afán se precipite.
Ya vendrá la ocasión, ya vendrá el día
En que combatir debas
De valor y clemencia dando pruebas
Y el monstruo encadenar de la anarquía,

Monstruo más fiero que la sierpe alada
Cuya sangre con alta valentía,
Vertió en la Libia, de Guzmán la espada.
El monstruo del Averno
Que en vano cerrar quiso
La oculta senda por do el Ser Eterno
Lleva la humanidad al Paraíso.
Pero borrada ya la última huella
De la maldad humana,
Resplandeciente lucirá tu estrella
Sobre la Francia, de seguirla ufana.
Italia, entonces, y mi patria hermosa,
Del desmayo letal que las humilla
Se alzarán á la esfera luminosa.
Italia, donde brilla
La luz celeste, que á la tierra unida
Hizo temblar con saludable susto;
España, que domando la sañuda
Mar con pecho robusto,
Llevó esa luz y sus doctrinas grandes
Del Catay fabuloso hasta los Andes.
Amorosa lazada,
Y no interés ni torpe grangería,
Una á las tres benéficas naciones;
Y terminen la empresa comenzada,
Y difundan por todas las regiones
La libertad, el bien y la armonía.
No es del poeta ensueño mentiroso.

Esta misión el cielo nos depara,
Y el volver de los siglos silencioso.
Ya las nieblas separa
El sol de la verdad que va subiendo,
De lo futuro el horizonte abriendo.
Mira tú en él las leyes de la historia,
Y en cada uno de tus actos mira
Al altísimo fin que da la gloria,
Y el bien supremo á realizar conspira.
Hunde en el polvo el trono de Darío,
El Macedón audaz; del Eritreo,
Pisa, y del Indo, la fecunda arena;
Y somete la tierra á su albedrío;
Pero ignora la ley que su deseo
Á un fin y los destinos encadena.
De la Grecia y del Asia al choque rudo,
Nuevo germen de bien brota, y divina
Llama le da ser luego, y le ilumina
La Santa Cruz sirviéndole de escudo.
El fin á do tus pasos encamina
La sabia Providencia,
No como el hijo de Filipo, ignores;
De tu siglo, Señor, une á la ciencia
La fe de tus mayores.
La fama tuya eclipsará su fama.
Crece, pues, niño hermoso, á la sonrisa
Responde de la madre, que te ama;
Y apenas llegue, débil é indecisa,

La razón en la infancia á herir tu mente,
Como guardó Alejandro en copa de oro
El homérico canto sorprendente,
Que á combates provoca,
Guarda en ella y coloca
De los dogmas cristianos el tesoro.

Madrid, Mayo de 1856.

SAUDADES DE ELISENA.

Souvent femme varie:
Bien fol est qui s'y fie.

EL REY FRANCISCO I.

I.

En la siempre deseada
Del amor noche sombría,
En aquella estancia tuya,
Tan abrigada y tan linda;
Cuando la cándida nieve
En densos copos caía,
Y daba el hielo á las calles
Alfombra resbaladiza,
¡Cuán apacibles coloquios,
Qué juvenil alegría,
Qué canciones me cantabas,
Qué ternuras te decía!
Yo robaba de tu boca
La canción aun no nacida.
Tú las lisonjas de amante
Sofocabas en la mía.

Nunca con mayor esmero,
Nunca con mayor delicia
Representaste en los dramas
Amorosas heroínas;
No para fingir amores
Fué tu talento de artista,
Sí para darles la gala
Y encanto de la poesía.
Una palabra, un suspiro,
Una suave caricia
El poema de tu alma
Realizado transmitían.
Tu aliento, tu puro aliento
Era espíritu de vida;
Luz del cielo tu mirada,
Lampo de amor tu sonrisa.
Cuando pasabas tu mano
Por mis cabellos suavísima,
Más que Thalberg y que Listz,
Si en el piano se inspiran,
Despertabas en mi alma
Una celeste armonía,
Como el amor misteriosa,
Inmensa como mi dicha.
Forjaba entonces mi mente
Imágenes tan divinas,
Que dieran gusto y espanto
Si yo acertase á escribirlas.

Allí flores más hermosas
Que la *Victoria regina,*
Allí más gratos aromas
Que en Pancaya y en las Indias,
Y los amores bailando
Con las musas y las ninfas,
Y el Olimpo, y el Walhala,
Y los palacios de Indra,
Y de Aladino la lámpara,
Y los jardines de Armida.
El alma se evaporaba,
Y en el éter se perdía,
Y cruzaba el mundo todo
Como una eléctrica chispa.
En las regiones aéras,
Do mi alma discurría,
Se bañaba en claros mares,
En ondas tan cristalinas
Cual diamantes, como el oro
Puras, dulces como almíbar,
Y frescas como una rosa,
Y como la plata limpias.
¡Ay! Cuando de estos viajes
Tornaba la peregrina,
Sobre tu cándido seno
Me la encontraba dormida.

II.

¿En qué pecó el alma,
Gentil Elisena,
Que del paraíso
Así la destierras?
¿Qué amor tuvo el alma,
Qué objeto, qué idea,
Ni qué pensamiento
Que tuyo no fuera?
Lejos de tí el alma,
Es un alma en pena,
Que entrevió la gloria
Sin quedarse en ella.
Cual pasan las flores
De la primavera,
Pasaron mis dichas,
Que en duelo se truecan:
Ricé con los labios
Las ondas serenas,
Hollé venturoso
La rueda tercera,
Herí con la mano
Del cielo las puertas,
No agosté las flores
Y aspiré la esencia;
Mas ya para mí

La fuente se seca,
La flor se marchita,
Se borra la senda,
Se eclipsa de Venus
La nítida estrella.
El alma de amores
Herida se queda,
De cariño ansiosa,
De gloria sedienta.
¿Por qué así la tratas?
¿Por qué así la dejas?
¡Ay! yo adoré en cifra
En tí una caterva
De humildes zagalas
Y nobles princesas.
En cifra adoraba
En tí la modestia,
Hermosura, gala,
Virtud, inocencia,
Que tal vez los cielos
Benignos te dieran,
Que tal vez fingiste
Con arte en la escena.
Amor en que tantos
Amores se enredan,
¿Qué mucho que dure
Y eterno parezca?
Tú para mí fuiste

Siempre varia y nueva;
Yo para tí el mismo
De contino era.
Si fuiste inconstante,
Es porque te cercan
Boyardos de Rusia,
Lores de Inglaterra,
Y grandes de España,
Y mirzas de Persia;
Que tus gracias ríen,
Tu desdén lamentan,
Tu beldad alaban,
Tu ingenio ponderan,
Adulan tu orgullo,
Y tu amor anhelan.
De mí te olvidaste,
Ufana y soberbia;
Mas son infundados
Mi encono y mi queja.
Debió solamente
Causarme sorpresa
Que en medio de tantas
Personas egregias,
Del género humano
Magnífica muestra,
Compendio de toda
La pompa terrena,
Mi obscura persona

Amor te infundiera,
Fugaz como sombra,
Sutil como niebla.

III.

Elisena, ¿fué tu amor
Un veleidoso capricho,
Ó fué bello, noble y grande
Como el amor de tu amigo?
Tú no sabes la amargura
Que, al recordar tus hechizos,
Ora derrama esta duda
En el pensamiento mío.
Si el pensamiento se viese
De esta amarga duda limpio,
Diera el dulce bien pasado
Al desdén presente alivio.
Orgulloso y satisfecho
De que me hubieses querido,
Renovando en mi memoria
La dicha del paraíso,
Tal vez calmara la pena,
La pena que da tu olvido,
De tu efímera ternura
El recuerdo peregrino.
Entonces yo imaginara
Que inflamé tu pecho frío.

Y que logré conmover
Esas entrañas de risco,
Y suscitar en tu alma
Un amoroso delirio;
Amor que si en un momento
Se ha transformado en desvío,
Concentrándose en mi mente
En un deleite infinito,
En un sublime recuerdo,
En un eterno martirio,
Fuera infierno y gloria, fuera
Galardón y sacrificio.
Mas ¿cómo adorarte diosa,
Que en el corazón me finjo,
Cuando de tu ser humano
Me da la memoria aviso?
¿Cómo soñar que, llevado
Sobre las alas de un silfo,
De tu amor y tu hermosura
Subí á gozar al empíreo?
Es cierto que con presentes
No encadené tu albedrío,
Ni me dejaste por pobre
Ni me quisiste por rico;
Es cierto que te ofrecieron
Gargantillas y zarcillos
De diamantes y de perlas,
Esmeraldas y zafiros;

Que te brindaron de seda
Y de encajes con vestidos,
Con chales de cachemira,
Con cebelinas y armiños;
Y es cierto que esos tesoros
Tu orgullo aceptar no quiso,
Y que aceptaste mis flores,
Mis versos y mis suspiros.
Mas mi corazón guardaste
De tu hermosura cautivo,
Diciendo: "Para mi triunfo
Un corazón necesito;
Porque corazón no tienen
Los que me cercan rendidos,
Y de sus joyas y galas
No me envanezco, y me río."
Y atormentaste mi alma
Y turbaste mis sentidos,
Y con tus besos me diste
Un emponzoñado filtro.
Desde entonces, Elisena,
Es adorarte mi sino,
Y hasta vana y desdeñosa
Te adoro y no te maldigo.

IV.

El corazón libre,
Libre el pensamiento,

En busca de amores
Volaban al cielo.
Ternura infinita
Sentía mi pecho
Por un infinito
Misterioso objeto,
Pudorosa ninfa
De gracias modelo:
Fantástica maga,
Divino portento.
Un ser fabuloso,
Un serafín bello
Yo amaba tan sólo,
Y allá en lo secreto
Del alma le daba
Altares y templo;
De amores vulgares
Juzgábame exento.
Mas cuando ya el alma
Remontaba el vuelo,
Otra vez á tierra
Cayó sin aliento,
Presa en la suave
Red de tus cabellos,
Herida de muerte
Por tus ojos negros.
La riqueza entonces
De mi amor inmenso,

Las nobles creaciones
Del fácil ingenio,
La luz que ilumina
Y dora mis sueños,
Del alma profundos
Y vagos misterios,
En tu beldad propia
Su beldad pusieron,
Ciñéndola en torno
Cual cinto de Venus.
Por eso del alma
Tuviste el imperio,
Tu amor me dió gloria,
Tu desdén infierno.
Sin tí yo pensaba
Que el mundo era un yermo,
Los astros obscuros,
Los hombres espectros.
Contigo en verano
Trocaba el invierno,
Las nubes más tristes
En claros luceros,
En vastos jardines
Los mares de hielo,
En flores las nieves,
En lindo lo feo.
No extrañes si ahora,
Al ver que te pierdo,

Perdidos tesoros
Del alma lamento.
Por amor el alma
Dió paz, dió sosiego,
Libertad y vida
Trocó por un beso.
Muerta la esperanza
Y vivo el deseo,
¡Cuán tarde conoce
El alma su yerro!
Mas no, no te jactes
Del daño que has hecho,
Ni temas mi encono
Ni esperes mi ruego.
La que yo en tí amaba
En tí ya no veo;
No eres tú la diosa
Que adoro tan ciego.
La diosa que adoro
No vive en el tiempo;
Sus pies inmortales
No tocan el suelo.

San Petersburgo, 1857.

CORREO EXTRANJERO.

De regiones extrañas y distantes
hay nuevas por el último correo,
no menos lisonjeras que importantes:

por donde quiera habrá fiesta y jaleo.
¡Qué cenas se preparan, qué festines,
bastantes á colmar todo deseo!

En la China los mismos mandarines,
si no adorando, respetando á Cristo,
de nidos se hartarán de colorines:

de gusanos de seda harán un pisto,
y fumarán, merced á la Inglaterra,
opio barato, con furor no visto.

En la India, si bien están en guerra,
ha de haber suspensión de hostilidades,
y paz por cuatro días en la tierra:

y se solazarán en las ciudades
juntos con los cipayos los ingleses,
con más amor que en otras Navidades.

Descubrirán al cabo los siameses
que el elefante blanco no es divino;
calcularán mejor sus intereses,

y en vez de amar á numen tan mezquino,
armados de cuchillo y de caldera
(cual la fábula cuenta del cochino),

darán al blanco bruto muerte fiera;
el cual, en cochifrito suculento,
como si un tierno lechoncillo fuera,

ha de ser sabrosísimo sustento
del gran Emperador Vicrapadonte,
de amazonas impávidas sin cuento,

y aun del sumo y terrible sacerdote,
que sobre el ara del nefando numen
con su alfange segó tanto cogote:

si no sucede así que nos emplumen.
Ni será mala en el Japón la fiesta
porque es aquella gente de cacumen

y en todo su pericia manifiesta.
Tendrán los persas singular jolgorio,
y aunque pese al Corán y al Zend-Avesta,

en las almas creerán del purgatorio
y se hartarán de pavo y de turrones,
como el más fiel cristiano y más notorio;

y los antes heréticos jamones,
de Mahoma á despecho y de los Magos,
pasto darán á guebros y á santones.

Piensan echar los turcos muchos tragos
y turcas pillarán para ellos nuevas,
más fieles en su amor y en sus halagos.

Hasta en el suelo de la infausta Tebas,
gente que allí por su desgracia habita
ha de cenar embalsamadas brevas.

Y el más austero y místico eremita
(si acaso hubiere alguno en el desierto)
al instinto cediendo que le incita,

sin mesa, sin manteles, ni cubierto,
por no olvidar su austeridad del todo,
probará las manzanas del Mar Muerto,

que están rellenas de ceniza y lodo.
De ver será el tostado beduíno
sobre el veloz coklán correr beodo,

y olvidando su secta y su destino,
saquear el templo santo de la Caaba,
sembrando por doquiera su camino

de pluma y huesos de engullida pava.
Y cerca del Cedrón, que los pies besa
de la santa ciudad del turco esclava,

bajo ancha tienda cubrirá su mesa
el errante israelita ya cristiano:
y con ansia, que excita y embelesa,

paz no dará á los dientes, ni á la mano.
Ni en las orillas del fecundo Nilo
faltará quien con brío sobrehumano

se engulla un escamoso cocodrilo,
dentro de la necrópoli medrosa,
á cuyas negras sombras pide asilo.

Mas, ¿qué mucho, si en zambra bulliciosa,
á son de tamboril y haciendo muecas,
del Níger en la margen calurosa,

de gato se hartarán y frutas secas
las razas por su pinta condenadas
á no tener ni libertad ni pecas?

Mas las que ya no están esclavizadas,
la gente negra que en Liberia habita,
¡qué tortas ha de hacer y qué empanadas!

Natas habrá en Haiti, y papa frita,
porque Soulouque, Emperador haitiano,
ya á Baltasar, y ya á Nabuco imita,

y un banquete prepara soberano:
por no oler á sus grandes, ni á sí propio,
el comedor perfumará con guano.

Los indios del Brasil hacen acopio,
de monos con arroz para la cena,
y de mate, mejor que el te y el opio,

y devoran también en Nochebuena
multitud de lagartos y tatúes,
y una serpiente boa, toda llena

de pavos mil, que allí llaman perúes.
Los indios no cristianos, envidiosos,
se cenarán sus propios manitúes.

¡Qué espléndidos, qué alegres, qué famosos
son los santos banquetes de este día!
¡Qué dientes al presente tan ociosos!

¡De cuán diversos puntos nos envía
noticias el telégrafo, flamantes,
que sorprenden y causan alegría!

Una de las pirámides gigantes,
las momias del Egipto se han cenado,
y se han vuelto á la tumba como antes.

Del elefante blanco ha regalado
Vicrapadonte al gran Mogol el cuero,
lleno de rico vino delicado.

Nana-Saib ha caído prisionero:
los ingleses creyéndole becada,
en salmí se lo comen todo entero.

El *Leviatán* ha hecho una trastada,
y se ha engullido ya cuatro vapores.
En fin: doquiera hay cena regalada;
mas la nuestra es mejor que las mejores.

Por el correo extranjero,

JUAN VALERA y JOSÉ FERNÁNDEZ JIMÉNEZ.

Madrid, 1857.

RAIMUNDO LULIO.

(FRAGMENTOS.)

Magia itaque omnem philosophiam, phisicam et mathematicam complexa, etiam vires religionum illis adiungit.

CORNELIO AGRIPPA.

Doctrinam paudit Raymundus Lullius omnem cui Deus infundit scibile quidquid erat.

AUTOR DESCONOCIDO.

INTRODUCCIÓN

Santo Cristo de la Luz,
Señor de cielos y tierra,
Llenad de fervor mi pecho
Y purificad mi lengua
Para que yo dignamente
En vuestra alabanza pueda
Del gran Raimundo contar
La milagrosa leyenda.
Dad á mi espíritu alas
De palomica ligera
Para que, salvando siglos,
Á los tiempos retroceda

En que nació, del consorcio
De la virtud y la ciencia,
Y de la fe y la razón,
Aquella santa lumbrera,
Apostol de la morisma
Y campeón de la Iglesia;
Aquel sublime alquimista,
Mágico, mártir, profeta
Y doctor iluminado,
De Mallorca prez eterna.
Veo, Señor, que me escuchas,
Pues ya mi espíritu vuela,
Y así como el caminante
Que se pierde en una selva,
Y en la soledad augusta
Que silenciosa le cerca
El mundo pone en olvido
Y hasta el Empíreo se eleva,
Así mi audaz fantasía
De lo presente se aleja
Y honda y reposadamente
En lo pasado se interna.
Ya presencio la solemne
Y temerosa pelea
Que por aquel corazón,
Que por aquel alma egregia,
Centro de nobles impulsos,
Volcán de pasiones fieras,

El ángel bueno sostuvo
Con el Rey de las tinieblas.
Ya descubro los caminos
Y miro lucir la estrella,
Y los reclamos suaves
Oigo, que la Providencia,
Para salvar á Raimundo
De la perdición, emplea.
Con rudas tribulaciones,
Con amorosa violencia,
De su combatido espíritu
Llama el Señor á la puerta;
Y le visita con males,
Y con dolores le prueba,
Y en crisol candente, el oro
De sus virtudes acendra,
Y hace que el alma cautiva
Libre á los cielos se vuelva,
Y que el mágico Raimundo
En un santo se convierta.
Bendito seas, Dios mío,
Tú que á la humana flaqueza,
Para elevarse á tu altura,
Das aspiración inmensa;
Tú dejaste que en el alma
Feroces se combatieran
Las encontradas pasiones
Que al fin tu amor encadena,

El alma corre en tu busca
De felicidad sedienta
Por un laberinto obscuro,
Entre vanas apariencias;
Pero tu fe la ilumina
Y tu palabra la esfuerza,
Y tu gracia, vencedora
Del infierno, la penetra...
Bendito seas, Dios mío,
Tú que los monstruos sustentas
Y das al león las garras
Y á la serpiente la lengua,
Destructor empuje al viento
Y al mar indómita fuerza;
En los elementos todos
Pones contraria tendencia
Cual si fuese tu designio
El que se hiciesen la guerra;
Y de este horrible combate
Y de esta lucha tremenda
Tu voluntad soberana
Benéficamente crea
El concierto de los seres
Que en tu balanza resuena
Y la rápida armonía
De las acordes esferas.

I.

En la catedral de Génova
Al morir de un claro día,
Á los pies de un sacerdote
Una mujer hermosísima,
Con lágrimas en los ojos,
De esta manera decía:
“Padre: su imagen aun guardo
Aquí en el alma escondida.
La salvación de ese hombre
Me importa más que la mía.
Hoy se cumplen veinte años
Que huyó el cruel de mi vista:
Pero le tengo presente
Y vivo en la fantasía.
Yo le lancé con desprecio
Y su ausencia me lastima,
Yo anhelé su indiferencia
Y su indiferencia misma
Hiere mi orgullo y enciende
La pasión que me domina.
No sé si es amor ó es odio,
Pero pertinaz, continua,
La memoria de aquel hombre
Es fuerza que me persiga.
Siento su voz en mi oído

Y embelesados se admiran
Mis ojos de la hermosura
De su audaz fisonomía.
Para vencer esta horrible,
Esta infernal pesadilla
Que hasta en sueños me persigue
Y que el sosiego me quita,
Con ayunos y cilicios,
Oraciones y vigilias,
De la vejez apresuro
La prematura venida.
Noches enteras orando
En recóndita capilla,
He pedido al rey del cielo
Que me libre de la vida
Ó del recuerdo amoroso
Que mi corazón cautiva.
Él vive lejos, muy lejos,
Vagando en extraños climas;
Y la fama de sus obras,
De sus obras inauditas,
Más hermoso y más sublime
Que en otro tiempo le vía,
Le retraen á mi mente
Y me renuevan la herida.

. . . .

En la gran ciudad de Palma,
Capital de aquella isla

Que libertó el rey Don Jaime
Del poder de la morisma,
No muchos años después
De la gloriosa conquista,
Nací, de uno de los héroes
Que la conquistaron, hija.
Á la edad de quince años,
Á pesar de ser tan niña,
Un genovés caballero
Me hizo su esposa querida.
Era mi esposo atrevido
Mercader que recorría
Los mares en nave propia
Con muchas mercaderías.

La fuerza de voluntad
Con que yo le resistía,
Más orgullo del infierno

Que virtud me parecía.
Galán, valiente, discreto,
Tuvo á sus plantas rendidas
Las damas más seductoras
Que en Palma entonces había.
Sólo yo resistir supe
Sus miradas encendidas
Y sus palabras de fuego
Y su imperiosa osadía.
Ni el santo temor de Dios,
Ni una virtud peregrina,
Ni el respeto de un esposo,
Ni su honra sin mancilla
Hubieran sido bastantes
Á salvarme de mí misma
Y á no caer en sus brazos
Con vergonzosa caída.
De mi entereza en auxilio
El orgullo combatía,
Orgullo de verme amada
Con la pasión infinita
Que sólo á Dios debe darse
De que era objeto yo misma.
Soñaba yo que Raimundo
Con el alma me quería,
Que todo su corazón,
Todo su ser y su vida
Aprisionar yo lograba

En cadenas diamantinas.
Yo imaginé que aquel alma
Grande, poderosa, rica,
Era presa de mi amor,
Era esclava de la mía.
Mi esposo estaba en la Fana
Y me dejó sola y niña,
Con abriles diez y siete
Y gran renombre de linda.
Á la Fana había ido
Á vender sus mercancías
En nave propia y velera
Que los mares recorría.
Desde un puerto de la Fana
Tuve de él nuevas noticias
Que otra nave genovesa
Á Mallorca me traía.
Se internó luego mi esposo
Llevado de su codicia,
De su afán de ver más mundo
Y de su gran valentía,
En la tierra misteriosa
De los pérfidos escitas
Y estuvo en el campamento
Del Kan, que el Asia domina,
Y que amenaza á la Europa
Del Volga desde la orilla.

. . . .

Á CATALINA.

Si la pompa y las galas que á tus ojos
El universo ostenta,
Á serenar no bastan tus enojos,
Ni se reposa en él, ni se contenta
Tu inquieto y noble desear, encanto
No busques ni beldad más peregrina
En los dulces favores de las Musas.
Cuanto columbra de perfecto y santo
Mi mente, y adivina
Del empíreo en imágenes confusas,
Si de forma se viste,
Al encarnarse en la palabra humana
Pierde su ser y mancha su pureza.
En sí tan rica la creación subsiste
Como el excelso origen de do emana,
Pero no goza el alma su riqueza.
Transmitirla no pueden los sentidos,
Ni abarcar de los seres la armonía.
La genial fantasía
Sola guarda tesoros escondidos;
Tesoros son que el alma misma crea
En su interior consorcio con la idea:

Tesoros que, cual yo, no disipaste,
Y en el cándido seno conservaste.
El amor que amó Psiquis allí mora
En toda su hermosura,
Y el corazón te enciende y enamora,
Y sale de su fuente limpia y pura,
Como á la voz de Jámblico evocado.
Si pudiera mi espíritu contigo
Llegar al templo del amor sagrado,
Y de su gloria ser parte ó testigo,
En un cántico nuevo rompería,
Cual si en mí renaciera
La esperanza, esa flor de primavera,
Fresca y lozana, cuando Dios quería.



NOTAS DEL AUTOR

NOTAS DEL AUTOR

Apenas impresos estos *Ensayos* (1), el poeta se arrepintió de haberlos dado á la estampa, y nunca, temeroso del juicio ó más bien de la indiferencia del público, llegó á publicarlos. Están, además, llenos de erratas, sin puntos ni comas, y más para quemados que para leídos.

---

a) PRÓLOGO.

El autor de este prólogo, que era á la sazón poco mayor que yo en edad, saber y gobierno, aunque es en el día hombre de bastante erudición, persona siempre de aventajado ingenio y queridísima mía de todas veras, se propuso elogiarme de cualquier modo y salir del paso á la buena de Dios, yo creo que sin leer, y, por lo tanto, sin entender los versos que había de criticar, por los cuales, si los hubiese leído, aunque acaso sean pesados y fastidiosos de leer, hubiera venido en conocimiento de que, si bien en ellos hay hartas imitaciones, ya que no felices, no faltan tampoco cosas originales, y hubiera visto á las claras que el autor es siempre el autor, imite á quien imite, y que en aquellos tiempos, ni aun para imitar á lord Byron andaba desesperado y mal

(1) *Ensayos poéticos*, Granada, 1844.

avenido con el mundo, la vida, la mujer, etc., sino que, por el contrario, vivía lleno de ilusiones, de esperanzas, y en medio de sueños que, entre otros muchos defectos, tienen, á no dudarlo, el de ser inocentísimos.

El autor del prólogo, digo, que no descubrió en estos versos lo mejor, lo único bueno que hay en ellos, á saber: el alma del poeta, la cual entonces aun era boní-sima, amantísima y candidísima. Este librillo está, como mi corazón de aquellos tiempos, lleno de simplicidad, lo confieso, pero lleno también de amor por todo lo bello y lo bueno, por la patria, por los amigos, la familia, la ciencia, por Dios y por una infinidad de seres fantásticos, que yo mismo fingía, en los que creía de buena fe y de los que andaba seriamente enamorado. Las opiniones de los filósofos, las más opuestas, yo las aceptaba todas con tal de que me pareciesen bonitas, y las encajaba en mis versos, sin curarme de si eran verdaderas ó falsas, y aun sin examinarlas ni conocerlas bien, porque sabía poquísimo de todo, y aun no sé gran cosa de nada.



El Sr. D. Antonio Alcalá Galiano, á quien envié un ejemplar de estas poesías acabadas de imprimir, hizo de ellas un juicio crítico que he perdido, pero en el cual elogiaba mucho mi ingenio poético (acaso ser deudo mío le cegase), y, asimismo notaba varios defectos de versificación y hasta de gramática que hay en ellos. Uno de los cuales, á tener yo bastante autoridad para ello, haría pasar como licencia poética, esto es, que en verso diría: *vistes*, *oistes* por *viste* y *oiste*, siendo esta *s* como

la *ν* de los griegos, que es á la par desinencia de plural en los verbos y añadidura eufónica para evitar la unión de muchas vocales.

En cuanto á los demás yerros, no tengo otra disculpa sino mi ignorancia invencible, pues en la escuela nunca me enseñaron gramática, ni creo que el maestro la supiese: por manera que lo que en el día se me alcanza de este arte, así como de otras varias doctrinas, á mí mismo lo debo, que lo he ido poco á poco pillando de aquí y de allí y como al acaso. Porque, á decir verdad, nada aprendí nunca en la escuela, ni en el estudio, ni en la Universidad; todo lo que sé, que es bien poco, lo he aprendido conmigo mismo, sin orden, sin maestro y sin un fin determinado. Por donde yo algunas veces pierdo pies y hasta la cabeza y me engolfo tan locamente en los desatinos de mi orgullo, que llego á imaginar que valgo y que sé bastante, y que casi todos mis maestros eran gente de poco más ó menos, y hasta algunos de ellos unos asnos. Otras veces caigo en el contrario extremo de la humildad y me digo á mí mismo aquello de Moratín:

> Si en las escuelas no aprendiste nada,
> Si en poder de aquel dómine pedante
> Siempre tu banda fué la desgraciada,
> ¿Por qué seguir procuras adelante?
> Un arado, una azada, un escardillo
> Para quien eres tú fuera bastante.

Pero hay tantos y tantos en mi país que debían ir á arar y á cavar, y que, sin embargo, escriben y hasta logran fama, que me consuelo al cabo y me animo.

---

b) En el Álbum de María.

Hay aquí una notable semejanza con aquello de Góngora:

Dormid, que el niño alado
De vuestras almas dueño
Con el dedo en la boca os guarda el sueño.

Si es un mal plagio ó una feliz imitación, júzguelo quien leyere. Yo no lo creo sino una aplicación de la imágen de Góngora á una situación muy diferente.

---

c) Á Lucinda.

Estos versos, tomados del primer canto del *Don Juan*, de Byron, y escritos por mí cuando apenas tendría diez y seis años, deben estar aún en poder de la señora Condesa de C., para quien se compusieron, siendo su novio yo, y ella bastante bonita, aunque una mocosa de catorce años.

---

d) Á Laureta.

Versos tontos y embusteros; nunca conocí ni sé que haya existido en el mundo la Laureta de que se trata en ellos.

---

e) Imitación de Lamartine.

Julián Romea ha tomado también de Lamartine el pensamiento que da asunto á este soneto, puede que con más arte, pero no con más sentimiento.

---

f) En el album de Conrado.

Pésimos versos que merecen por comentario esta proposición aritmética: el autor es á Horacio, su modelo, lo que Conrado es á Virgilio.

---

g) En la tumba de Laureta.

Estos versos que, con todas sus imperfecciones, no se puede negar que están escritos con el alma, fueron inspirados no por Laureta, que ni muerta ni viva ha existido nunca más que en mi imaginación, sino por las dulcísimas y amorosas palabras del Evangelio, que les sirven de epígrafe.

---

h) Á la muerte de Espronceda.

Conocí á Espronceda en Carratraca, donde estuvo curándose, por los años de 1839, y como yo á la sazón era un chiquillo nada bien criado, me admiraba tanto, y más de su desvergüenza, de sus palabras impías y groseras y de su lujosa inmoralidad que de sus lindos versos, á los cuales, sin embargo, ponía yo entonces por encima de los de Homero, Dante, Shakespeare, etc.

---

i) La maga de mis sueños.

Si bien la anterior canción no está limada y sí llena de incorrecciones, todavía es lo más bello de cuanto he

escrito en mi vida, porque es lo más sentido y lo más verdadero, y al par lo más vago, amoroso y místico.

---

j) A Lelia.

Estos versos fueron escritos para Doña G. G. de A., á quien requerí de amores estando en Madrid por los años de 1842 á 1843. Tenía yo entonces diez y siete. Stenio y Lelia son personajes de una novela de Madame Sand.

---

k) Al mar.

De suponer es que en esto del Padre Océano quise imitar lo del gigante Adamastor; pero no hay tal. Al escribir mi oda al mar me acordé de Quintana, de Horacio y del coro de la *Medea*, de Séneca; en Camoes no pensé siquiera, y si parece que le imito, es mera coincidencia. Yo siempre he hallado en Camoes un poeta de mucha ternura, notable ingenio y elevados sentimientos patrióticos; pero nunca un Virgilio, un Ariosto, ni un Tasso siquiera. El mayor mérito de Camoes es haber venido á tiempo para personificar en sí y compendiar en su poema, como en cuadro sinóptico, todas las glorias de su nación, gloriosísima entonces; pero su mezcla de cristianismo y mitología es tan sin arte y tan sin filosofía, que aburre y desespera al menos avisado. Véase cómo el Tasso, el Ariosto y el Dante supieron usar de la mitología y se notará la diferencia. En cuanto al gigante Adamastor, que es lo que viene al caso, debo decir que no merece grandes elogios. Á fuerza de ser feo el

tal gigante, no causa miedo, sino asco y risa, con sus dientes amarillos y otras porquerías por este orden. En vano pretende convencernos de que es un titán fulminado por Júpiter. Yo no veo en él sino un ídolo chino, de los que el poeta pudo notar en Cantón. Por más que le dé proporciones colosales, sigue siendo grotesco y no llega á ser sublime y terrible.

---

l) LA VIRGEN MISTERIOSA.

Bellísimo pensamiento de Schiller, lánguida y verbosamente interpretado por mí en esta composición.

---

m) SONETO.

Tonto.

---

n) LA NINFA DE LAS AGUAS.

La candidez y voluptuosa inocencia de este sueño no deja de tener gracia.

ñ) LA NUEVA FLOR DE GNIDO.

Todo esto es mentira y necedad.

---

o) SONETO.

Tonto.

---

p) FÁBULA DE EUFORIÓN.

Euforión es la personificación del poeta, elevado á la más alta potencia, y es también Lord Byron mismo *mitologizado.*

El asunto de esta fábula está tomado del *Fausto,* segunda parte; pero es otro el poeta, otras las imágenes, otros los sentimientos y aun las ideas.

CORO DE NINFAS. – Estos cantos de las ninfas no basta ser poeta para escribirlos como aquí van escritos: menester es, además, tener dieciseis ó diecisiete años. El sentimiento y la dulzura y la inocencia que hay en ellos no se pueden fingir.

En sus suaves cánticos de amores.—El más vivo entusiasmo por toda la hermosura de la naturaleza anima estos cantos de las ninfas, las cuales son lindas y amables personificaciones de las energías ó virtudes ocultas que hay en las cosas y que les dan ser, vida, forma y ornato.

Hijo sublime de la hermosa Helena. – El canto de Homero á Mercurio me inspiró este coro de las ninfas, que se halla asimismo en el *Fausto.* Difícil es imitar y compendiar las gracias del largo poema del poeta griego en las pocas palabras en que aquí va comprendido. Yo estoy descontentísimo de mi imitación. Y, sin embargo, no me faltaba sino arte; porque la inspiración y hasta el entusiasmo religioso yo los tenía. Cuando más mozo aun no podía yo comprender la belleza moral y severa del cristianismo, y, á pesar de Chateaubriand y de los románticos, era más pagano que cristiano. Y todos los misterios de nuestra santa religión no me parecían sino

pálidas, tristes y desaliñadas imitaciones de las hermosas fábulas griegas. La razón y sobre todo la bondad divina, me han hecho después cambiar de aviso.

LAS NINFAS. — *Nessun maggior dolore* para los pueblos que, como la Italia y la Grecia, tienen una historia gloriosa, que el recuerdo de la pasada grandeza en la miseria presente. Y en Italia y en Grecia este recuerdo está en el fondo de todos los corazones. Cuentan las historias que durante las luchas desesperadas del Imperio de Oriente con los bárbaros, aunque los griegos eran ya cristianos, suponían y creían que Aquiles llegaba del infierno, á caballo y armado de todas armas, para darles auxilio en la pelea. Lo mismo, aunque menos verosímilmente, hemos fingido los españoles del Apóstol Santiago y lo mismo fingieron de varios semi-dioses otras muchas naciones: como los romanos de Quirino y de Cástor y Pólux.

---

q) EN LA ÉGLOGA CUARTA DE VIRGILIO.

Para dar más mérito y evidencia á la profecía de Virgilio, le hago decir aquí algunas de las cosas que dijo Isaías y que á él nunca se le ocurrieron.

---

r) LA DIVINIDAD DE CRISTO.

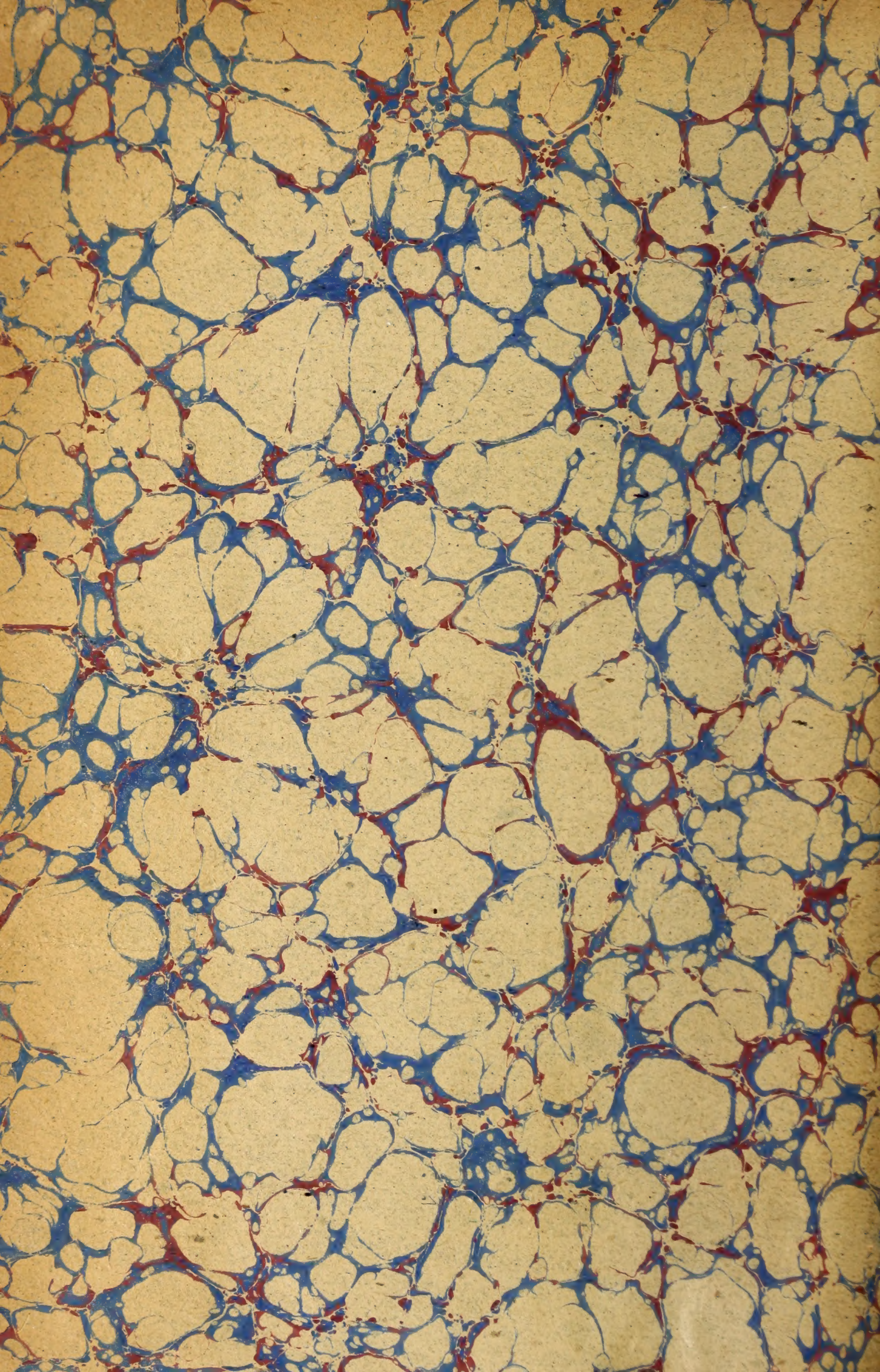
Cualquiera diría al leer estos versos en su principio, que, aunque pobres de gracias poéticas y de ciencia teológica, están escritos *corde puro, conscientia bona et fide*

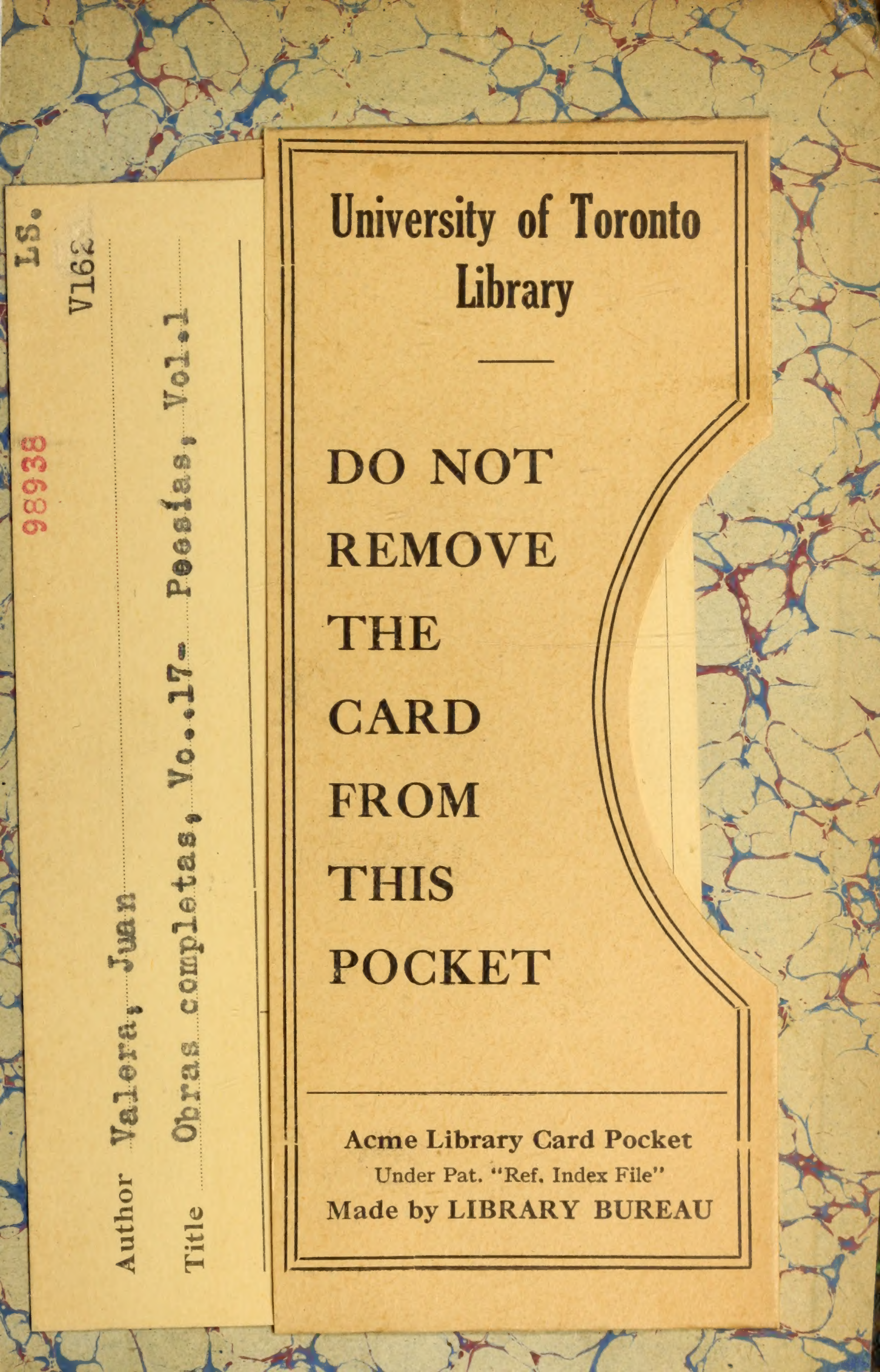
non ficta, como dice el apóstol. Por desgracia mía, sin embargo, en esto de catolicismo yo soy como los gitanos, que si no la pegan á la entrada la pegan á la salida; y así es que, con decir á lo último que la humanidad se llenó de entusiasmo y llamó á Cristo hijo de sus entrañas, vengo á dar á conocer lo falso de mi fe y que, á pesar de que entonces no había yo aun leído nada de lo que hoy se llama humanismo ó egoteísmo, era ya un tanto cuanto egoísta, sin saberlo ni sospecharlo siquiera.

INDICE

Acabóse de imprimir este libro
en la Imprenta Alemana
en Madrid á X días
de Julio del año
MCMVIII






University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU
LS. V162
98938
Author Valera, Juan
Title Obras completas, Vo..17- Poesías, Vol.1

